

Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Enid Carrillo ◆ Jovany Cruz
COORDINADORES





CASAFUTURA
EDICIONES

Liminales

Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Enid Carrillo ♦ Jovany Cruz
COORDINADORES





CASAFUTURA
EDICIONES

LIMINALES

Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Liminales. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Primera edición, septiembre de 2021

Casa Futura Ediciones
Santa Natalia 968, La Providencia Siglo XXI, Mineral de la Reforma, Hidalgo, México, C.P. 42186
www.casafuturaediciones.com
hola@casafuturaediciones.com

ISBN: 978-607-99186-2-0

Hecho en México / *Made in Mexico*

LIMINALES

Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción

Enid Carrillo / Jovany Cruz
COORDINADORES

J. R. Spinoza ♦ Jesús Guillén-Luna ♦ Krsna Sánchez N. ♦ Marisol Gutiérrez ♦ Bernardo Martínez González ♦ Juan de Dios Maya Avila ♦ Óscar Baños Huerta ♦ J. B. Gaona Medina ♦ Jesús Guerra Medina ♦ Ángeles Romero Doring ♦ Iván Medina Castro ♦ Alan Ivan Hidalgo Bahena ♦ Gema Mateo Pacheco ♦ Bernardo Barrientos Domínguez ♦ Khatia García Estrada ♦ Andrés Camacho López ♦ Martín García López ♦ Miguel Ángel Peña Rojas

CASA**FUTURA**
EDICIONES

Presentación

Escribir es un *Big Bang*. Es un estallido originario del que salen miles de ideas que poco a poco encuentran su lugar. En ese desorden, la búsqueda por una historia escapa a la linealidad y se convierte en un proceso circular, un camino de regresos que permiten contar al universo en toda su complejidad y extrañeza, sin necesidad de una ruta fija o lógica. Escribir es una búsqueda inacabada, infinita, sempiterna: liminal.

Los textos que forman parte de *Liminales. Antología de Cuento Fantástico, Terror y Ciencia Ficción* son muestra de esa búsqueda de mujeres y hombres que, a través de la escritura, narran los mundos posibles más allá de nuestros ojos. De ahí que usar el término «liminales» sea el mejor intento por definir lo indefinible, por agrupar la extrañeza de las cosas y nombrar el umbral en el que se encuentran todas las historias que leerán en este libro.

Liminales son los textos, las autoras y autores que los escriben. Liminales son los ojos que pasan por estas letras y el nuevo estado de las cosas en donde todo está en eterna construcción. En los cuentos que conforman esta antología no hay lugares comunes, todas las historias descolocan, nos arrastran a mundos incómodos, distintos a lo que conocemos y, desde esos lugares, nos enseñan a mirar la realidad de manera renovada.

Hay que deformar el mundo para reescribirlo, es nuestro derecho, lo demás nos lo han quitado. Por ello, esta compilación defiende y celebra la imaginación de las escritoras y escritores que confiaron sus cuentos a Casa Futura y ofrece al público una experiencia de lectura desobediente, sin complacencias ni finales felices.

Este libro es un sueño colectivo gestado en las entrañas de una

ciudad donde pocos sueños se convierten en libros. Este libro es una pesadilla, un bello mal sueño en el que se encuentran las voces de creadoras y creadores de todo México. Este libro es un umbral, una puerta, una casa, un túnel, el atrio de una iglesia, un paso peatonal, un espacio que se deshará y recreará mil veces a través de los ojos de quien lee.

Gracias por ser parte de este gran estallido.

Enid Carrillo

Pachuca, Hidalgo, agosto de 2021

Puppet Master

J. R. Spinoza

“Obtener la inmortalidad de tales actividades”, dijo el Patriarca, “es también como sacar la luna del agua”. “¡Ahí tienes otra vez, Maestro!” gritó Wukong.“¿Qué quieres decir con sacar la luna del agua?”. El Patriarca dijo: “Cuando la luna está en lo alto del cielo, su reflejo está en el agua. Aunque es visible allí, no puedes sacarla ni agarrarla, porque no es más que una ilusión”.

Viaje al oeste, atribuida a Wu Cheng'en.

Sujeté con fuerza la pistola. Le apuntaba directo al pecho mientras le sostenía la mirada, rogando que entendiera el mensaje. Hubo un destello en sus ojos, algo cercano a la telepatía, que me dio la seguridad de presionar el gatillo. Disparé. Vi cómo el hombre se desplomó. «Reto superado», las letras verdes aparecieron frente a mis ojos. Inmediatamente después apareció otro mensaje en mi pantalla: «Tira la cartera y corre hasta la plaza». Obedecí.

¿Lo he conseguido? Tenía mucho sin correr, pero la adrenalina me ayudaba a seguir. Había llovido la noche anterior por lo que puse especial cuidado en no resbalar mientras pisaba. Miré el reloj en mi pantalla: tenía diez minutos. Tardaría cuatro o cinco en llegar a la plaza. *Pronto terminará*. Una chica con máscara de víbora me atacó con un tubo de metal y apenas pude hacerme a un lado para evitarlo. Cuando venía de vuelta saqué la pistola de mi bolsillo y le apunté.

— ¡Tíralo! —ordené.

Ella titubeó. Caminé un paso hacia adelante, sin dejar de apuntarle. Soltó su arma. El sonido metálico del tubo al chocar

contra el pavimento me hizo sentir lástima por ella. *Así se escucha la derrota*. Miré mi reflejo en uno de los charcos. Si no supiera que soy yo, bien podría ser cualquiera.

Elegí la máscara de mono porque me recordó a Sun Wukong, de *Viaje al Oeste*. Pensé —en un acto de fe— que podría tener algo de la buena fortuna y el atrevimiento de su personaje. «La suerte favorece a los audaces», reza Virgilio en *La Eneida*. *He tenido suerte hasta ahora*. Pateó el tubo lejos de nosotros y continúe corriendo. Tras un breve vistazo hacia atrás descubrí que nadie me seguía. Estaba a tres cuadras. Me quedaban cinco minutos.

Es increíble que la tecnología haya avanzado lo suficiente para tener robots sexuales, juegos de realidad aumentada y drones espía; pero que los automóviles sigan usando gasolina y no se haya encontrado la cura para el cáncer. A Vianey le detectaron tumores en ambos senos hace tres años. Hoy, después de trece quimioterapias, la pérdida de uno de sus pechos, de haber vendido el auto, hipotecado la casa y perdido mi empleo por tratar de salvarla, he recurrido a mi última esperanza. ¡La esperanza! El último de los males en la caja de pandora.

Puppet Master es el nombre del juego. Lo han modificado, por eso me atreví a intentarlo. Firmé por tres horas. Trescientos mil pesos por tres horas. Un juego en el mundo real, donde un avatar —por eso llevamos máscaras, para provocar apatía— se pone a disposición de miles de usuarios quiénes votan por lo que debería hacer. Los de más alto rango —y obviamente los que más dinero aportan— proponen las opciones, los de bajo rango pueden votar por esas opciones a cambio de una suma de dinero. Ya no está permitido hacer que tu avatar se suicide porque fue un fracaso, había muy pocos suicidas y muchos desertores, pero durante tres horas ellos pueden hacer con uno lo que quieran. He sido testigo: te hacen ver algunas partidas antes de firmar —por supuesto la empresa Rarity Electronics se desvincula de cualquier

cosa ilegal que pudieras hacer como avatar, está en el contrato —, lo más común es hacer que se desnuden, se metan cosas por el trasero, que roben, golpeen transeúntes, intenten meterse a residencias de famosos.

Me ha salido barato. Antes de comenzar, observé la máscara, el mono en ella me sonreía. A través de ella puedo ver el mundo real y todas las instrucciones y comentarios que los jugadores realicen —algunos sólo pagan por comentar—, lo tiene todo, excepto sonido. Es decir, yo puedo escuchar las órdenes, pero ellos no pueden oírme, debe ser para que los avatares no podamos suplicar cuando no deseamos hacer algo.

Al principio creí que mi máscara estaba descompuesta. No había instrucciones. Después de siete minutos recibí la primera instrucción: «Compra una Coca-Cola fría».

Creí que sería algo peor. Crucé la calle hacia un minisúper y pedí una Coca-Cola fría. La jovencita que me atendió se asustó un poco al ver mi máscara —es normal que nos teman, los *puppets* causamos muchos destrozos al año, la policía no se da abasto—, luego depositó el refresco sobre el mostrador y se escondió detrás de éste.

Dejé el dinero y aparecieron las letras en verde: «Reto superado». La siguiente instrucción fue humillante: «Vacíala dentro de tu pantalón».

¡Malditos!, pensé. Desabroché mi cinturón. Jalé el pantalón y vertí el contenido de la botella. Estaba frío. En mi pantalla, aparecieron comentarios burlones, decenas de usuarios disfrutando su poder sobre mí. *Soporta la humillación, es por Vianey*. Me alejé de ahí. Mientras caminaba, sentía las piernas pegajosas. Noté la mirada de las personas. *Seguro piensan que me he orinado*.

«Ve al contenedor de basura que está en la siguiente cuadra. Adentro encontrarás un arma y una bolsa de plástico con tres balas».

Obedecí. Sólo había una razón para que me dieran un arma. *No quiero matar a nadie, sólo quiero salvar a Vianey*. Una idea vino a mí como un relámpago y mientras llegaba al contenedor de basura comenzó a tomar forma. *Esperanza*.

Abrí la tapa del contenedor. Tomé la pistola y la bolsa con las balas. Coloqué la primera en el cilindro. Luego, intencionalmente levanté la cabeza y giré hacia los lados. Sabía que nadie me veía, pero la actuación era muy importante. Metí la mano al bolsillo de mi pantalón con todo y pistola, asegurándome de colocar el seguro. «Reto superado».

Esperé. Pasó media hora. *Debe estar reñida la votación*.

«Camina hasta el cajero de la calle Washington y sigue a la primera persona que veas salir de ahí».

Obedecí. Ese cajero, que está a media hora de camino es muy concurrido, por lo que casi nunca hay sitio para estacionarse. Es el lugar perfecto para un robo. He sabido que a veces obligan a los avatares a caminar un largo rato para tener tiempo de hacer las votaciones. Debí ir muy lento porque varias veces me comentaron que me diera prisa. La verdad es que no quería llegar. Quería estirar el tiempo al máximo. Aunque sin importar la velocidad a la que vayas, si caminas lo suficiente, llegarás a tu destino.

El primero en salir fue un hombre de mi edad. Vestía un *jersey* del Bayern Münich y unos pantalones de mezclilla. Lo seguí de lejos hasta dar vuelta a la cuadra.

«Róbale el dinero».

Corrí hacia él y cuando se giró, lo sujeté del *jersey*. Disparé al suelo y le apunté con el arma.

—Dame todo el dinero.

—No, por favor, es lo de la despensa, tengo un bebé de tres meses y…

— ¡Ca… ca… cállate! —las palabras salían con dificultad, me sudaban las manos y la frente, el sudor resbalaba hasta mis ojos

y yo hacía un esfuerzo por no perderlo de vista— ¡Obedece! —mi arma apuntándole era todo lo que necesitaba. Si hubiese visto mi rostro tras la máscara quizá todo habría resultado diferente.

El hombre me dio la cartera temblando. «Reto superado».

«Dispárale en el pecho y arroja la cartera junto a él».

A diferencia de las otras instrucciones ésta se dio casi de inmediato.

Llegué a la plaza. Quedaban dos minutos en el reloj. Me detuve un momento a tomar aire.

«Deja el arma en el siguiente contenedor de basura y vete de ahí saltando en un pie».

Observé mi reflejo en el charco bajo mis pies. El mono como yo sonreímos. Me incorporé. Comencé a saltar. Pronto se liberaría mi depósito. Regresaría a casa con trescientos mil pesos y dos balas en el bolsillo del pantalón.

J. R. Spinoza (Tamaulipas, 1990). Escritor y profesor mexicano. Ha sido becario del PECDA de la categoría de Jóvenes Creadores, en proyecto de novela. Presidente del Ateneo Literario José Arrese de Matamoros. Ha publicado en las revistas *Monolito*, *Retruécano*, *Máquina Combinatoria*, *Teoría Omicrón*, *Penumbria*, entre otras.

El Albedrío de la Anestesia

Jesús Guillén-Luna

—Y a esto llegó el mundo, Cedric, a comprar emociones para sentirnos más humanos… ¿qué carajo significa eso? —dice Omar, mientras su mirada se hunde en los empaques metálicos de la máquina dispensadora—. Nacemos emocionalmente anestesiados para controlarnos y obligarnos a comprar sentimientos como si fuesen golosinas.

—Sí, a esto llegamos… y aquí estamos, ¿no es así? —responde Cedric, que enciende un cigarrillo de neón con su mechero láser —. Si tanto te molesta, ¿por qué demonios nos detuvimos en una despachadora de emociones? —la monotonía en sus voces es tan contundente que pareciera que no hay emoción alguna en sus palabras.

—Sabes que yo no tomo estas mierdas —Omar toma un par de monedas y las inserta en la máquina. Selecciona los botones R, 12 y 21. Los resortes de la dispensadora giran en sentido a las manecillas del reloj y arrojan dos empaques metálicos—, pero son estúpidamente útiles para cosas como las que vamos a hacer.

Omar levanta los empaques y los coloca justo frente al rostro de su amigo, como si los estuviese presumiendo o haciendo hincapié en lo que trata de decir con su discurso. Cedric entiende el gesto y sólo se limita a esbozar una sonrisa burlona y exhalar humo color azul eléctrico por la nariz, impulsado por el gemido de una carcajada contenida.

—El morado es para el miedo, el rojo es para el enojo —recalca Omar, y sacude los empaques que denotan con el ruido el contenido de su interior.

—Ya sé para qué sirven, no tienes por qué decírmelo. Sé para

qué quieres las pastillas de enojo, pero no esperaba que compraras las del miedo. ¿Para qué las quieres?

—Punk-D me enseñó un truco para usarlas, pero no en mí.

—¿Qué tienes en mente, perro?

—Ya lo verás, no quiero estropear la sorpresa. ¿No quieres alguna pastillita para entrar en calor? Yo invito. Mira, además de enojo y miedo… vamos a ver… hay celos, angustia, preocupación…

—No. Ahora no quiero nada.

—Sí, tienes razón, estas pastillas están muy suaves. Tal vez en La Meca encontremos algo. Por cierto, ¿qué hora es?

Cedric abre la palma de su mano izquierda y despliega un holograma sobre su piel que muestra diferentes comandos, en el centro muestra la hora exacta. Omar y Él se dan cuenta de que es casi medianoche y apresuran el paso hacia su pequeña nave deslizadora. Al tiempo que se alejan de la dispensadora de emociones, Cedric acciona un comando en el holograma de su mano para hacer que la nave se acerque a ellos.

—Recuérdame lo que te dijo Punk-D sobre esta chica.

—No me dio detalles de su físico, sólo que la encontraremos en el callejón Asimov, ella mueve pastillas de euforia ahí, es la única mujer que lo hace. Pero debemos estar ahí antes de la medianoche, a esa hora se va.

—¿Qué nos impide ir mañana más temprano y hacer esto con más calma?

—La acabamos de descubrir. Los rumores son rápidos en el bajo mundo, lo sabes. Punk-D quiere que lo hagamos esta noche, así que, más nos vale volver con la misión cumplida… o no volver.

La nave emprende su viaje a través de calles laberínticas enmarcadas por improbables rascacielos delineados por luces de led, espectaculares antigravedad y anuncios neón; les es imposible que sus pupilas no se dilaten ante el sofocante ataque

publicitario, coquetean peligrosamente con las fronteras de la catatonia, que ponen a prueba su resistencia.

El eje en diagonal del boulevard Bradbury se extiende sobre el gran plano de la metrópoli dividiéndola en dos; hacia el último tramo, de sureste a noroeste, se encuentra el callejón Asimov, conocido en los bajos mundos como «La Meca de la infamia». La nave de Omar y Cedric se acerca al lugar con la velocidad mínima permitida para no llamar la atención de nadie.

—Y, ¿cómo vas con eso de tu rompimiento con Tabatha? —pregunta Omar con el afán de romper el incómodo silencio y hacer más llevadero lo que resta del camino.

—No lo sé… duele.

—No sé muy bien qué decirte en estos casos, la verdad nunca me he involucrado con nadie así, tampoco la conozco a ella, ni siquiera sé cómo es, entonces…

—No, me refiero a que, literalmente, duele.

—¿Qué dices?

—Estoy siguiendo tu consejo, perro, no tomarme ninguna pastilla de emociones, eso fue lo que dijiste, para que todo esto sea más soportable, ¿recuerdas?

—Es cierto, lo olvidaba.

—«Es cierto, es cierto», pero olvidaste decirme que, si no tengo una jodida pastilla de emociones en mi organismo por largos periodos de tiempo, empezaría a sentir dolores horribles por todo el cuerpo.

—No puedes decirme que no sabías de eso, Cedric, todos lo saben.

—¿Si lo hubiese sabido te estaría reclamando?

—*Touché.* Bueno, cada persona experimenta diferentes intensidades de dolor en diferentes partes del cuerpo. ¿Qué es lo que sientes tú?

—Yo… de repente siento como si mi esqueleto se enfriara al extremo, y cuando se congela, mis huesos crujen y se fracturan

poco a poco... a veces, se siente como si llegara un punto en que el frío es tan intenso que mi esqueleto explota, y desde dentro, perfora mis músculos, mis órganos…bueno, ¡todo! Es insoportable, en verdad insoportable… y cada noche es peor.

—Y ese es de los dolores más ligeros que puedes llegar a sentir. Hay peores, mucho peores. Te lo digo yo. Comparado con lo que me pasa a mí, lo tuyo suena mucho más cómodo.

—No entiendo cómo puedes vivir así.

—Para ser honesto contigo, cuando recuerdo que cada sentimiento que puedo llegar a tener es artificial, que jamás lo sentiré de manera genuina… bueno, cualquier dolor es más soportable que lidiar con esa idea.

La nave ejecuta sus maniobras de aterrizaje una calle antes de llegar al destino y se coloca a un metro del suelo, impulsada por el sistema de gravedad cero. Con ayuda de la misma fuerza, Cedric y Omar bajan delicadamente de ella y continuan a pie.

—Me escribió anoche —continúa Cedric al tiempo que ambos caminan hacia el callejón. A sus espaldas, la nave aterriza y aparca de forma automática.

—¿Tabatha?

—Sep. Todavía no abro su mensaje.

—¿Lo abrirás?

—No lo sé. La verdad es que no me animo. No te lo había dicho, pero esa especie de frío que siento en mis huesos ocurre cada que me enfoco mucho en pensar en ella.

—No te sugestiones, hermano. Nada de lo que sientes está relacionado con ella, incluso si te tomaras una pastilla azul, no sería genuino. Nada en este jodido mundo lo es. Tan sólo piénsalo por un segundo, ¿realmente te enamoraste de ella o las pastillas te dieron esa ilusión?

Antes de que Cedric pueda responder o siquiera pensar en una respuesta profunda, un embriagante popurrí de aromas a petricor, tabaco y escape de auto alerta al par de amigos y los

vuelve conscientes de que han llegado a La Meca de la infamia.

—Abre bien los ojos, hermano, podría aparecer en cualquier momento.

El par de amigos se abre paso a través de la muchedumbre que atiborra el callejón Asimov, observan el vaivén del mercado negro que se mueve con hipnótica sincronía ante sus pupilas dilatadas, esperan la señal que delate a la chica que supone su oscuro objetivo. Sobre las aceras de ambos lados, se pueden ver a varios sujetos de pie completamente inmóviles, son traficantes ilegales de pastillas de emociones; susurran su mercancía cuando alguien pasa frente a ellos.

—Histeria.

—Pánico.

—Envidia.

A medida que Cedric y Omar se adentran en el callejón, la cantidad de gente disminuye, lo que les facilita caminar; pero también, aumenta la tensión, y el ambiente se electrifica con las penetrantes miradas de los desaliñados individuos que observan al par de amigos pasar, examinan cada detalle de sus ropas, sus rasgos físicos o los tatuajes fosforescentes en sus brazos y partes del rostro. Se han convertido en un par de forasteros en una tierra extraña.

—Nos estamos adentrando mucho, Omar.

—Alegría.

—Impaciencia.

—Lo sé, lo sé, tranquilo, aún estamos en buena zona.

—Nostalgia.

—Horror.

Hacia el final del callejón, Cedric y Omar se encuentran de frente con el rostro más crudo y aterrador de la dependencia a las pastillas de emociones: el de la adicción descontrolada. Al menos una decena de chicos deambulan sin sentido, con la mirada perdida, entregados por completo a la emoción de lo que

sea que hayan tomado. Algunos bailan sin parar con una sonrisa en el rostro, que se antoja artificial; otros yacen en el suelo con un llanto incontrolable, presas de una infinita tristeza que los consume sin consuelo.

Caminando entre ellos, casi como si no les importase aquella deplorable escena, algunos *dealers* de pastillas aún hacen su labor, hablan, con mucho más descaro, de las pastillas que se esconden en sus bolsillos; y desde las sombras, se siente la mirada de aquellos que aún vigilan sus pasos.

—Creo que estamos tocando fondo, Omar.

—Tienes razón, pero esa chica tiene que estar por aquí.

—¡Furia!

—¡Desesperación!

—Faltan dos minutos para media noche.

—Carajo —exhala Omar en un susurro.

—¡Tristeza!

—¿Qué carajo se suponía que vendía esa chica?

—No se supone, es un hecho, ella vende…

—¡Euforia! —la voz aguda y nasal de una chica viaja desde la esquina contraria de donde ellos se encuentran hasta sus oídos. Ellos voltean de inmediato en busca de la fuente.

—¡Eso! Ella vende euforia ¿Puedes verla?

—No, ¿tú?

—Creo que…

—¡Euforia! La última de la noche, señores.

—¡Ahí! En la esquina —Omar señala con el dedo—. La chica bajita pelirroja, la de anteojos tornasol-neón.

—¡Vamos por ella!

Disimulado, Omar se anticipa a su amigo y se acerca a la chica. Cuando está lo suficientemente cerca de ella, lleva ambas manos a los bolsillos de su chaleco, agacha la mirada y susurra «Euforia», lo cual, es señal de que está interesado en lo que ella vende. Ella lo ha escuchado y, al igual que él, comienza a

disimular. La chica voltea la mirada hacia otro lado y responde entre dientes:

—Te cuesta veinte de los grandes, galán… por pastilla.

—Es mucho dinero por pastilla.

—Es lo que vale. No vas a encontrar Euforia en toda La Meca, eso te lo puedo jurar, no al menos con esta calidad.

—No creo tener tanto, pero… ¿qué puedes darme con esto? —Omar toma un objeto de su bolsillo y, con la misma discreción, lo coloca a media altura para que la chica pueda verla.

—Mira, si no tienes los veinte grandes, entonces no estorbes, porque… —la chica agacha la mirada, no se había dado cuenta del electro-revólver que Omar empuña—. Carajo —exclama—, vale, vale, creo que tenemos un negocio aquí, ¿qué tal si lo hablamos en mi oficina?

—¡Claro! Te sigo.

Omar coloca el electro-revólver en la cintura de la chica y hace un ademán, le pide que camine frente a él hacia una esquina más oscura del callejón. Cedric los sigue de cerca echando un vistazo constante a los alrededores, se mantiene alerta por si las cosas se salen de control, sin prestar mucha atención a lo que haga Omar para no descuidar sus espaldas.

—Ok —dice la chica, una vez que se encuentran alejados del bullicio—, primero que nada, quiero decirte que no me he tomado ninguna pastilla, así que, literalmente, tu arma no me asusta; pero tampoco soy estúpida como para no creer que eres capaz de disparar, así que hagamos esto limpio y rápido, que quiero ir a casa, tengo hambre. En mi bolsillo derecho tengo las ganancias del día, en el izquierdo, la mercancía. Toma lo que quieras, no pondré resistencia, ni siquiera voy a decir quién lo hizo, si me lo preguntan, diré que llevabas una máscara holográfica encima.

—No me interesa lo que tengas en los bolsillos, me interesa lo que tienes en la mente.

—Ok, esto ya se puso raro —responde ella con tono burlón.

—Se dice que conoces muchas historias sobre esta ciudad, digamos que más de las que deberías. Más allá de los chismes y las leyendas urbanas, tú sabes cosas pesadas… cosas importantes.

—Tal vez.

—Esas historias… ¿Tienen precio?

—Tal vez, todo depende de lo que quieras saber, aunque te advierto que no hay devoluciones y no todos están dispuestos a pagar el precio. Si se te hizo caro veinte grandes por una pastilla…

—Por el dinero no te preocupes.

—Bueno, pues entonces, dime, ¿qué cuento quieres que mami te cuente antes de dormir?

—Quiero oír el de *El hombre que puede sentir.*

—¿De qué me hablas?

—Se dice que hay una excepción a la regla, una persona que tiene emociones genuinas, que es capaz de sentir, que no necesita pastillas para tener sentimientos.

—Eso es imposible… por no decir ridículo.

—Eso digo yo, pero mi jefe escuchó todo lo contrario.

—Además, ¿por qué alguien como tú quiere saber eso?

—A mí me da igual, pero a mi jefe no. ¿Sabes? Hay muchos intereses de negocios tras esto. ¿Te imaginas que el mundo supiera que alguien puede tener libre albedrío ante la Anestesia? ¿Cuánto dinero crees que hay en riesgo aquí?

—Puedo imaginarlo, aun así, no entiendo cómo es que piensas que yo puedo conocer a este sujeto.

—Según nuestras benévolas fuentes, ese hombre está aquí, en esta misma ciudad, y tú no sólo sabes cómo llegar a él, sino que, incluso, lo conoces.

—Yo… no, lo siento, galán, pero sí te dieron la información mal. No voy a negar que sé más cosas de las que debería, pero eso de lo que tú hablas es algo que en verdad desconozco; si yo

supiera algo así, créeme, el precio sería incalculable.

—Ya veo —Omar baja su electro-revólver y lo guarda de nuevo en su bolsillo. Toma otro objeto más pequeño entre sus dedos y comienza a jugar con él—. Entiendo tu punto, de hecho, creo que, en tu posición, yo pensaría igual. ¿Sabes? —Omar avanza y acorrala discretamente a la chica contra la pared—. Es bueno saber que no te has tomado ninguna pastilla, de verdad que lo es, porque en un momento como este podría ser contraproducente. Hoy traje dulces para todos.

Omar extiende la palma de su mano a la altura de su boca para mostrar un polvo que irradia una tenue luz morada. Confundida, la chica pierde su mirada en el polvo, baja la guardia por un segundo que Omar aprovecha para soplar con fuerza y arrojar todo el polvo en el rostro de su víctima. Para ella es imposible no inhalarlo.

él sabe que el efecto de una pastilla de emociones inhalada es mucho más rápido que si se hubiese tomado. En cuestión de segundos, la chica cae presa de un ataque de miedo que la hace caer violentamente al suelo, ella jadea y suda como si acabase de correr por kilómetros. Antes de que la chica sucumba al miedo por completo, Omar se arrodilla frente a ella y, ante su mirada atónita, toma una de las pastillas de enojo y la come. Observa sin parpadear a la aterrada chica, espera a que la pastilla haga su efecto, cuando por fin logra enfurecerse.

—¡Mírame! Mírame y no parpadees. Sé que ahora sientes un miedo terrible, un miedo que te carcome las entrañas y te está desquiciando segundo a segundo, y va a seguir empeorando… y lo sé… lo sé porque sea lo que sea que esa pastilla esté proyectando en tu cabeza, no se compara con los horrores que soy capaz de hacer para obtener lo que quiero. ¿Sabes cómo puedes evitarlo?... dime lo que quiero saber.

—S-sí…—responde la chica, quien apenas y puede hilar palabra alguna. Sus manos lucen entumecidas y tiemblan sin

control—. Yo…yo… sé…sí…e-e-es…es verdad… ha…nacido u-un hombre…capaz… de… de tener… emociones…

—¿Lo conoces? —ella no da una respuesta hablada porque no puede hacerlo, pero responde asintiendo con la cabeza con movimientos erráticos—. ¿Dónde lo encuentro?

La chica no puede responder. Su cabeza y extremidades se mueven como si estuviesen impulsados con una carga eléctrica constante. Su mirada intenta concentrarse en el rostro de Omar, pero con el rabillo del ojo, puede ver la silueta de alguien dibujándose sobre el hombro de su agresor, y con cada paso que lo acerca a ella, más y más detalles de su apariencia se dibujan sobre la oscura sombra. Cuando está lo bastante cerca como para poder distinguir un rostro completo, la voz de la chica se desgarra por culpa de un estruendoso grito de horror tan agudo, que lastima el oído de Omar.

—¡¿Pero qué cara…?! ¡Cedric! ¿Por qué demonios te acercaste, maldita sea!

—Estás llamando demasiado la atención —responde Cedric con la misma voz monótona, sin inmutarse por la tez sonrojada y el gesto colérico de su amigo—. Algunos *dealers* están volteando para acá y podrías meternos en probl… un momento… ella…

—¡Ella estaba a punto de hablar, estúpido! —Omar despliega un holograma similar al de Cedric en su mano izquierda. Activa un comando que emite una luz estroboscópica que apunta directo al rostro de la chica, que le provoca un desmayo instantáneo—. ¡Y acabas de arruinarlo! ¡Vámonos de aquí, ya!

Omar ahora es una especie de marioneta de la ira, e impulsado por ese sentimiento, corre en dirección hacia los *dealers* que intentan detenerlo y les dispara con su electro-revólver, dejando tras de sí una estela de muerte y sangre que Cedric sigue y acentua al rematar a aquellos que intentan atacar por la espalda a su amigo.

La dupla logra salir del callejón sin que nadie pudiese siquiera

frenar su paso, y apenas salen de él, la nave ya se encuentra lista para ser abordada y despegar, pues Cedric activó los comandos tan pronto notó en lo que desembocaría su misión. Al abordar, Omar toma una pastilla blanca, la pastilla de la paz, capaz de cortar de tajo los efectos provocados por cualquier otra pastilla de emociones sin importar su intensidad. Apenas Omar se siente más tranquilo para poder hablar con Cedric sin sentir el impulso ciego de querer asesinarlo, comienza a explicar lo ocurrido, regresa a aquella voz empapada de insensibilidad.

—Le había dado una pastilla de miedo. La pastilla de miedo que pasé a comprar. Estaba cayendo en sus efectos, y justo en el clímax fue que te vio. No sé si fue el ambiente, tu forma, la circunstancias, pudo haber sido todo en conjunto… sea lo que haya sido, le provocó un ataque de pánico. Ya no iba a reaccionar.

—Lamento haberlo arruinado.

—No lo sabías, no podías saberlo, ni siquiera yo pensé que esto pasaría. Esas mierdas son más efectivas de lo que creí.

—Me doy cuenta. ¿Qué pasará con ella? ¿Qué haremos nosotros ahora?

—Volveremos con Punk-D y le diremos que ella misma se metió una pastilla de pánico, no lo sé, cualquier cosa que no sea lo que en verdad ocurrió, de lo contrario, nos costará la cabeza… figurativa y literalmente, así que más nos vale que no se le haya ocurrido tomar una mala pastilla esta noche. Con respecto a ella…no sé. Es obvio que sabe demasiado y no seremos los últimos en buscarla. Tal vez pronto esté muerta, o huya de la ciudad… invariablemente, no se ve un buen futuro para ella.

—Ya veo.

—Por cierto… me dio la impresión, cuando la viste, que la conocías.

—Eso creí.

—Cedric, dime la verdad, amigo, ¿la conoces?

—No. La confundí. Para ser franco se parece demasiado a Tabatha. El mismo color de ojos, los mismos anteojos, incluso la forma de sus labios y lo delgado de sus dedos. Era muy parecida y por un segundo creí que era ella. Pero no es así.

—¿Estás seguro?

—Estuve con ella el tiempo suficiente como para saber si era *dealer* de pastillas o no, incluso si lo hubiese tratado de ocultar, ese tipo de mentiras rara vez duran tanto tiempo sin ser descubiertas.

—Tienes razón.

—Olvídalo. Sigo pensando en ella. La veo en todas partes. Es normal. Esta mañana creí haberla visto en una cafetería, pero era sólo la señora que hacía el aseo. Estoy en esa etapa del rompimiento en donde la mente me juega bromas, en donde quiero y no verla en cada lugar al que voy. Es pensarla todo el tiempo sin sentir nada.

—Sí, lo imagino, pero tampoco es bueno, amigo —del bolsillo, Omar toma una pastilla azul de tristeza que coloca en la mano de Cedric—. A veces es bueno llorar un poco nuestras pérdidas, y creo que tienes el derecho de hacerlo. Deja de escuchar mis consejos estúpidos, haz lo que tengas que hacer para borrar su recuerdo.

El rostro de Cedric está cubierto por las lágrimas. Ahogado en su profunda tristeza, ha decidido abrir el último mensaje que Tabatha le escribió, y el sentimiento ha hecho un nudo en su garganta que sólo ha conseguido desatar con el llanto.

El recuerdo de ella en su mente es tan lúcido y latente que aumenta su dolor a niveles insoportables, pero aun con ello, no le responderá ese mensaje, no le llamará ni ahora ni cuando despierte por la mañana, Cedric callará su sentimiento, guardará para sí mismo este momento y no dirá nada a nadie, así como ha callado el hecho de que la chica del callejón era en realidad

Tabatha y tuvo que mentirle a su amigo para salvarla, así como callará que la píldora azul que Omar le dio para sentir algo de tristeza yace al fondo del bote de basura.

Jesús Guillén-Luna (Estado de México, 1991). Guionista de cine y TV en la Escuela Mexicana de Escritores. Sus textos se han publicado en diversas editoriales. Su relato *El error de Dios* ganó el certamen La Era de las Máquinas, en España. Su novela *ReveR* fue finalista del II Concurso Internacional de Narrativa, en Argentina.

Y tal vez soñar

Krsna Sánchez N.

Hamlet se presentó en la galería donde Ofelia aguardaba plácidamente entretenida en la lectura de un libro. Él llevaba aún los ropajes de rigurosa negrura como señal de luto. La larga cabellera, revuelta sobre el rostro, ocultaba a medias un semblante atenazado por la desconsoladora incertidumbre. Deambuló errático por la habitación, ajeno por momentos a la presencia de su amada. Tentaba el aire con las manos, como queriendo asir un hálito invisible que le rehuía.

—Ser o no ser, he aquí la cuestión —planteó dubitativo—. ¿Cu-cuál es más digna acción del ánimo, sufrir los tiros penetrantes de la fortuna injusta, u oponer las armas a este... eh, torrente de calamidades, y darles fin con atrevida resistencia? Morir es… es dormir. ¿No más? ¿Huh? ¿Y por un sueño, diremos… diremos las aflicciones se acabaron y los do-dolores sin número, patrimonio de nuestra débil naturaleza? Eh...sí, sí. Este es un término que deberíamos solicitar con ansia. Morir es dormir y tal vez...tal vez...

Luego de varias vacilaciones, Hamlet interrumpió el soliloquio. La aflicción en su rostro fue reemplazada por una expresión de gélida perplejidad.

—¡Oh, por Júpiter! —exclamó casi fuera de sus cabales.

—¿Qué os infunde desmedido pánico? —intervino Ofelia.

—Insospechados espectadores —apuntó hacia adelante con un dedo tembloroso.

—¿De quiénes habláis? —ella no veía a nadie más en la habitación.

—¡La gente sentada ahí! ¡Allá atrás hay más! ¡Y también

arriba otros tantos! —señaló en distintas direcciones.

—Aquí nos encontramos nosotros dos y nadie más hay, mi señor.

—¿Acaso no captáis su presencia con vuestros ojos? ¡Ellos están ahí! ¡Os digo que ahí!

Por primera vez, Hamlet veía las pobladas hileras de butacas, veía la platea, el distante anfiteatro y los palcos en lo alto, veía los reflectores dirigidos hacia él y el telón colgando sobre su cabeza. A su vez, la muchedumbre le devolvía la mirada atenta, embebida. Dio media vuelta y examinó los enseres a su alrededor. Eran falsos, sin excepción. Cogió el libro de las manos de Ofelia. Repasó las páginas. Estaban confeccionadas con recortes reunidos al azar; mera utilería. Comprendió entonces que no se encontraba en la estancia palaciega, sino a mitad de un montaje teatral.

—Y justo a mí, que con un espectáculo pretendía extraer las culpas de un traidor, acaba de revelárseme que he vivido preso de una escenificación.

—Tranquilizaos, mi señor, padecéis un delirio pasajero. Venid conmigo a descansar y os sentiréis aliviado en breve tiempo.

Ofelia intentó tomarle del brazo, pero él la apartó con tanta brusquedad que provocó que cayera de espaldas estrepitosamente. Chispazos eléctricos brotaron por debajo de sus vestidos y no se movió más. Un murmullo de confusión estremeció la sala del teatro. El público no acertaba a distinguir si algo andaba mal o si todo aquello formaba parte de una innovación en el libreto.

Hamlet dio un salto fuera del escenario y encaró a los desconcertados espectadores de la primera fila.

—¿Quiénes sois vosotros? ¿De donde habéis salido? ¿Gozáis del espectáculo de mi tragedia?

—¡Un espectáculo interactivo! —exclamó ingenuamente un sujeto regordete—. ¡Que estupenda sorpresa!

Hamlet cogió a este desafortunado por las solapas del esmoquin.

—¿Qué opináis vos, amigo mío? ¿Es adecuado mi desempeño actoral? —lo levantó de su asiento con una fuerza sobrehumana, propinándole una violenta sacudida en el aire, conforme soltaba más preguntas—. ¿Soy demasiado frío en los pasajes importantes? ¿Gesticulo exageradamente? ¿Mi voz desentona?

El resto del público abandonó su lugar y se dirigió en turba hacia las salidas de emergencia. Por desgracia, las puertas electrónicas estaban cerradas herméticamente. Alguien precisó que no se abrirían hasta que sus sensores detectaran una evacuación ordenada y respetuosa. Esto sólo vino a provocar que el pánico reinara entre la multitud atrapada. Pronto arrancó al griterío histérico y al amotinamiento tumultuoso.

Mientras tanto, los valientes miembros de la orquesta intentaron doblegar por la fuerza a Hamlet. Pero éste no tuvo ningún problema para quitárselos de encima brutalmente. Noqueó a todos los miembros de la sección de cuerdas y partió sus instrumentos para continuar con su avance imparable. Cuando la situación parecía precipitarse hacia el mayor desastre posible, un viejo tramoyista emergió del foso debajo del escenario. Con una estampa heroica, enarboló un control remoto contra el desquiciado príncipe danés.

—Se cierra el telón, cafetera —dijo al presionar el interruptor de apagado.

Hamlet no tuvo oportunidad de agregar un parlamento final. Bajo el comando del control remoto, se desplomó desactivado tan rápido como si hubiera sido golpeado por un rayo fulminante. Quedó tirado sobre el piso alfombrado, inerte y desarticulado. Recordaba a un juguete sin baterías.

Una vez neutralizada la amenaza, las personas recobraron la calma. Sobrevino pues el intercambio de excusas y disculpas; luego, las risas nerviosas, los estrechones de manos y las

palmadas amistosas en el hombro. Como respuesta, las puertas de emergencia consintieron abrirse. Llegaron sin demora los servicios médicos para atender a los músicos heridos. El pobre individuo que fue sacudido en el aire pasaba por una aguda crisis de histeria.

—¡Yo prefiero el teatro barroco español! ¡Sépanlo todos! ¡Sueña el rey que es rey! —gritaba exaltado cuando lo sacaron encima de una camilla-artropóda.

Pasados unos veinte minutos, una dama de aspecto distinguido apareció alarmada en la sala y se las arregló para escalar al escenario sin perder el aliño.

—Soy la directora de esta obra y deseo ofrecerles mis más sinceras disculpas. Puedo asegurar que The Mechanical-Globe Theater es la compañía shakesperiana que utiliza la mejor gama de histriones autómatas, para ofrecer a ustedes espectáculos cien por ciento seguros. Lo que acaba de ocurrir ha sido una eventualidad completamente aislada.

Prolongó su discurso reiterando las disculpas y haciendo ofrecimientos de reembolso total para quienes lo pidieran.

—¿A quien le habla, jefa? —preguntó el viejo tramoyista, que regresaba con un montacargas manual—. No hay otra alma aquí. Todo mundo se largó hace rato.

Era verdad. La sala estaba ya vacía.

—Guarda silencio y date prisa en llevar a reparar eso —ella señaló a Hamlet, que continuaba tendido—. Tiene que estar listo para la primera función de la noche.

—Sólo permítame decirle que puede asegurarse de que un incidente así no se repita jamás si trae de regreso a los actores de carne y hueso.

La directora no prestó la menor atención a ese comentario.

—Será mejor que vaya a hablar con los Daleks de la junta administrativa —murmuró para si misma al alejarse—. Tendremos que contratar a una superinteligencia artificial

avezada en litigios. Una realmente buena, pero no muy costosa.

El viejo tramoyista introdujo la plataforma del montacargas por debajo de Hamlet. Bombeó un delgado colchón de antigravedad para aligerar el peso de aquel cuerpo hecho de vanadio y acero. Lo que le facilitó el traslado por los estrechos corredores detrás de bambalinas. Para él era inevitable pasar por esa parte del teatro sin rememorar los días en que ahí se encontraban los cuartos que servían como camerinos. Casi sentía el ambiente alborotado por el trajín de maquillistas y peinadores. Sin embargo, al volverse innecesarios todos esos empleados, el espacio fue remodelado para dar cabida a pabellones de hojalateria y pintura, donde se daban los retoques de último minuto a los participantes de las obras.

Un poco más adelante comenzaba un suave declive en el suelo. El montacargas se deslizó hacia las entrañas del edificio acompañado de un zumbido entrecortado. En breve, el viejo tramoyista y Hamlet se vieron inmersos en un gran guardarropa. Una red de bastidores automatizados mantenía en orden el ingente vestuario de la empresa teatral. Sobre sus rieles circulaba perchas con atuendos de toda clase, como vestidos cortesanos, ropajes militares y prendas pastoriles; e indumentarias de variada procedencia, como túnicas griegas, jubones renacentistas y albornoces moriscos. En suma, daba la impresión de que había atavíos suficientes para vestir a tres cuartos de la humanidad ancestral.

El descenso se tornó más empinado a lo largo de los siguientes metros. El viejo tramoyista disminuyó el colchón de antigravedad para estabilizar la carga. Ciertamente, no se hubiera disgustado si el androide rodaba cuesta abajo. Pero le preocupaba perder el control del montacargas. Recorrió con lentitud el trecho correspondiente a un almacén de escenografía y pertrechos. Parecía que en ese sitio se desvanecían los límites

entre épocas, culturas y lugares. Había ornamentaría romana, egipcia y troyana; decorados de criptas, calles y puertos; amueblados escoceses, venecianos y veroneses; ambientaciones citadinas, campestres e incluso míticas. Los conjuntos escenográficos, empaquetados dentro de enormes cápsulas de vinilo, circundaban una estructura expendedora, semejante a la mazorca de un revólver a gran escala. Esta estructura mandaba a escena los pequeños mundos de parafernalia, siguiendo el programa de la temporada teatral.

El trayecto del montacargas concluyó en un piso subterráneo que daba alojamiento al taller de reparaciones. Era como una lúgubre cripta que mezclaba los espantos de una necrópolis y una chatarrería industrial. Osamentas metálicas asomaban de nichos en los muros. Refacciones faciales, desolladas, gesticulaban bajo la acérrima iluminación de las lámparas fluorescentes. Extremidades mecánicas se retorcían entre armarios con herramientas y montones de cajas de tornillos. Al fondo del lugar, una fila de mesas corredizas ofrecía estaciones de trabajo a media decena de técnicos atareados con la reparación de diversos esperpentos robóticos. Secretamente, The Mechanical-Globe Theater empleaba a inmigrantes sin registro en malas condiciones laborales, con el objetivo de disminuir gastos.

—¡No soportó a estos bastardos que me arrebataron mi trabajo! —exclamó enardecido el viejo tramoyista al detener el montacargas junto a los técnicos.

Ellos hicieron una pausa en sus labores y voltearon al unísono para dedicarle una mirada desaprobatoria.

—No estoy hablando de ustedes —aclaró atropelladamente.

En otra época, durante su mocedad, él había sido un actor. Pero, como la totalidad de sus colegas humanos, fue relegado a un empleo de jalacables y sustituido por los vástagos del avance tecnológico, que ahora reinaban hegemónicos sobre el mundo

del espectáculo escénico, desde el *performance* experimental hasta el teatro clásico y Broadway.

—Los histriones autómatas no superan en nada a los actores convencionales —afirmó el tramoyista con ciega convicción.

—Ellos no sufren pánico escénico —reviró un argelino que soldaba el esqueleto animatronico de Macbeth.

—Tampoco sobreactúan —agregó un búlgaro que aceitaba las piezas corporales de Shylock.

—Ni olvidaban los diálogos, ni enferman de gripe el día del estreno —remató doblemente una coreana que introducía una bola de cableado en la joroba de Ricardo III.

—¡Ustedes son unos jodidos traidores de la humanidad! —el viejo tramoyista empujó enojado el montacargas hacia el otro extremo de la fila de mesas.

Se detuvo junto al puesto en que trabajaba un muchacho que había permanecido callado. Su atención estaba concentrada en destrabar una mano de Bruto, que aferraba la empuñadura de una daga falsa con todas sus fuerzas.

—Oye, Felipe, te traigo este muñeco que ha protagonizado una buena fiesta allá arriba —le dio la noticia sin ocultar su satisfacción.

—¿Ech ench cherio? —el muchacho sostenía entre los dientes un destornillador lumínico.

—Cómo es posible que no oyeras el alboroto, ¿tenías la cabeza metida en un culo de metal?

—Echcuché loch gritoch —se sacó la herramienta de la boca —, pero pensé que era la ovación del público.

Desatendió la extremidad robótica del senador traidor y echó una ojeada al contenido del montacargas.

—¿Qué le ocurrió?

—La cuarta pared se desplomó ante los receptores visuales de nuestro joven y atribulado príncipe —el actor retirado hizo un ademán para representar el desmoronamiento, exageradamente.

—¡Qué mierda! —Felipe arqueó las cejas, extrañado—. Eso es imposible.

Los histriones autómatas no debían saber de su condición como simulacro viviente, ni reconocer la existencia del mundo real. Para la tecnología de la época no representaba un reto la fabricación de robots con la conciencia y los recuerdos de una persona promedio. Igualmente sencillo era crear robots que encarnaran sin saber a personajes imaginarios dentro de universos ficticios. En individual, estaban programados con una realidad virtual que iba acorde al papel que desempeñaban. El androide del rey Lear vivía inmerso en una simulación de la Bretaña legendaria; el androide de Oberon, en los bosques encantados de Atenas; el androide de Próspero, en una distante isla de ultramar. Esto les dotaba de absoluta veracidad en sus representaciones. Se podría decir, aunque no fuera literalmente, que experimentaban en carne propia tanto los amores como los odios, tanto las tristezas como las alegrías. Puestos en el escenario, eran como sonámbulos que recreaban vívidamente sus sueños, sueños hechos de material literario.

Felipe apartó la mano de Bruto para dejar libre la superficie de su mesa y ayudó a colocar ahí al catatónico Hamlet. Durante la faena tuvo que soportar al viejo tramoyista que no paraba de hablar:

—Sé que a ti te encantan estos histriones autómatas, igual que a todos los jóvenes. Pero es porque nunca vieron humanos arriba de un escenario. Nosotros éramos los mejores actores. Ojala hubieras visto mi interpretación de aquel enamorado espadachín francés... ¡de un beso! La palabra es dulce y no veo por qué vuestro labio no se atreve. ¡Si decirla quema, qué no será vivirla!

—¡Ay, no de nuevo! —le atajó Felipe antes que hiciera esgrima con una llave de tuercas—. No hay tiempo para tus delirios. Tengo mucho trabajo por hacer.

El tramoyista partió con su orgullo malherido, como siempre.

En tanto, Felipe desenroscó un seguro en la nuca del androide. Palpó la línea divisoria que apareció a mitad del cuello y separó la cabeza de los hombros con un ligero tirón hacia arriba. Colocó esta en la orilla de la mesa, cerca de una consola de servicio. Le quitó la peluca de largos cabellos y separó luego la máscara de piel sintética que proporcinaba una apariencia humana a la inhóspita carcasa; se desprendió como la cáscara de una fruta madura. Quedó entonces al descubierto una calavera robótica de sonrisa inquietante.

Lo siguiente fue presionar ligeramente la placa parietal del cráneo, que se elevó en automático como la tapadera de un bote de basura. Ante la mirada de Felipe se reveló un laberinto de circunvoluciones de silicio y microprocesadores fotónicos. Él procedió a la exploración de ese cerebro electrónico mediante la sonda de un osciloscopio, probando pacientemente el estado de cada componente y sus interconexiones. Al no encontrar ningún cortocircuito, asumió que todo se había originado por un problema informático.

Felipe conectó la cabeza de Hamlet a la consola con un cable de datos tipo Theta. Puso a andar una herramienta cibernética para analizar los fallos en el sistema operativo del androide. De inmediato, un monitor mostró la información almacenada en los doce gigacúbits de su memoria ROM. Era un cascada interminable de archivos, ficheros, controladores y encriptadores. Finalmente, luego de pasar un rato discriminando fallas menores, el análisis detectó un error de registro que había originado el accidente.

A detalle, la raíz del problema estaba precisamente en el célebre soliloquio que Hamlet ejecutaba al principio del tercer acto de la primera escena. Cuando los espectadores le miraban debatiéndose entre las dos instancias del ser, él no repetía un discurso pregrabado como un muñeco de cuerda. Si bien su

programación, con marcado temperamento filosófico, le marcaba una pauta a seguir, la digresión nacía de afrontar el dilema existencial con desgarradora autenticidad. Según reportaba del análisis, la constante elucubración en torno a esa incertidumbre irresoluble causó una subrutina de datos remanentes, conflictiva para las directrices de conciencia del androide. En otras palabras, las cavilaciones de Hamlet lo habían sacado de la realidad virtual.

¿Tengo derecho a recluirlo de nuevo en esa fantasía digital que le esclaviza sin que sepa?, se preguntó Felipe, consternado. Una duda de esa naturaleza nunca había despertado sus remordimientos. Para encontrarle una contestación, tuvo que contravenir el protocolo de trabajo, reactivando al androide prematuramente. La cabeza de Hamlet recuperó la conciencia junto a su cuerpo acéfalo, rendido sobre la mesa.

—¿Qué ocurre ahora? ¿Soy víctima de una visión diabólica? ¿Acaso he perdido la razón después de fingir mi propia locura?

—Esta es la realidad, compadre, nada de visión diabólica, ni de locura. Eres un histrión autómata, ¿qué te parece? —Felipe lo trató con cruda sinceridad; no tenía a menudo la oportunidad de charlar abiertamente con un robot.

—No comprendo vuestros términos. Os ruego que los expliquéis.

—No eres un ser humano como yo. Más bien te pareces a un títere sin hilos. La fuerza que te anima proviene de mecanismos comparables a los que hacen caminar a un reloj. Pero tú posees una maquinaria mucho más compleja. ¡Ni te imaginas qué tan compleja!

—Soy hermano de aquellos hombres mecánicos, siervos de Vulcano.

—Correcto, has dado con una comparación muy adecuada. Conservas intacto tu repertorio de mitología grecorromana. Pero no estás bajo la voluntad de un dios. Los designios de tus actos

provienen de un libreto dramático.

—No podría ser distinto mi destino, por supuesto. ¿Y quién ha compuesto tal obra?

—Un señor llamado William Shakespeare que murió hace más de quinientos años.

—Un hombre poseedor de cruel ingenio, no lo dudéis —giraron los rotores en la superficie de su rostro descarnado sin acertar a reproducir una expresión facial.

Felipe, no obstante, supuso que Hamlet experimentaba una sincera tristeza en ese momento. Después de todo, estaba equipado con el más avanzado emulador de emociones.

—Por lo menos ahora conoces la verdad, a diferencia del resto de tus compañeros —probó a consolarlo.

—¿Qué es verdad y qué no lo es? —dijo Hamlet—. He muerto sin estar vivo. La muerte no me ha otorgado un sueño. Muerto permanezco en vigilia dentro de una pesadilla.

Felipe no pudo decirle que se equivocaba. Había experimentado incontables veces la vida de un heredero de la realeza danesa, empecinado en cobrar una venganza parental, y abandonar ese estado ilusorio presuponía sin duda una especie de muerte, o tránsito hacia otro mundo. Además, para colmo de la desgracia, no encontró el sueño pacífico del sepulcro, sino una pesadillesca revelación de su estado como artificio inmortal. Con todo esto en consideración, devolverlo a la fantasía digital parecía ahora un acto misericordioso.

Al acometer la reescritura manual del código conflictivo, los datos de la pantalla se reflejaron en los espabilados ojos de Felipe, velozmente. Una vez estuvo depurado el error, las operaciones del androide se reiniciaron para borrar los recuerdos más recientes de su memoria.

—¿Quién podría tolerar tanta opresión, sudando, gimiendo bajo el peso de una vida molesta si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la Muerte, aquel país desconocido

de cuyos límites ningún caminante torna —Hamlet reanudó el soliloquio como si nada hubiera ocurrido—, nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; antes que ir a buscar otros de que no tenemos seguro conocimiento? Esta previsión nos hace a todos cobardes, así la natural tintura del valor se debilita con los barnices pálidos de la prudencia, las empresas de mayor importancia por esta sola consideración mudan camino, no se ejecutan y se reducen a designios vanos.

Felipe lo apagó tras cerciorarse de que estaba de regreso en su universo ficticio. Desconectó el cable de datos y cerró la placa craneal. Antes de colocarle la peluca y la máscara de piel artificial, sostuvo la lustrosa calavera robótica entre sus manos, meditabundo. Se le ocurrió la posibilidad de que él mismo también fuera presidiario en una ilusión engañosa. A lo mejor en verdad era un aldeano medieval que un maleficio hacia soñar con esa vida como empleado de un teatro futurista, dedicado a la reparación de extrañas máquinas humanoides.

—¡Ser o no ser, he aquí la cuestión! —exclamó a lo lejos el viejo tramoyista que volvía en busca de Hamlet.

Krsna Sánchez N. (Michoacán, 1988). Ganador del cuarto Concurso de Cuento «Las cuatro esquinas del Universo». Mención honorífica en el XXXIV Concurso Nacional de Cuento Fantástico y de Ciencia Ficción. Ganador del Bazar de Horrores (Fóbica Fest, 2020), en la categoría de cuento. Autor de *Mundos impostores* e *Inventamos enemigos más útiles*. Ha publicado relatos en diversas revistas de hispanoamérica. Ha sido becario del FONCA (2019-2020).

Rojo

Marisol Gutiérrez

Voltea una sola vez para percatarse de que la calle está vacía y que el viento, como única compañía, se cuela entre las ventanas rotas y emula el sonido extraño de murmullos y ecos. Ducharse con agua fría y tomar un sorbo de café bien cargado, seguro le despejarán.

Hacía días que salir a la calle le resultaba incómodo, daba un solo paso fuera de su apartamento y ya se sentía nervioso. El trajinar de sus zapatos hacía eco e incluso, seguía escuchándose aunque estuviera quieto. Juraría que hasta oyó el maullar de gatos en todos los tejados. ¿Desde cuándo no había gatos en la ciudad?, pensaba. El sabor metálico del miedo se le pegaba al fondo de la garganta, y subía hasta amargarle la boca, entonces debía expulsar aquella baba espesa como envenenada. Se horrorizaba cada vez que dentro del brillante escupitajo, nadaba un trozo de estambre rojo.

La cita con el médico sería en unos meses, mientras tanto, debía permanecer tranquilo. Pero la calma no entraba por ningún poro de su cuerpo, por el contrario, el insomnio había hecho mella en él que, delgado de por sí, ahora tenía la piel estirada sobre los huesos, llena de estrías rojas por todos los pliegues.

Si ella estuviera ahí, seguro le tranquilizaría. Cuando un hombre solitario escupe trozos de algo parecido a un estambre rojo, se antoja que una mujer le prepare una taza de té, le mire fijamente y juegue con sus cabellos mientras le dice, casi en un tono inaudible, que todo va a estar bien. Pero este hombre solitario se tiene que conformar con vivir despierto, comer tarde,

escuchar que se multiplican todos los ruidos de la noche y del día, y ver cómo, de a poco, su cuerpo se deshila.

Los trozos de hilo rojo no paraban de aparecer en cada rincón de la casa. Así fue aquella extraña enfermedad, parecida a una plaga, cercana a una profecía.

El cuerpo de los hombres será como ovillos de hilo al viento furioso, el color de la rabia, de pronto, tejerá el suelo de las calles desiertas.

Dormido, soñaba con despertar, entre borbotones de gruesas redes de estambre carmesí. Despierto, sentía que sus manos se volvían ásperas, como telas viejas que comienzan a deshilacharse.

Una tarde en que hacía fila en el expendio de pan de su barrio, miró a un hombre enfundado en una especie de traje de protección. Aunque no se podía distinguir si realmente era un hombre, bien podría ser uno, pues era ancho y alto, y tenía puestos unos lentes gruesos que le daban un aire de insecto. Al mirarlo de pie en la acera contigua, inerte como un poste de luz, sintió un escalofrío que le recorrió desde la nuca hasta la planta de los pies.

¿Por qué le tuvo miedo a ese hombre insecto? En el departamento no había televisión, conexión a internet ni radio, por lo que este hombre usaba algunas horas al día, la conexión gratuita de la ciudad en su gastado teléfono móvil. Trataba de evadir todas las notas serias o alarmistas, se dedicaba a textear a sus pocos amigos y familiares, y después largaba el aparato antes de que fuera demasiado tarde.

Fue una mañana. Luego de un día agotador en el trabajo, ella estaba en la cocina, y él seguía en su pequeño despacho improvisado: revisaba papeles, llenaba formatos y contestaba *mails*. El vacío en el estómago le obligó a despegarse con desgana de la silla y apenas tuvo un pie en el corredor sintió que algo faltaba.

Quizá le convenía mirar un poco las noticias, quizás extrañaba tener compañía, pues desde que las mascotas se prohibieron o fueron exterminadas por temores absurdos, era cada vez más difícil llenar vacíos. Si sentía tristeza, siempre podría recurrir a la droga o sedarse y así sentir que el tiempo pasaba más lento. La última vez que lo intentó, el espejo le devolvió su reflejo y miró esa sonrisa bobalicona que sólo los sedados tienen.

No era más que un placebo.

El teléfono vibró hasta caer de la cajonera al suelo. Se levantó con desgana del sillón. No estaba especialmente nervioso, pero ya no podía con la incertidumbre. Los síntomas se agudizaban, aunque los últimos meses había utilizado los sedantes de forma irresponsable, esperaba que fueran alucinaciones, era mejor la locura que la otra enfermedad, la física.

Cuando estuvo en el pasillo, le llamó al principio con timidez, después alzó gradualmente la voz. No obtuvo respuesta, tampoco escuchó sonido alguno. Afuera seguramente nada se había detenido.Nada se detiene cuando se deja de existir.

Respiró fuerte y llegó a la cocina de un par de zancadas. Estaba en el suelo, enmarañada entre sus propias entrañas. Los pocos vecinos que sobrevivieron aún recuerdan el espectáculo: los túneles sanitizadores, el aislamiento de por sí cotidiano, reforzado bajo medidas absurdas, las personas que se cubrieron, primero por miedo, y después por necesidad. Habría secuelas.

Esto era *El Otro* que nadie veía, el miedo sin rostro, no había forma de perseguirlo, ya los perseguía *Él*, en silencio.

El teléfono sobre la alfombra vibró por última vez, al mismo tiempo el timbre de la puerta sonó de manera prolongada: era el hombre insecto.

*

Los hilos rojos están ahí. Aún después de la ducha. Ahí por

siempre. Él la nombra viva, no ve la muerte, no ve la urna, no ve que se sirve una sola copa, una. No ve que brinda enfermo y solo.

Ella está viva, en algún lugar.

De continuo, algún hilo rojo revolotea sobre la alfombra, sobre el té recién servido o se le encaja entre los dientes. Los hilos al principio son hebras casi invisibles. Él piensa que seguro hace mal la limpieza del hogar y coloca todo en pares, de nuevo.

El cuerpo de los hombres será como ovillos de hilo al viento furioso, el color de la rabia, de pronto, tejerá el suelo de las calles desiertas.

Marisol Gutiérrez (Jalisco, 1993). Es licenciada en Letras Hispánicas por la Universidad de Guadalajara. Ha sido tallerista de lectura y creación literaria en preparatorias y en la librería José Luis Martínez del FCE. Actualmente colabora en el programa «Luvina Joven Radio». Algunos de sus cuentos aparecen en *Los excéntricos. Antología de cuento corto* (Lapicero Rojo) y en la *Segunda Antología de Escritoras Mexicanas* (Nido del Fénix/Escritoras Mexicanas).

Cristales

Bernardo Martínez González

Eliseo salía de su casa con la cabeza en alto. Buscaba y rebuscaba alguna esperanza, sin dejar de olfatear aquella sal que le resecaba la nariz, con el cuello quemado por el nuevo sol blanco, con las manos sangrantes de tanto escarbar, con la boca convertida en desierto. No buscaba algo con plumas, sino algo que se pudiera comer o plantar.

Cuando caminaba, le gustaba recordar cómo había sido la vida. No antes de la sal, esos eran recuerdos demasiado dolorosos, sólo recordaba la vida durante aquellos primeros días, cuando aún el mundo no era un desierto blanco. La primera tormenta de sal era un recuerdo que le gustaba revisitar una y otra vez; era abrumador, pero también fue su momento de gloria. Todos en el pueblo hablaban de las tormentas, se juntaban en la noche, siempre en pequeños grupos de familia y amigos, para ver las noticias al respecto, pero seguían siendo fenómenos que pasaban en otras partes, países que sólo conocían por las noticias. Iban, precisamente, Eliseo y sus dos hijos a la casa del vecino Toño, cuando el primer cristal cayó como granizo sobre su cabeza. Eliseo sintió el golpe, pero al revisarse, su primer pensamiento fue la pena que le había embargado tras ver que su sombrero ahora tenía un agujero en una de las alas, había sido un sombrero precioso, ligero y aunque llevaba muchos años con él, aún conservaba su forma. Recordaba cómo se había agachado para recoger lo que él pensaba que era un granizo, recordó el miedo que le provocó darse cuenta de que no estaba frío, y la prisa con que había recogido a sus hijos y había empezado a correr de regreso a su casa. Sus hijos gritaban, los cristales les

golpeaban abriendo su piel y absorbiendo su sangre, sin embargo, Eliseo no escuchaba nada que no fuera la sal cayendo sobre el mundo. Abrió la puerta de su casa, gritó el nombre de su esposa, vio cómo ella corrió a recibirlo con un rosario en la mano y cómo recogió a los niños. Su último pensamiento antes de perder la conciencia fue para su sombrero, se preguntó si alguna vez volvería a tener uno igual. Volvió en sí con Margarita llorándole, agradecida una y otra vez de que había salvado a los niños. A partir de ahí empezó su vida de sal.

Despertaba antes que los demás en la casa, también era el último en acostarse. Margarita y los dos niños habían dejado de ser su familia y ahora sólo eran unos bultos sobre el colchón donde antes solía dormir. Eliseo dormía en un petate en otro cuarto, donde tenía todas sus cosas. Pensaba que esta lejanía era lo mejor para todos, a final de cuentas, los demás necesitaban el sueño para mantenerse fuertes, le preocupaba que escucharan sus gemidos, aquellos que sabía que hacía entre sueños. Buscaba la ropa que estuviera menos rota, aunque cada mañana notaba que se iba reduciendo su capacidad de hacerlo. Le gustaba mucho el brillo blanco que la sal le había dado a sus camisas, uno que ni cuando eran nuevas habían llegado a tener, así que siempre portaba la manta con gallardía, algo que en otros tiempos no había conocido.

Salía de su casa antes del amanecer. Su primera visita era a la casa de su compadre Toño. Sabía que no quedaba nada que pudiera rescatar, pero ahí estaba el cuerpo de su compadre, ahora convertido en estatua de sal. Desconocía cómo había muerto. La primera vez que fue a buscarlo, dos días después de la primera tormenta, ya estaba echado sobre el piso y los cristales de sal empezaban a crecer sobre su cara. *Al menos el ataúd te salió gratis, compadre,* pensó en una ocasión, cuando se dio cuenta de que la sal acabaría por cubrir por completo a Toño. Pasaba una hora o dos ahí, hablando. Pensaba varias veces si era

cierto aquello de que los muertos podían escucharlo a uno siempre y cuando no se hubieran podrido, y por si las dudas, le seguía platicando a su compadre, en parte, para que Toño no se aburriera, en parte, porque Elías extrañaba hablar con él.

Mientras estaba en la casa de su compadre podía fingir cierta normalidad, pero al salir el choque siempre era el mismo. El paisaje era cambiante, los árboles ya no tenían hojas y las ramas se iban rompiendo bajo el peso de los cristales que se juntaban sobre ellos. Los charcos que antes abundaban en el pueblo ahora habían desaparecido, y los caminos de siempre se perdían bajo un manto. Sin árboles ni sombrero era imposible que se escondiera en la sombra, sólo quedaba caminar bajo el nuevo sol, más blanco que el pasado, más seco que antes. Cuando el viento soplaba era peor, los remolinos blancos le abrían la piel, nunca eran heridas profundas, pero si podía sentir cómo los cristales se juntaban sobre ellas, convirtiendo la sangre en una costra que se iba poniendo blanca. Al menos no había moscas, eso si debía agradecerle al apocalipsis, había muchas menos que cuando todo marchaba más o menos bien. Menos moscas, menos perros, ningún pájaro, quizás algún humano.

Conocía cada centímetro de las casas en las que irrumpía, pero eso no evitaba que entrara a ellas con la esperanza de encontrar algo olvidado de sus exploraciones pasadas. Era fácil entrar, aunque nunca podría acostumbrarse a ver los cuerpos cubiertos de cristales de sal. Se preguntaba muchas veces si todas esas personas habían muerto adentro de sus casas, o cómo era posible que nunca se hubiera encontrado un cuerpo a la intemperie. En el fondo intentaba no prestar atención a esas estatuas que habían sido sus conocidos, después de todo, la esperanza no estaba ahí, sino en las despensas. Había que plantar manzanas, en algún árbol de algún jardín debería de haber algunas olvidadas, cubiertas de sal como antes habían estado cubiertas de rocío. O tomates, que quizás alguna ama de casa se

habría olvidado de cosechar y ahora colgarían de alguna rama muerta en una maceta. O quizás ejotes, siempre se encuentran latas de ejote olvidadas en un cajón que nadie había abierto en años. Algo podría encontrar, algo que pudieran plantar en aquel huerto tan pequeño, pero tan importante. Los primeros días el botín era abundante, pero cada vez era más difícil encontrar cualquier cosa que no fuera sal. Hacía tres días que Eliseo no había encontrado nada ya.

La tarde, cuando el nuevo sol bajaba un poco, la dedicaba a intentar limpiar la tierra. Apenas eran unos cuantos metros, el huerto estaba alejado de su casa, pero no demasiado para que lo pudiera ver por la ventana del cuarto donde dormía. Aquel huerto protegido con planchas de madera de triplay era toda su esperanza. A veces, cuando había tormentas de sal, la madera se rompía, aunque él siempre la remplazaba e intentaba asegurarlas. Revolvía la tierra con sus manos, quitando cristales, esperando que estos no hubieran echado a perder la tierra. *Los jitomates nacen en diez días, los chiles en catorce, aun así serán retoños. Pasarán seis meses antes de que en alguno crezcan frutos. Y aun si lo hacen serán tan pequeños que no llenarán la panza ni de Martín, pero para empezar ni vamos a llegar a esos seis meses, no tenemos agua para llegar a eso.* Eran los cálculos que hacía una y otra vez mientras intentaba juntar toda la sal que podía en montoncitos, que luego arrojaba al desierto blanco que habia afuera del huerto.

La noche temprana era su parte favorita. Se sentaba un poco a ver el atardecer, extrañaba el atardecer rojo de siempre, pero era muy consiente de que este nuevo sol blanco también tenía su belleza. Después, cuando su cuerpo ya se había enfriado, sacaba las pocas semillas que le quedaban, el granjero que había sido le decía que era imposible que dieran fruto, pero al padre que era le gustaba pensar que había mucha vida en ellas, que sólo necesitaban tiempo, agua y cuidado. Las aventaba sobre el

huerto, una tras otra, con un movimiento lento de la muñeca. No estaba seguro de que fuera real, pero siempre que una semilla caía, creía escuchar un ruido, un golpeteo leve, algo que en un mundo con insectos, perros, aves y humanos jamás se escucharía, pero que en este desierto muerto, sobresalía. Era una canción de esperanza, una con muchos espacios entre cada nota. Después de eso regresaba a su casa. Los niños ya dormían, siempre los mismos dos bultos bajo las cobijas. Su esposa a veces lo esperaba, otras, ya acompañaba a sus hijos en la cama. Eliseo siempre le besaba la frente antes de acostarse. Se quitaba la ropa, memorizando en qué estado se la había encontrado esa mañana, y luego se acostaba.

La madrugada era la peor parte. Había tanto silencio y nada para llenarlo.

Aquella mañana había empezado como cualquier otra, Eliseo se había despertado antes que los demás en su casa. Contempló a sus hijos mientras se vestía, se aseguraba de no despertarlos con sus movimientos. Se dio cuenta, por primera vez, de que no sabía qué hacían todos ellos mientras él estaba afuera, que no los había visto jugar en lo que ahora caía en cuenta que habían sido semanas o meses, y que, aunque sí veía a su esposa en algunas ocasiones cuando regresaba, había pasado tanto tiempo sin ver el rostro de sus hijos que ya no podía recordarlos con claridad. Eso lo derrumbó.

Margarita, lo encontró aún en el piso. No lloraba, la sal se había llevado las lagrimas de todos, pero se veía su rostro sumido en la pena. La imagen de su esposo de rodillas sin moverse no la perturbó, sabía que tarde o temprano pasaría algo así, pero no importaba, ella tenía un plan.

—Eliseo, levántate, Eliseo.

—Margarita. Los pozos están envenenados de sal, no tienes ni idea de lo horrible que sabe el agua con sal cuando tienes mucha

sed. A veces sueño con las botellas de agua que les dejé aquí, que se las quito y me las tomo todas de jalón, en vez de los traguitos que hemos racionado.

—Eliseo, levántate, Eliseo.

—No vamos a vivir hasta que algo germine. No vamos a poder. No hay forma. No hay nada vivo excepto nosotros, y no lo estaremos por mucho tiempo. Nos vamos a volver estatuas de sal, tú, yo y los niños.

—Eliseo, levántate, Eliseo.

—Margarita, déjame quedarme acostado aquí contigo y los niños. Quiero ver que hacen, quiero ver si aún juegan, o si están tan débiles que ya no pueden hacerlo. Quiero verlos y escucharlos cuando tomen agua, aunque yo no la beba. Quiero volver a jugar con ellos y a cargarlos en mi espalda, quiero ver el huerto desde la ventana, y decirles lo que he plantado ahí, y que los cinco juntos esperemos sin hablar. Quiero hacer otra cosa que no sea estar en este desierto de sal.

—Eliseo, levántate, ayer no pude decírtelo, Eliseo, ven a ver lo que tengo.

Eliseo se levantó, dudando acaso que su esposa pudiera enseñarle algo, no quedaban muchas cosas en este mundo para mostrar. Pero el tono de su voz era algo que no podía ignorar.

—Mira, ves este paquete, ¿sí? —decía mientras le apuntaba a un pequeño paquetito cuadrado de papel sobre la mesa—. Es queso, Eliseo, es un pedazo de queso que Jorge se encontró cuando jugaba ayer. Ve hoy, corazón, te prometo que no dejaré que los niños se duerman por más cansados que estén. Cuando llegues todos comeremos un cachito de queso, y platicaremos y jugaremos, y hoy en la noche te dormirás con nosotros. Los cuatro abrazados bajo la misma cobija. Pero hoy inténtalo, corazón, que sea un festejo este quesito, que los niños prueben su sabor mientras ven con orgullo al padre que volvió a salvarlos.

Eliseo asentía. Una y otra vez. Siempre sin quitar los ojos del

paquetito de queso enfrente de él. Tenía sentido lo que decía su esposa, había que conocer la gloria del triunfo momentáneo, aunque estuvieran destinados a perder. Se imaginó el queso, sabía que estaría un poco podrido, era imposible que se mantuviera fresco después de tanto tiempo, y una diarrea sería mortal en ese mundo sin agua. Pero seguía siendo queso, uno que podría fundir en una fogata, que podría perfumar su casa, que podría quemar su boca y llenarle los dedos. Se imaginó la sonrisa de sus hijos, se imaginó la cara de Margarita, orgullosa de él. Se imaginó toda la felicidad que ese paquetito traería. Y entonces, Eliseo también sonrió.

Fue el primer día que no visitó la casa de su compadre, sabía que no podría verlo sin contarle, y no quería que su compadre sintiera envidia del paquetito. Buscó en las despensas vacías, pero al no encontrar nada, no desesperó, después de todo, ese día sí comería algo. Y su sorpresa fue mayúscula cuando se encontró dos tomates podridos y una manzana demasiado blanda, pruebas de que no había encontrado todo lo que había por encontrar. Tampoco el trabajo del huerto fue pesado, por primera vez no lo hizo pensando en que no había forma de que sus plantas nacieran, sino que se la pasó pensando en su paquete, en su paquetito.

Regresó a su casa, ansioso. Se imaginó plantando en el huerto con los niños, pedirles por vez primera que le ayudaran con alguna tarea. *¡Y como recompensa, chicos, un pedazo de queso!* Después sacaría aquel paquete de papel y lo desenvolvería, descubriendo el lácteo manjar. Pero en cuanto entró, se dio cuenta de que algo estaba mal. Su casa estaba en silencio, tal y como siempre que llegaba. No había niños corriendo a recibirlo ni esposa orgullosa, sólo los mismos tres bultos sobre la cama. La sorpresa de esto no lo tumbó. Despertaría a sus hijos, volvería a ver sus caritas saliendo bajo las cobijas. Puso su mano, intentando agitarlos, hablarles del paquetito, contarles lo

afortunados que eran. Pero se quedó sin aliento cuando sintió su mano hundirse.

Levantó la cobija, lo que él pensaba que habían sido sus dos hijos todo este tiempo no eran sino sal, dos montículos silenciosos, acomodados para que dieran la impresión de ser infantes.

—Margarita. ¡Margarita! ¡MARGARITA!

Eliseo corrió por la casa, buscando a sus hijos y a su esposa.

Derrotado y confundido, se dirigió a la cobija. ¿Cuándo había sido la última vez que vio a los niños? ¿Dónde estaban? ¿Que había pasado con sus hijos? Y Margarita, ¿por qué había escapado de él?

Derrotado, sin saber qué pasaría, se sentó frente a la mesa. Ahí, silencioso, también estaba el pedazo de queso que su esposa le había prometido esa mañana. El papel blanco se rompió con facilidad, adentro no había nada más que sal compactada.

*

Al día siguiente, se vistió con la mejor camisa que encontró, de nuevo, cuidando que sus movimientos no despertaran a nadie. Iría a la casa de su compadre, como siempre. Le llevaría un poco de aquel queso que Jorge había encontrado, ese que había compartido la noche anterior con su familia, después de todo siempre había que ayudar a los compadres, aunque se tuviera que apretar el cinto uno. Afuera, volvían a llover cristales de sal, pero no le importó, de cualquier forma, tenía que salir, debía contar las buenas nuevas: en su huerto, los niños y él habían descubierto que estaban empezando a crecer tomates.

Bernardo Martínez González (Zacatecas, 1992). Ávido lector que insiste en escribir de vez en cuando. Tiene una debilidad por la fantasía y el terror. No

cree en los monstruos, pero ha pasado toda su vida entrenando para derrotarlos.

Un profeta, un científico y un pie de virgen

Juan de Dios Maya Avila

En la plaza de la Santa Veracruz, junto al templo de San Juan de Dios, se halla el museo Franz Mayer, que ocupa el edificio de un antiguo hospital de prostitutas. En una de sus salas resguarda cierto óleo intitulado *El Cristo de la fuente*, factura del poblano Miguel Gerónimo Zendejas, hombre místico, tendiente a la oscuridad. El cuadro mentado así lo demuestra. La cruz donde yace el Hijo crece en la punta del surtidor de una fuente ochavada. Al surtidor le secundan sendos platones que bajan hasta el zócalo octagonal. El cuerpo del verbo encarnado muestra tajadas en las costillas, llagas punzantes en el pecho. Le sangran las piernas, los brazos, la frente y surte la sangre en chisguetes que manan de pequeños agujeros. La fontana se colma de rojo. Son las tres de la tarde en punto. Los fariseos reculan alrededor y perciben en el paisaje la fuerza siniestra de la naturaleza: se desata una tormenta. En el último horizonte del cuadro, muy en la lejanía, sobrevive un fulgor de luz crepuscular, el resto del cielo se cubre por nubarrones negros. Sopla un aire tremendo, así lo demuestra el pintor con los ramajes de los árboles que se inclinan y que en cualquier momento serán arrancados de raíz. La Virgen llora en los brazos de Juan. Ninguno de los dos se mueve. El final está próximo.

Salí del museo un tanto desconcertado. Esa noche soñé con *El Cristo de la fuente*. Ahora sé que esa escena sucederá en el final de los tiempos. Lo juro. El místico Zendejas lo supo también. Sólo que él matizó algunos rasgos para no parecer un pintor loco, un herético en ciernes ante la cruel Inquisición. Dichos rasgos se refieren a los personajes reinantes de la obra y su significado, a

saber, los fariseos, el pueblo, los traidores, la Virgen y Juan. En mi sueño, que fue el de Zendejas, ninguno de ellos eran tales, sino enfermos esquizofrénicos que corrían desnudos alrededor de la fontana. Los del sexo masculino cargaban entre los brazos a un perro, y las mujeres, en el hombro siniestro, un gato negro. Además, ni la Virgen ni Juan aparecieron en escena, e irrumpían, en cambio, sus lugares, dos ratas enormes y grises y éstas miraban encantadas al crucificado.

Al despertar de ese primer sueño atiné a pensar que el cuadro me habría impresionado lo necesario para formar parte de mis desatinos de durmiente. No obstante, la noche que siguió tuve un segundo sueño: en un cuarto humilde de las vecindades circundantes al Parián en la Puebla de los Ángeles, miré a un hombre recostado en su cama, aferrándose a las cobijas para evitar el frío de la noche. Pronto el agotamiento lo venció y cayó profundamente dormido. El hombre era Miguel Gerónimo Zandejas. De su cabeza se desprendía una nube gris igual al humo de una fogata recién apagada; en el centro de esa nube comenzaron a dibujarse imágenes que al momento distinguí como episodios de mi propio sueño: el cristo herido, la fuente harta de sangre, las ratas, los locos acompañados de sus perros y sus gatos. Aquella nube se desvaneció y a lado de la cama del soñador reparé en un caballete el cual sostenía aquel óleo que desencadenó mis episodios oníricos. Algo había en la imagen de ese cuadro que le hizo diferente al sueño de Zendejas y al mío propio. Apenas un detalle, pequeño, aunque gigante. Cuando reparé en dicho signo, Zendejas se retorció en su cama. En la esquina superior izquierda del cuadro irrumpía el símbolo, ajeno al resto de la composición. Por sobre los nubarrones del cielo gris un pie, desnudo, pálido, pisaba la luna menguante que les servía de nave. El pie de una Virgen del Apocalipsis, destructora, asesina. Miguel Gerónimo Zendejas aferró sus dedos a las cobijas, arqueó el cuerpo, pareció que iba a despertar, temí ver la

oscuridad de sus ojos, reaccioné antes que él y abrí los míos.

Los días siguientes quise olvidar mis sueños, al cuadro y a Zendejas, pero las imágenes regresaban. Durante las noches no pude dormir. No pocas veces regresé al museo y durante horas contemplaba *El Cristo de la fuente* llenándome de terror y fascinación. Una mañana, el museo cerró sus puertas pues habrían de hacerle algunas remodelaciones. Debajo del quicio de la entrada, un gato negro miraba a los guardias como esperando a que le abrieran. Yo me quedé junto al gato por algunos minutos, confieso que con la esperanza de que a los dos nos permitieran el paso. Pronto me impacienté, dejé mi puesto y emprendí la huida por el callejón de San Juan de Dios. El gato caminaba detrás de mí sin buscar embelesos ni atención. Detuve la marcha varias veces para instarlo con ademanes a que se regresara. A leguas se veía que era un animal vagabundo al que poco le importaba pasar la noche en un lugar u otro y a quien quizá habrían corrido los guardias por quererse hacer pasar por el gato oficial del museo. Su amplia barriga secundaba esta última teoría. La mano de los turistas generosos habrá alimentado por un buen tiempo al bruno felino. Casi tres cuadras caminamos juntos. El gato parecía tener finos modales, se detuvo siempre a cierta distancia cuantas veces yo mismo me detuve. Erguía el pecho, ondeaba la cola sin prisa ni desasosiego. Antes de cruzar la calle que nos llevaría a la plaza donde tengo mis habitaciones decidí no desamparar al gato negro. Tampoco podía llevarlo conmigo.

Recordé entonces cierto convento franciscano donde los frailes recogen perros y gatos maltratados. Un convento muy antiguo. De muros enormes. El atrio estaba abandonado. De las arcadas y de entre los escombros en penumbras salían algunos felinos a buscar la comida que los monjes les dejan ahí. Cerca del portón del templo distinguí a un fraile sentado en una silla. De vez en vez se recargaba contra el muro. Junto a él dormía un perro

enorme. Cuando llegué a su lado, el monje dejó de columpiarse. El perro se levantó con desgano y buscó otro sitio donde seguir la siesta. El fraile se descubrió la cabeza, su frente salpicada de pústulas enrojecidas. Él no se fijó en mí, y en cambio, miró con atención a mi gato negro. Le pregunté si podía entrevistarme con el padre superior para hacerle la donación del felino.

—Todavía no —respondió con voz ronca—. A causa de su bondad, acaso por llevar al extremo las séfiras enseñanzas de nuestro patrono, es víctima prematura de una venganza que se nos tiene deparada a todos. No abundaré en las causas, sí en los efectos; los atisbos de ellos, por lo menos. Uno de esos atisbos se refiere a una pandemia. Lo tengo documentado. Hace años que guardo recortes de periódicos y revistas médicas, que en cualquier momento puedo enseñarte para que constates.

De entre sus hábitos sacó un puñado de papeles que me extendió. Yo cogí algunos para revisarlos.

—Hace tiempo que los científicos le siguen el rastro a un parásito de reciente aparición al que han bautizado como *Toxoplasma Gondi.* Es la semilla de la locura que fecunda en el cerebro de sus víctimas; la piedra que los cirujanos antiguos extraían con pinzas de las cabezas malsanas. La mitad de la humanidad está infectada por este parásito que deteriora, en primera instancia, la memoria y el juicio. El proceso puede retardarse porque el parásito gusta devorar cada tejido sin prisa. Si bien no son comunes todavía los casos de locura a causa del toxoplasma, en las generaciones más recientes de nuestros niños un tercio de ellos nace con propensión a vivir deprimido o con desequilibrios mentales. Te parecerá singular enterarte de quiénes nos trasmiten la enfermedad: los perros y los gatos.

En ese momento, por instinto, miré de reojo a los felinos que entraban y salían de las sombras. Mi propio gato negro gruñía a los pies de ese hombre extraño.

—El parásito no se aloja en el cerebro de estos animales, sino

en sus intestinos, donde consigue mantenerse vivo hasta la defecación. Después es fácil que se propague en el aire cuando el excremento está seco. Así llega a nuestros alimentos, a nuestra agua, a nuestro aire. Al toxoplasma le es fácil ascender al cerebro donde hace festín de las neuronas y acaba paulatinamente con el sistema nervioso. Los niños ni siquiera perciben que esto sucede; no hay dolores de cabeza, ni calenturas. Los cerebros infectados revelan ligeras señales de esquizofrenia que se pueden confundir con mal humor. Es de notar que el género femenino es más sensible a los deshechos de los gatos, los gatos, a su vez, padecen los parásitos más agresivos y en este siglo nacen más niñas que niños…

Escuché sus ecuaciones mientras leía fragmentos de ese fajo de notas. El fraile me detuvo tomándome de las manos. Sus ojos viejos se afanaban en buscar los míos.

—Pero los hechos siempre van más allá. No son los perros ni los gatos los iniciadores de esta peste. Sus inofensivos cuerpos sólo sirven de receptáculos. No de fábricas. El parásito *Toxoplasma Gondi* tiene su verdadera cuna en el vientre de las ratas. Ahí incuban sus huevecillos. Tras un breve periodo de gestación, nacen por centenas y en estampida siguen un destino común: el cerebro de la rata. Los perros y los gatos tienen su primer contacto con el parásito cuando se alimentan con ratas enfermas pues son muy fáciles de cazar. Esto lo supieron los científicos cuando en muchas de las grandes ciudades se presentó, con paridad de tiempo, el fenómeno de que las ratas se arrojaban ellas mismas a las mandíbulas de sus predadores. Los estudiosos dieron con el motivo de tan insólita manera de morir: una extraña locura que les hacía perder el instinto natural de supervivencia, anulando cualquier reflejo por resistir el ataque. Aislaron a un par de muestras para documentar los efectos progresivos de la enfermedad. Seis semanas después, las ratas mostraron reacciones parecidas a la rabia: hidrofobia y

agresividad esporádica. Una mañana, los científicos se encontraron con que una estaba devorando a la otra. Dejaron vivir a la abusiva, que progresivamente perdió el control de su sistema nervioso. Murió azotándose a sí misma contra las rendijas de su jaula. Los científicos empezaron a preocuparse. Les fue fácil descubrir que los gatos y los perros también eran aptos para alojar al parásito, aunque no desarrollaban la locura. Una cosa llevó a la otra y se identificó por primera vez la presencia del *Toxoplasma Gondi* en el cerebro humano.

Le devolví sus notas a ese fraile de mal agüero y le insistí en que me permitiera conocer el convento. Se levantó entre refunfuñeos. Tomó al gato en sus brazos y llamó con vigor a la puerta. Escuché el ruido de los canceles, el rechinar de la madera. La puerta se abrió. Un hombre apareció tras ella. Vestía un hábito roído que le cubría hasta las rodillas. Sus piernas lastimadas, los pies desbaratados, el rostro cubierto por una tupida barba oscura, aunque el sol había mellado su frente. Miraba hacia todas partes con ojos desatinados. Su respirar se entrecortaba. El fraile de las pústulas en la frente lo aventó hacia el interior y se interpuso entre la entrada y mi cuerpo. Sus ojos estaban exaltados, el rostro enrojecido. Me asomé tras de él. Pude entrever una torre almenada y un vasto claustro con apariencia de corral. Era imposible esconder el escándalo de ladridos, gruñidos y lamentos. Y la peste. Antes de que el fraile azotara el portón en mis narices, un par de gatitos lograron escabullirse y no pararon hasta llegar al atrio.

Entendí entonces mi sueño compartido con Zendejas y a esa fauna que será un detonante del final de los hombres. Bien han dicho que el cerebro humano es parecido al de las ratas. Y susceptible a sus mismos demonios. El parásito llenará de imágenes horrorosas los últimos momentos de nuestro mundo: ya locos, buscaremos arrojarnos a los despeñaderos, anudaremos nuestras propias sogas a las ramas de los árboles y un impulso

acercará nuestros vientres a los filos de los cuchillos. Pensé en el pobre gato negro y en todos los gatos que desde niño conocí. Esa noche, en mi habitación, soñé a mi felino negro: cruzábamos la calle con rumbo al museo Franz Mayer, él delante, como un guía, yo detrás, a pasos torpes. Al llegar a San Juan de Dios, el gato ensayó tres brincos que lo llevaron a la fuente ochavada que descansa a mitad de la plazoleta; primero sentí miedo, mas de pronto me acerqué a la fuente que en lugar de agua rebosaba en sangre, sangre inmóvil que hacía la suerte de un espejo: el cielo se reflejaba y algo se movía entre las nubes, era una silueta que pisaba la luna con pie de marfil y cinco dedos dorados, quise verla con mayor detenimiento. En ese momento el viento agitó la sangre. La imagen del reflejo se desbarató. Sin embargo, ni en sueños me resigno y viré la mirada al cielo: estaba rojo, igual a un mar hechizado y las pocas nubes parecían barcazas como cuando arden derrotadas.

Juan de Dios Maya Avila (Estado de México, 1980). Ganador del Premio Internacional de Cuento Andrés Henestrosa (2012) y del Concurso Latinoamericano de Cuento Edmundo Valadés (2019). Autor de *La venganza de los aztecas (mitos y profecías)* (SecultaOax, 2012), *Soboma y Gonorra* (Resistencia, 2018) , *El Jorobado de Tepotzotlán* (Literatelia, 2020) y *La Serpiente y el Manzano* (Paserios, 2021). Es titular de la columna «Canaimera», en la revista *El Camaléon*.

Seis madrugadas

Óscar Baños Huerta

Aún recuerdo el llanto de los niños. A quien elegías lloraba casi toda la noche durante una semana: seis madrugadas seguidas antes de que callara para siempre. No podíamos hacer nada, nadie podía. Los padres de aquellos condenados te esperaban apenas se iba el sol, pero nunca lograron verte.

Un grupo de mujeres y hombres se dirigió a las montañas a pedir ayuda a la mujer que sana, la que siempre tenía una palabra para reconfortar. Volvieron con la tristeza a cuestas. No había nada qué hacer. La anciana aseguró que era mejor dejarte tranquila, que ya te saciarías y entonces habría paz.

El menor de mis hermanos comenzó a llorar una noche fría en la que el viento soplaba con furia y las ramas de los árboles amplificaban su largo alarido. Mis padres lo adoraban y no quisieron creer lo que en sus corazones ya era una certeza. Nació muchos años después que el resto de nosotros. Por un descuido, decía mi padre;como un regalo, según mi madre. Todos nos volcamos en él. Lo amábamos. Acababa de cumplir dos años y esa fue la esperanza a la que nos aferramos. Los niños y niñas que desaparecían no llegaban a los doce meses. Pero su llanto continuó y cada noche mi padre montó guardia al lado de la cama en la que mi madre, abrazada de mi hermano, permanecía despierta.

Nada. Sólo el ruido de aquel viento que apareció con el llanto del más pequeño de nosotros. Yo dormitaba en la habitación contigua a la de mis padres, con mis hermanas y hermanos, aguardando. Aferrados a la posibilidad de detenerte.

Te lo llevaste casi al amanecer. La falta de sueño había

diezmado la fuerza de toda la familia. Bastó un momento con los ojos cerrados, un instante para que aquel llanto, que en ese momento era apenas una queja casi afónica, se detuviera.

El alarido de mi madre nos arrebató del sueño. Rápidamente nos dirigimos a su habitación sólo para cerciorarnos de lo que sabíamos que iba a pasar. Yo salí de la casa y corrí hacía el arroyo que estaba bajando la ladera que había detrás. Era el único camino por el que podías escapar. Ahí te vi. En tus brazos llevabas a mi hermano, que había dejado de llorar y parecía dormir tranquilamente. Te seguí sin prisa. Fui detrás de tu cabello negro y de tus ojos oscuros. A cada momento te detenías para no dejarme atrás.

La tuya era una casa maravillosa con ventanales enormes. La madera de los muebles despedía un olor delicioso. Las sábanas de la cama eran blanquísimas como tu piel y tus pezones, flores de durazno. Nunca había visto aquella parte del monte a pesar de que solía internarme en los bosques con los hombres del pueblo para cazar. En la mesa siempre había comida aunque tú no probabas nada. En aquel lugar el tiempo estaba detenido y la memoria poco a poco se deslavaba.

Regresé con mi gente pero una parte de mí se quedó contigo. Entonces comencé a rastrear para ti. Cada semana seguía el llanto de quien satisfaría tu apetito, todo para poder acompañarte a esa casa a la que se llegaba únicamente si así lo querías. Me dejaste ser testigo de cómo te alimentabas y comprendí que mi hermano, el más pequeño, al que amábamos, y que los otros niños y niñas cumplían su papel: su efímero e importante papel. Si con su vida podías perpetuarte todo era válido. Permitiste que me quedara a tu lado. Que te observara otear la tarde desde las montañas antes de cada cacería.

Óscar Baños Huerta (Hidalgo, 1975). Su libro *Orígenes e historias* obtuvo el Premio Internacional Andrés Henestrosa (2013). Fue becario de letras por

parte del Fondo Estatal para la Cultura y las Artes de Hidalgo en 2010. Ganó el primer lugar en el 24 Certamen de Composición Poética «Orquídea de plata» (2010).

Noche de Todos los Santos

J. B. Gaona Medina

Pese a los años transcurridos, sigo escuchando sus gritos en la oscuridad. Sigo escuchando sus ruegos en medio del llanto.

La verdad es que la habíamos escogido a ella porque la odiábamos. Era la única que tenía una vida perfecta, no como Emilio, que padecía la vergüenza de tener un padre alcohólico, o Jorge, que a sus nueve años ya trabajaba boleando zapatos frente a la Alhóndiga por causa de la miseria en que vivía su familia, o Elena, que en vano intentaba disimular los moretones que le dejaban las incesantes tundas que le daban en su casa. Amparo era diferente, su familia tenía dinero, sus padres la consentían porque tenía las mejores calificaciones en la escuela. En fin, era parte de la pandilla, pero en el fondo todos la odiábamos y por eso fue la elegida.

Dos años atrás habíamos descubierto la calle. Era fácil que pasara desapercibida entre los innumerables callejones estrechos que serpentean y entretejen el enmarañado laberinto que es la ciudad de Guanajuato. Pero nosotros la descubrimos: una estrecha calleja sin rótulos en sus esquinas que le dieran nombre, delimitada por sendos muros de ladrillo erosionado que, cien pasos adentro, concluían ante la alta fachada de una casona antigua. La construcción era de piedra volcánica, con una sola puerta de madera añeja y ennegrecida en la planta baja, y ventanas enrejadas, cual ojos cegados, a lo largo y ancho de los tres niveles superiores.

Descubrimos que sólo una noche al año, la del primero de noviembre, es posible encontrar aquella calle. Después, en cualquier otra fecha, no hay forma de llegar a ella: simplemente

desaparece. Descubrimos también que aquella puerta angosta y ajada podía flanquearse. Por eso tuvimos la ocurrencia.

Nos prometimos que el siguiente primero de noviembre nos meteríamos a la casona y permaneceríamos allí toda la noche, así sabríamos el misterio de lo que ocurría con la calle después del Día de Todos los Santos. O eso fue lo que hicimos creer a Amparo.

Pasaron los meses, los días se hicieron cada vez más fríos conforme el verano dio paso al otoño. Dejamos atrás las fiestas patrias de septiembre y pasamos en ascuas los aburridos días de octubre, secos y grises, hasta que al fin llegó la fecha señalada. La espera aún se alargó un poco mientras pasaban las horas de luz en el Día de Todos los Santos, luego, cuando el sol se ocultó, nos dimos cita en el lugar.

Esa noche entramos todos en la insólita calleja: Amparo, Juan, Emilio, Rosario, Jorge, Elena y yo. Todos participamos. Sometimos a una desconcertada Amparo y la empujamos a esa negrura insondable en el interior de la casa, luego atrancamos la puerta por fuera.

Y nos fuimos.

Abandonamos a toda prisa la calle mientras ella aporreaba la puerta desde dentro gritando y llorando. Nos fuimos pensando que alguno de nosotros regresaría más tarde y la liberaría.

Pero nadie regresó.

La desaparición de Amparo conmocionó a la comunidad por mucho tiempo. Sus padres quedaron devastados y nosotros, seis niños aterrados que apenas eran capaces de asimilar lo que habían hecho, no tuvimos el valor de confesar. En su lugar juramos regresar a la calle sin nombre el año siguiente, seguros de que ella seguiría en la casona, como si de momento se hallara en algún lugar más allá de nuestra comprensión y al llegar de nuevo la noche especial la encontraríamos tal cual en la

situación que la dejamos, pero sobre todo, sana y salva.

De nuevo la espera nos pareció una agonía eterna. Y lo peor es que fue en vano. La fecha señalada regresamos y destrancamos la puerta. La llamamos a gritos en la fría noche, pero Amparo no estaba allí, por más que buscamos, no hubo rastro de ella.

Fue la última vez que nos reunimos. El grupo se disolvió luego de esa noche. Meses más tarde nos enteramos que la madre de Amparo se había quitado la vida arrojándose a la Presa de la Olla.

Unos años después comenzaron las desapariciones que, en un principio, nadie sospechaba como tales porque la gente siempre se distancia, cambia de hogar, de localidad, y no siempre nos detenemos a pensar qué sucedió con aquel amigo de la infancia. El primero en esfumarse fue Juan, luego Emilio, y tras él, Rosario. Yo mismo me alejé un tiempo, cuando mamá murió, me fui a los Estados Unidos a buscar al viejo. Pero un lustro después regresé sin éxito. Fue entonces que Elena me contactó. Estaba aterrada, se había percatado de lo que sucedía. Había estado haciendo averiguaciones, juntando las piezas, y no había tardado en hacer la asociación: los miembros de la pandilla estaban desapareciendo cada dos años, según el orden en que habíamos entrado a la misteriosa calle en esa lejana noche en que desapareció Amparo. Hacía ya casi dos décadas de eso.

Por supuesto no quise creerle. No podía, a pesar de lo que habíamos vivido cuando niños, a pesar de que su llanto y sus ruegos me seguían persiguiendo desde entonces. ¿Cómo aceptar semejante historia? ¡Eran tan aterrador!

—Todos desaparecieron entre octubre y noviembre, Francisco —me dijo entre sollozos—. Seguramente el Día de Todos los Santos, al anochecer. Sólo quedamos tú y yo.

—Basta, Elena.

—¡Es ella, lo sé! ¡La oigo gritar la misma noche cada dos años!

Se los ha llevado uno a uno y al final vendrá por nosotros, no importa si me crees o no, Francisco. Tampoco importa que nos vayamos de aquí, supe que Jorge se había ido a Canadá con una visa de trabajo y, aún estando allá, desapareció por las mismas fechas. Adónde vayamos ella nos encontrará…

La negación terminó cuando finalmente los encontré. Había conseguido un trabajo como guía en el Museo de las Momias, mi estadía en Estados Unidos me había permitido dominar el inglés. Ahí estaban. No puedo explicar cómo es que los reconocí después de tanto tiempo, pero ahí estaban. Los cuerpos desnudos y marchitos tras el cristal de la vitrina de exhibición: Emilio, Jorge, Rosario y Juan. Todos yacían allí, alineados uno junto a otro, con la piel seca sobre los huesos y los rostros deformados en un rictus de agonía.

Desesperado, busqué a Elena, pero se había marchado de Guanajuato.

Igual no tuvo importancia. A mediados de aquel noviembre volví a verla, muy pálida y tiesa junto a Rosario; tenía el semblante retorcido en una mueca de horror.. Había tenido razón con lo infructuoso de poner distancia.

Hace ya casi dos años de eso. De nuevo se acerca la fecha, pero no esperaré a que venga por mí. No hace falta que llegue esa noche para escuchar sus gritos, los oigo todas las noches en mis pesadillas.

La *Beretta* aguarda cargada en mi regazo, su peso es reconfortante. Sólo ruego encarecidamente, a quien lea este escrito, que cuando encuentren mi cuerpo lo incineren sin demora, antes de la noche del primero de noviembre. No quiero ser otro rostro petrificado en aquel museo.

J. B. Gaona Medina (Ciudad de México, 1987). Sus cuentos han aparecido

en diversas revistas electrónicas de México, Perú, España y Argentina. Fue acreedor a una Mención en el Tercer Certamen Supraversum de Relatos de Fantasía y Ciencia Ficción. Ganador del segundo lugar en el Concurso de Cuento de Terror «La Cabra Negra y sus Mil Relatos» (séptima edición). Ha publicado en las antologías *Exploraciones quiméricas vol. 1* (Lectio, 2019), *Del futuro y otros menesteres* (Vocho Amarillo, 2019), y *Flores que sólo se abren de noche* (La tinta del silencio, 2021).

De los vientos

Jesús Guerra Medina

Al otro día apareció en el lavadero. La noche anterior había llovido fuertemente con granizo. Quizá los vientos la depositaron ahí como el sol pone sus sombras cuando pasa por la llanura.

Lloraba ronca y aguda. El tono de insecto nos aguijoneaba como advirtiéndonos que estaba encharcada, bajo el naranjo, en el centro de la pileta. Lloriqueaba, grito devorador, de vorágine selvática, como animal herido, aullido de catacumba que asciende desde el seno de la tierra húmeda, entre raíces y esqueletos escondidos. Chillido fuerte, eco profundo, como de cuerpo aplastado, ese croar de sapo, siseo de serpiente, choque de huesos, de calcio desgajado por un roce violento. Así lloraba: ella en la lluvia, ella entre el polvo, rodeada de ramas y hojas que bailaban a su alrededor como en una danza profana.

Mi abuela fue la primera en verla, cuando salió con su bandeja a recoger los quelites del almuerzo. La primera en escucharla.

—¡Ay hijas! —nos dijo entre lágrimas cuando regresamos del mercado. Tenía media telera en la boca para aplacar el espanto, las palabras le salieron temblorosas entre las migajas a medio machacar. Mamá estaba junto a ella y, al igual que yo, estiró el cuello para ver el patio. Los perros ladraban alrededor del lavadero, pero en ese momento sólo se escuchaba como un chasquido de lengua, un rozar de hojas en el lodo, una respiración de pájaro, la caída del polvo en el vacío, fantasma de donde hubo grito—. Lloraba como tu tía cuando se ahogó en aquella zanja, con ese eco mojado, de burbuja. Me llamaba, decía: «Mamá, ayúdame, hace frío, siento que me ahogo, por

favor, mamita…», pero no era ella. Fue esa que trajo la lluvia anoche, pidiendo de comer.

Esa última oración: «Pidiendo de comer, como si estuviera muriendo de hambre» quedó flotando en el aire frío antes de que mamá preguntara si le dio algo. Lo dijo como si no tuviera importancia, pero supe por el tono cascado de su voz que estaba tan turbada como yo. La abuela aguardó un momento. Luego contestó, estirando el gesto, como obligándose a sí misma, que tuvo que hacerlo porque de lo contario no se callaría.

—Por eso ya no llora —dijo, y después murmuró: habrá que alimentarla.

Desde entonces vivió con nosotras.

Los primeros días fueron los más difíciles porque aquel era el único lavadero que teníamos y no podíamos lavar los trastes o la ropa con ella viviendo dentro. Eso era un problema porque entre las tantas cosas que mamá hacía para ganar unos centavos extra, era lavar ajeno. Y ni hablar de comprar un lavadero nuevo; el costo de uno similar, con pileta de concreto, superaba por mucho los ingresos de mamá y papá. Así, queriendo o no, tuvimos que hacerlo en un bote.

En una bandeja poníamos el jabón y el agua para lavar los trastes la echábamos en un balde de aluminio en el que a veces se cocinaba el nixtamal. Para la ropa, tuvimos que adaptar una tabla porosa que permitiera tallarla sin que la tela se rompiera o se desgarrara. Era muy incómodo por la posición en exceso inclinada y por el cuidado extremo que teníamos que poner a la hora de lavarla, pero tuvimos que hacerlo. No podíamos sacarla de ahí.

Yo acostumbraba trepar de las enormes ramas del naranjo, sin embargo, desde que los vientos la depositaron ahí, mi abuela me lo prohibió determinantemente.

—Es que la puedes ver, hija, te puedes impresionar, puedes agarrar aire. Acuérdate que un primo tuyo se murió de eso.

Acuérdate de cuánto sufrió, pobre criatura, cómo agonizó.

Dejé de hacerlo y aunque no la vi, podía imaginarla con claridad por los chillidos que hacía cuando pedía de comer.

A veces era un bisbiseo sensual que acariciaba el aire y nos ponía la piel de gallina como si unos dedos fríos nos hubieran tocado. Otras, cuando pasaba horas sin probar bocado, sus gritos se tornaban insoportables y retumbaban por todo el patio, hasta los cuartos en el extremo opuesto de la casa. A pesar de que en esos momentos yo la escuchaba y pensaba en el sonido como de esqueleto que hacia el gavilán al cerrar su pico cuando sobrevolaba los gallineros, mamá decía que más bien se oía agudo, filoso, como el sonido de un machete al golpear contra algo metálico, ese como rasgar de uñas en el cristal, el rechinido del hierro contra el hierro. La abuela, lo mismo. «Es otra cosa», decía, pero salvo aquella primera vez que nombró a mi tía muerta, no volvió a especificar qué era.

Por la noche esta diferencia se acentuaba como si la oscuridad desvelara su verdadera naturaleza. Mamá era quien se levantaba de la cama y salía a la madrugada, cobijada con su chal, para darle de comer en medio del sonido de los grillos y la luz de la luna que rozaba la tierra helada. Había ocasiones en que era la abuela quien lo hacía. No obstante, como ella estaba enferma, podía darle poco, por lo que al rato volvía a pedir con gritos que se acentuaban entre las sombras que revoloteaban en espiral. Entonces mamá tenía que levantarse y hacerlo de nuevo.

Hubo una ocasión en que papá la quiso alimentar. Ella no lo aceptó y su chillido se agudizó terriblemente. Fue la abuela quien dijo que a esa, como la llamaba, no le gustaban los hombres y le advirtió que tuviera cuidado porque, cuando berreaba, mordía y lo podía agarrar de los testículos igual que hacen los cerdos cuando están en brama. «Por eso tenemos que ser nosotras», dijo.

Aquello era demasiado trabajo para las dos y la cosa se

complicaba porque la abuela ya estaba débil y conforme pasaba el tiempo, crecía y pedía cada vez más y más. Así, cuando ya no pudo darle, mamá le pidió el favor a Hermida, la vecina de los Maurilio. Eran comadres y le debía varios favores por lo que ésta aceptó enseguida cuando le pidió que si podía ayudarla. «Sí comadre, voy en la tarde», dijo, y así lo hizo, pero apenas se acercó al lavadero, salió corriendo, pálida como un fantasma.

Por la noche, la visitamos y le llevamos un kilo de huevo como disculpa; ella lo rechazó y encima nos pidió perdón porque no era culpa nuestra. Lo que ocurrió, nos dijo, fue que al escucharla llorar, creyó oír la voz de su difunto marido susurrarle cosas, reclamos de muertos, y por eso salió corriendo. Nos prometió que en cuanto se repusiera un poco del espanto, lo intentaría de nuevo, pero nunca regresó y nosotras no volvimos a pedírselo.

Días después, optamos por ir al pueblo y solicitar el favor entre las mujeres, pero para ese momento el chisme de Hermida se había extendido como la lumbre y nadie quiso venir con nosotras. Ni siquiera cuando ofrecimos unos pesos como recompensa.

Como no quedó de otra, tuve que hacerlo yo. Mamá no lo quería así, pero ya estaba muy delgada y, aunque se veía más hermosa que nunca, se sentía débil y no podía solventarla sola. Así que lo hice.

Me explicó el procedimiento para acercarme sin enfadarla y me comentó de paso que cuando apareció era del tamaño de una rana, pero para ese momento en que la vi por primera vez, su cuerpo era casi del tamaño de un lechón gordo y comenzaba a derramarse por las orillas de la pileta. Pronto dejaría de caber, pensé.

Cuando me acerqué, lloraba con los ojos cerrados y su voz era como un cacareo. Al oír mis pasos, los abrió y me miró fijamente. Por un momento creí ver que desenrollaba el gesto

como interrogándome: ¿Quién eres tú? Además, su carne fofa y esa mandíbula… la impresión hizo que me detuviera en seco, hipnotizada. Podía sentir el deslizar de las nubes en mi piel y la tierra cuartearse por el calor bajo mis pies. Experimenté un desgajamiento, la sensación de estar ahí, esa ingravidez del torso que flota, el desasosiego que se contrae, la sangre que palpita, que se escurre por primera vez de mi propio cuerpo.

Entonces una naranja grande cayó del árbol, pude escuchar cómo la rama se partía, el desprendimiento que antecede a la caída, y la golpeó en la cabeza. Un golpe seco. La naranja rebotó en el suelo y levantó una nubecilla de polvo que me hizo reaccionar. Ella chilló de nuevo.

Me acerqué y, mientras observaba las hojas dispersas en la corteza de su cuerpo donde yacían pequeños esqueletos de pájaros, le di de comer.

Tenía 13 años cuando lo hice por primera vez y era terriblemente flaca. Nunca me había visto en un espejo, pero por el reflejo de los charcos cuando llovía, sabía que era fea. Tenía la nariz de mi abuelo despuntando en el centro de mi cara y los ojos tal vez demasiado juntos. Sin embargo, desde ese momento, mi cuerpo se desarrolló rápidamente, mis pechos crecieron exuberantes y las curvas del resto de mí cuerpo se acentuaron como si la carne cayera por completo sobre los huesos. Mi rostro también se transformó: el terremoto que cimbra la tierra.

Comencé a tener pretendientes que rondaban la casa como perros, pero apenas se acercaban a tocar la puerta de la casa y la escuchaban llorar, salían corriendo para no volver más.

Mamá decía que no me preocupara ni desanimara porque en algún momento llegaría quien no se iría, pero a mí eso no me importaba para nada. Lo único que pensaba entonces era que ya estaba tan grande que su cuerpo sobresalía de los filos del lavadero y por las noches podías ver sus ojillos amarillos, profundos, brillar con la luz de la luna. Si una caminaba

descuidada cerca de ella, se espantaba horriblemente y terminaba deambulando por los pasillos de la casa, temblorosa y con el corazón desbocado.

*

La abuela murió cuando rompí la pared que dividía la pileta con el lavadero para que tuviera más espacio. Cuando lo hice, cayó de golpe con un sonido acuoso, de carne que se desborda, que se abre como una herida. Sangró montones con ese olor apestoso, de inmovilidad parasitaria, pero no me importó porque sabía, ya lo había corroborado antes, que ella sanaría una vez que le diera de comer.

Papá falleció cuando ocupó los dos bordes. Mamá se juntó de nuevo cuando terminé de romper el lavadero y su cuerpo aterrizó sobre la tierra desnuda. Yo tenía 25 años y seguía soltera.

A pesar de que mamá había enfermado tanto como para no poder levantarse, seguía siendo muy hermosa. Y eso era porque aún, de vez en cuando, le daba de comer.

El hombre con el que se casó no me gustaba para nada porque a veces me miraba como un hombre sólo debería mirar a su esposa. No quise decirle a mamá. En aquel momento había tenido una recaída, ella no lo soportaría. Ante mi silencio, su esposo intentó avanzar y una noche mientras me bañaba, irrumpió alcoholizado en el baño.

Aunque me cuidaba mucho de no encontrarlo, ese día salió desde temprano y supuse que como muchas otras veces, no regresaría hasta dos días después, pero me equivoqué y me tomó por sorpresa. Cuando la puerta se abrió, giré bruscamente y resbalé con el lodo. Me sometió fácilmente. No grité para no alterar a mamá. Él se apartó para bajarse el pantalón. Se movía con torpeza así que aproveché para empujarlo y salir al patio. No

pude. Me jaló del cabello y me tumbó en la tierra.

Estaba encima de mí cuando ella comenzó a chillar. Él ya la había oído antes y aunque siempre se turbaba, no le temía como los demás. Quizá por su alcoholismo y porque, según decía, había matado muchas cosas como ella antes, en otros lugares.

Aquella noche su chillido era mucho más agudo y parecía desplazarse en la oscuridad. Desde que llegó con nosotras, nunca se había movido de su sitio, pero en ese momento, al tener la cara contra la tierra, la podía escuchar moverse como un golpeteo, con su arañar de patitas sobre el suelo, el remover de la hierba, la brisa que salpicaba sombras, el sonido, ese como rechinar del aire que se abre para darle paso, su susurro de hojas, aullido de viento a punto de arremolinarse.

El hombre no la notó hasta que fue demasiado tarde. Cuando la vio venir, intentó buscar su arma, pero ebrio, se enredó y cayó al suelo. Ella soltó un grito y al instante siguiente, ya le había arrancado el miembro de un zarpazo. Los testículos cayeron al suelo como un par de ojillos de animal revolcados en un charco de sangre espesa.

Quiso gritar, echar a correr, escapar de ahí, pero lo retuve, le tapé la boca con la mano y entre las dos lo matamos.

Desnuda, bajo la luna, cavé un hoyo y enterré el cadáver. A ella la puse encima para que, además de que estuviera más cómoda, disolviera el cuerpo como lo hacía con los pájaros cuando se posaban sobre esa rebaba pestilente de olor a charal que segregaban los pliegues de su piel.

Cuando terminé, me bañé de nuevo para limpiarme la suciedad, el toque ebrio de encima, y me metí en la cama con mamá. Con el tiempo, ella mejoró de salud. A veces, cuando pregunta por él, le digo que se fue y que probablemente no vuelva nunca porque así son ese tipo de personas. Ella me escucha, pero no dice nada porque en el fondo, estoy segura, sabe lo que pasó.

«¿Qué le hacemos, hija?», dice sonriendo, y yo la abrazo y así nos quedamos, mirando por la ventana recordando las cosas que se fueron, las que se perdieron, las que no volverán. Las cosas que todavía nos quedan vivas.

*

Desde que la puse en ese agujero, con el cadáver bajo su cuerpo, ella no llora más, pero como agradecimiento por lo que pasó, le sigo dando de comer, de vez en cuando, en los días lluviosos, cuando los vientos remueven la tierra y levantan las ramas de las cortezas como si fueran un velo suave y cristalino.

Sé que probablemente un día desaparecerá tan repentinamente como apareció aquella noche. Entonces sus gritos harán eco en otra casa, con otra familia que, como nosotras, la alimentarán cuanto puedan y ella, como agradecimiento, las ayudará al igual que lo hizo conmigo, hasta que se vaya de nuevo: para viajar de viento en viento, cabalgando el vacío, lista para desgarrar cuando haga falta desgarrar y morder cuando haga falta morder. Porque eso es lo que hace.

Jesús Guerra Medina (Ciudad de México, 1994). Psicólogo. Ha publicado en diversas editoriales como: Diversidad Literaria, Dreamers, Solaris, Penumbria, El gato descalzo, En sentido figurado y Editorial UDG, además de participar en diferentes antologías y revistas literarias.

El Señor González

Ángeles Romero Doring

Es inevitable controlar la memoria. Para mí, por ejemplo, en noches como esta en que la lluvia no para de empapar las calles y de calar los huesos de los pobres sin techo, me es imposible no pensar en el Señor González. Es curioso, mi mente gira en torno a ese recuerdo y se ocupa de remembrar cada detalle de aquella madrugada que hasta ahora siento como un sueño.

Tenía un par de años de haber egresado de la carrera y vivía solo, cerca del centro en un edificio de departamentos en el séptimo piso. No tenía amistad con ninguno de mis vecinos, pero al que más me topaba era al Señor González cuyo departamento estaba frente al mío. A veces coincidíamos en el pasillo para entrar al elevador por las mañanas, él iba a la planta baja y yo continuaba el descenso hasta el estacionamiento. En los pocos minutos que compartíamos, hablábamos del clima o una que otra noticia, de nada importante. Creo que el Señor González me triplicaba la edad, se me figuraba un hombre muy correcto y reservado como si fuera de otra época, impecable en su forma de vestir, siempre con saco, corbata y sombrero borsalino.

Una noche de viernes igual a ésta se fue la luz en el edificio en plena madrugada. Estaba desvelado y apenas había logrado dormir unas tres horas a lo mucho. Me desperté a causa de un trueno. Caía una lluvia tormentosa que iluminaba la oscuridad en cada relampagueo. Recuerdo que eran cerca de las cinco de la madrugada, estoy casi seguro porque revisé varias veces mi reloj. Me dirigí a la cocina por un vaso con agua, cuando llamaron a mi puerta. Los golpes me sobresaltaron por lo fuerte que se escucharon y, extrañado de que alguien me buscara a esas horas,

me quedé en silencio y sin moverme. No contesté hasta la segunda vez que la puerta volvió a retumbar bajo los puños del que estuviera al otro lado. Me acerqué lentamente a la mirilla y distinguí al Señor González. Me pareció muy extraño, pero decidí abrir. No alcancé a articular palabra alguna cuando el hombre entró sin mirarme a mi departamento y se dirigió directo a la ventana de mi sala.

—Señor, ¿está usted bien? —pregunté sin recibir respuesta.

Pero él estaba ahí, mirando a la calle, aferrado a sus brazos tratando de controlar el temblor de su cuerpo. Algo murmuraba, pero no alcancé entender lo que decía. De pronto me miró, como si hubiese recordado mi presencia. Su rostro estaba visiblemente alterado, humedecido con pequeños mechones de cabello pagados en la frente y los ojos exorbitados, sus manos no paraban de sacudirse; noté que sangraba de la mano derecha y empezó a preocuparme. Iba a preguntar qué le había ocurrido cuando empezó a balbucear. Trató de dominarse varias veces, hacía un gran esfuerzo por tratar de comunicarse. Con los ojos rojos y la voz entrecortada intentó explicarme, pero su desesperación lo traicionaba. Yo no comprendía nada. De momentos me daba la espalda y caminaba de un lado a otro de mi sala, con los brazos levantados por arriba de su cabeza, mirando hacia la ventana cuando por fin pudo decir algo como implorando a Dios: «¡Aún no, por favor!», fue lo poco que logré entender. Parecía a punto de derrumbarse.

Traté de acercarme a él y sentarlo en el sofá, pero el Señor González se alejó de mí y logró sentarse sin mi ayuda. Se balanceaba observando alrededor. De nuevo, comenzó a hablar solo, ignorando mi presencia. Logró recordar con detalle su día: cómo llegó a casa, cenó y luego se fue a dormir. Mientras describía el gran dolor en su corazón que lo despertó, se tocó el pecho. «Pensé que estaba soñando, pensé que estaba soñando» repetía una y otra vez con las manos ceñidas a su cabeza. De

pronto se tocó el rostro y comenzó a hablar «No, no, no, no puede verme así, no, ¡por Dios!». Ahí fue cuando todo comenzó a ponerse verdaderamente muy extraño. Se levantó del sofá de un salto y se dirigió hacia mí: «Sigo ahí, con los ojos abiertos, con la mueca de dolor en mi cara. Mi hija va a venir, no puede verme así, se lo ruego, no tengo el valor de hacerlo, ciérreme los ojos…».

Su mirada fija sobre mí me abrumó por completo. Habló de una lámpara y me enseñó su mano herida que casi me embarró en el rostro. Repetía: «Mi hija viene mañana, después de tanto tiempo, no puede verme así, por favor, ayúdeme, yo no puedo ¡se lo ruego!, ¡se lo ruego!». Me sostenía de los hombros apretándome de tal forma que dolía la presión de sus dedos. Yo no entendía nada y creo que se dio cuenta de ello al ver la expresión de mi rostro, porque me soltó. Caminó de un lado a otro de nuevo diciendo: «¡Oh, Dios!, ¡no estoy listo!, ¡ella no puede verme así!» y se tumbó de nuevo en el sofá abrazado de un cojín, mirándome de vez en vez, suplicándome con la mirada que lo ayudará.

Todo el tiempo estuve en el borde de la puerta observando a mi vecino que estaba en *shock*. No tenía idea de a quién llamar o qué hacer, entonces me giré de espaldas y observé el departamento de enfrente. La puerta estaba abierta, miré de nuevo al hombre sentado en mi sala quien me contempló y asintió con la cabeza.

Aunque seguía sin intuir lo qué quería, lo único claro para mí era que el Señor González estaba muy alterado y que si lo rechazaba podría ponerse peor. «Por favor», alcancé a escuchar. Le contesté que sí, que se calmara, que iría a ver. Salí al pasillo teñido de tinieblas, observé la puerta del departamento de mi vecino, volteé y vi al señor González contemplando fijamente hacia mí. Nervioso y deseoso de terminar con la situación, entré.

Su departamento y el mío eran iguales, por lo que no tardé en

suponer cuál era su recámara. Me dirigí al cuarto cuya puerta estaba abierta, todo era penumbra bajo el murmullo de la lluvia, pero mi visión ya estaba acostumbrada a la oscuridad. Al momento de entrar al cuarto, a primera vista, pude distinguir que había alguien acostado en la cama. De inmediato miré a otro lado, bajo el impulso de un miedo irracional que surgió desde mi estómago. Por segundos me pareció ver que era el Señor González.

La oscuridad fue más evidente. Ansioso, quise iluminar el cuarto, así que guiándome por la pared llegué a la ventana y corrí las cortinas para dejar entrar algo de la luz de la calle. La tenue luminosidad que venía de un espectacular me regaló un poco de claridad. Miré la lluvia caer a través de la ventana, respiré lo más profundo que pude y, una vez que tuve el valor suficiente para girarme, lentamente di la espalda a la lluvia y comprobé que, efectivamente, había un hombre echado de lado en la cama.

Despacio, rodeé aquel lecho y poco a poco pude ver la cara del Señor González. Tenía una mueca de dolor en el rostro húmedo y rígido, los labios apretados, los ojos abiertos en blanco que minutos antes el hombre en mi departamento trató de explicarme. Había una lámpara de cristal rota al borde del buró, su mano derecha estaba herida por un cristal y había gotas de sangre en la sábana. No pude moverme. No sé por cuántos minutos me quedé ahí mirando ese cuerpo sin vida. Las palabras confusas de mi vecino se hilaron en mi cabeza, no podía creer lo que estaba mirando: el cadáver del mismo hombre que estaba en mi sala.

Una voz en mi cabeza me decía que saliera de ahí. Quise correr, pero estaba paralizado. La imagen del Señor González esperando en mi apartamento me inmovilizó. Cuando por fin pude dominarme, tuve la intención de ir directo al elevador, pero la súplica de mi vecino zumbó en mi cabeza como una avispa

que no ves, pero que amenaza con picarte. Era la última voluntad de un muerto. Me armé de valor y vacilante me acerqué a la cama, estiré mi brazo que se tambaleaba en la oscuridad, de reojo, palpé el rostro aún húmedo por un sudor frío, busqué los párpados y los empujé hacia abajo. Noté entonces que la luz del día estaba llegando. No había parado de llover, pero la luminiscencia opaca del amanecer entraba poco a poco por la ventana.

Retrocedí para salir de ahí lo antes posible cuando de pronto vi al Señor González en el borde de la puerta del cuarto. De la impresión salté a una esquina y me recargué de espaldas a la pared con el corazón queriendo salir de mi pecho. Observé al hombre mirarse a sí mismo. A pesar del miedo no pude apartar mi vista de esa imagen. El Señor González lentamente se acercó a su cama mientras la tenue luz de la mañana iluminaba su rostro descompuesto. Su congoja se tornó en desesperación, fue al cuerpo y comenzó a agitarlo de los hombros, gritando: «¡Despierta!, ¡maldito seas, Despierta! ¡No estoy listo!», dijo mientras sacudía el cadáver que se zangoloteaba; lo estrujaba de tal forma que se comprimía contra la carne, aferrándose a ese cuerpo sin voluntad.

No cesaba de gritar. Yo, a ras del piso, a gatas, tratando de no ser visto, apenas en control de mi cuerpo, salí del cuarto bajo aquellos alaridos. Tambaleante, corrí hacia el pasillo, cerré la puerta de mi vecino y entré a mi departamento.

La mañana transcurrió en silencio. La lluvia seguía. Estaba asustado, sin saber si creer o no en lo que había pasado. Las horas sin dormir me hicieron pensar que quizá había tenido una pesadilla de la cual no había despertado. Por horas miré a la puerta, varias veces me asomé por la mirilla esperando ver alguna actividad. Pero no ocurrió nada. Finalmente me fui a la cama y traté de dormir. La imagen del vecino desesperado, gritando ante su cadáver daba vueltas en mi cabeza.

Desperté intranquilo en la tarde de ese sábado, pero no quise salir de mi cama hasta mucho después. La lluvia continuó todo el fin de semana. La duda y la incertidumbre de lo que había sucedido aún rondaban mi cabeza. Tuve el impulso un par de veces de salir y tocar a la puerta de mi vecino, pero no me atreví. La imagen del cuerpo pudriéndose solo en su habitación me lo impedía. Me empeñé en ser lógico y racional, en creer que todo había sido un invento de mí cabeza, porque todo aquello era imposible.

El lunes tuve que salir a trabajar con la opresión aún en el pecho. Salí de mi apartamento y me enfrenté a la puerta del otro lado del pasillo, estaba intacta y parecía como un umbral hacia algo oculto, un misterio que no me atrevía a resolver. Cada mañana al salir de mi piso, miraba esa puerta imperturbable, de regreso del trabajo por las noches, la misma angustia me apremiaba, ¿estará ahí?, me preguntaba, pero no me llegaban las fuerzas para averiguarlo.

Durante esa semana no hubo señales del Señor González, ni tampoco percibí que alguien viniera a visitarlo. Mientras me encontraba en el trabajo, estaba disperso, no lograba concentrarme, cuando regresaba, me mantenía atento a cualquier movimiento o sonido, pero nada acontecía, sólo la duda, el silencio. Llegó la mañana del viernes y para ese entonces estaba casi convencido de que todo había sido una pesadilla, que el simple hecho de no haberme cruzado con él durante la semana no representaba nada extraordinario. Esperaba el elevador y justo cuando éste abrió escuché el sonido de una cerradura junto con el abrir y cerrar de una puerta. Sentí un escalofrío y me giré para mirar: el Señor González estaba como siempre, trajeado, impecable con su sombrero. Verlo así me tranquilizó un poco y pensé en lo ridículo de mis ideas durante aquella semana Lo saludé como de costumbre mientras sostenía la puerta del elevador y él me sonrío de igual forma sin mirarme a los ojos.

Mientras bajábamos había un silencio que nos rodeaba. Creo que ambos estábamos incómodos. Al llegar a la planta baja, González salió y me deseó un buen día. Entonces, sin pensarlo siquiera, como una especie de reflejo involuntario, puse mi brazo en la puerta para evitar que se cerrara y le pregunté si había visto a su hija. Se paró en seco en el pasillo y se giró a verme, su rostro empalideció, su mirada abierta denotaba asombro, perplejidad. Sabía que en nuestros encuentros nunca mencionó a una hija. Ambos nos quedamos mudos mirándonos.

Siempre he supuesto que para él, aquella pregunta aclaró las mismas dudas que lo tenían tan confundido como a mí. Suspiró y contestó: «No pudo venir, vendrá el siguiente domingo». Yo me quedé sin moverme, al borde del elevador mientras mi vecino levantó su mano derecha para despedirse alzando el ala de su sombrero. El vendaje expuesto que cubría su mano me impulsó al fondo del elevador.

Las puertas se cerraron frente a mí.

Ángeles Romero Doring (Ciudad de México, 1981). Es egresada de la carrera de Ciencias de la Comunicación en la Unitec. Cursó el diplomado de creación literaria en la Escuela Mexicana de Escritores, en la especialidad de cuento. Como aspirante a cuentista, es habida lectora de relatos de terror y ciencia ficción. Actualmente se dedica a la masoterapia y a escribir en sus ratos libres.

Santiago

Iván Medina Castro

A Santiago Torres Alatorre.

¡Ve ahora en mi muerte, ve en esta imagen
que es la tuya, cómo te asesinaste a ti mismo!

Edgar Allan Poe

Sé que por lo que he hecho me comprenderán cada vez menos.

La vida era apacible y de dicha hasta que el pequeño Santiago, sin saber cómo, lo invocó. Todo comenzó al finalizar las vacaciones de Navidad, luego de su llegada a casa después de una larga estadía con su abuela paterna. Era la primera vez que le permitía a mi hijo permanecer con esa familia. Desde la separación de la escoria de su padre por el abuso del Fentanyl, repetitivos instantes de violencia y sus delirantes pesadillas con una enorme serpiente marina de siete cabezas atormentándolo, jamás había consentido que Santiago se mezclara con ellos. Pero, ¿qué podía hacer ante los insistentes ruegos del pequeño por estar con los suyos? La sangre, por corrupta que ésta sea, reclama, pensé con desconsuelo.

Aquella primera noche, mientras los dos estábamos en la habitación que siempre compartíamos, comenzaron a escucharse resonancias similares al sonido producido al frotar la piel con algo áspero. En un principio lo atribuí a nuestra gata y aunque en ocasiones la había pillado debajo de la cama, en la mayoría de las veces no era ella la fuente del sonido. Existía allí un misterio incapaz de explicar. Los ruidos continuaron, pero a mediados de enero, durante una noche de cierzo invernal, un

lamento desgarrador retumbó en la habitación seguido de palabras incomprensibles: «ogaitnas», «ogaitnas», «ogaitnas…» Desperté de golpe y tras encender la lámpara del tocador, vi con estupor el muro frontal, y las paredes de la habitación con caligrafía en crayón de apariencia hierática. Santiago tenía prohibidísimo dibujar en las paredes, y más ahora, que tenían pocas semanas de haberse pintado. Seguramente habrá sido él, su comportamiento había cambiado desde su llegada, musité entre dientes. Incluso, por un instante, creí haberle visto mover sus gordinflones pies y escabullirse, aunque no sé si había sido una ilusión o el reflejo de la lámpara. A la mañana siguiente, durante el desayuno, interrogué a mis hermanos sobre el alarido prolongado durante la noche, ese sonido como de una persona víctima de una gran angustia. Pero nadie había oído nada y, en cuanto a los trazos mágicos de los muros, coincidieron en que se trataban de dibujos ordinarios hechos por las torpes manos del pequeño Santiago. A pesar de ello, estaba segura de que el gimo era real y que el aire del mundo de los vivos había sido estremecido por él.

A medida que la estridencia se intensificó hasta llegar a lamentos ensordecedores, las noches también se volvieron más oscuras. Por momentos creía que enloquecía, pero el constante barullo no surgía de mi mente trastornada por mis turbaciones vividas como así lo hacía suponer mi cuñada. No, para nada, aquellos retumbos emergentes de la penumbra tenían a manera de conducto el sitio donde plácidamente reposaba el pequeño Santiago.

Lo que aconteció con posterioridad fue el marcado trastorno en el comportamiento de Santiago. Su mal humor me intrigaba, aunque parecía más abstraído que malhumorado. Además, no había noche en que algo no sucediera. Algunas veces, Santiago permanecía entumecido e indiferente, sentado con las piernas cruzadas en medio de la cama sin apartar su mirada vacía del

ventanal como si contemplara la eternidad. Su figura pálida y melancólica, con la cabeza vuelta hacia un lado y su columna distorsionada en forma de S despertaban mi piedad. Ahí estaba yo, achicando los ojos para mirar con claridad, inmóvil y silente bajo el dosel. En otras ocasiones se pasaba a mi cama pero en una de esas noches, le pregunté por qué lo hacía, me dijo: «El zumbido de moscas que viene sin cesar a mis oídos, repetido por un murmullo de voces no me deja dormir», pronunció con voz enlutada. Tras su respuesta, esperé a que el pequeño Santiago durmiera y como no podía conciliar el sueño, fui a la habitación de al lado, para acostarme. De repente, empezaron a acudir a mi memoria las palabras que aprendí en mi remoto pasado cuando fungía como monaguillo y, por el miedo que sentía, de manera mecánica recité: «Pater noster, qui es in caelis… Fiat voluntas Tua… sed libera nos a malo»*. Pero lo que me obligó a solicitar la atención de un profesional fue cuando Santiago empezó a orinase en la cama y a presentar marcas de uñas clavadas en su piel. El psicólogo evaluó al pequeño y su dictamen fue que el niño sufría de enuresis, un tipo de estrés común entre los infantes de padres separados, que, según el médico, no debía preocuparme, pues con un trato adecuado todo regresaría a la normalidad.

—Mamá, ¿Crees en la existencia de Jehová?, preguntó Santiago con tono burlón.

El pequeño me observaba con sumo cuidado, sin perderse ni el más leve gesto. Dada la importancia del momento, y del sentido que entrañaba, sabía que la manera de responder sería decisiva para su formación y no quería manipular su decisión futura pues se trataba de una cuestión esencial. No obstante, actué en contra de mis convicciones y declaré con una sinceridad perdida: «Sí, creo en Jehová». Tras esa aseveración, vi con gran desconcierto cómo se dibujaba en el rostro de Santiago una tensión e inquietud nunca antes vista en él. Sus oscuros ojos se

veían furiosos, en desacuerdo. Se movían sin parar y Santiago, desviaban la mirada como si, un ser atrapado dentro de sí, buscase febrilmente una salida. Mi hijo aguardó un momento y sin miramientos respondió como si sus palabras provinieran de un instinto oscuro del ser.

—Yo no madre, mi amigo, Leviatán dice que Jehová es una farsa y no debes creer que porque hay muchos íconos religiosos en casa, Dios ronda por aquí —y desternilló en una risa sonora, nerviosa y cáustica, tan sugestiva que el estado de ánimo reinante en la sala empezó a apoderarse de mí, sentía escalofríos recorriéndome la espalda y las gotas frías de sudor brotaban de mis sienes.

Me pregunté una y otra vez por qué seguía allí, como si intentara obtener una justificación diferente, aunque siempre regresaba a la misma respuesta. No podía marcharme, alguien tenía que cuidar a mi hijo y señalaba tiritando la forma negra perceptible a través del ventanal que día a día parecía aumentar de tamaño.

Una vez que el pequeño Santiago jugaba con su primo, se enojó de pronto y dijo algo sin sentido: «Basta Leviatán, ahora no quiero jugar contigo, estoy divirtiéndome con Alonzo», horrorizándonos a todos. En otra ocasión, de súbito se soltó en llanto y no paraba de decir que pronto su abuelo moriría. Lo consolé y le pedí que olvidara esos pensamientos. A una semana del presagio, el abuelo murió degollado al caerle una lámina de aluminio mientras caminaba por una construcción. Santiago, inconsolable, entre sollozos afirmó que su amigo, Leviatán, le decía todo lo que acontecería en un futuro. Quise preguntarle a qué se refería y de la nada giró su rostro hacia un punto indefinido y entre gimoteos exclamó: «¡Ah, estás ahí…! ¿Qué dices?».

El día de su cumpleaños, exhausto de la celebración, Santiago dormía y su semblante ataviado de niñerías, trajo la noche, y en

su séquito traería pesadillas acompañadas de un hedor nauseabundo. A pesar de que él dormía con placidez, desperté hacia las tres de la mañana, y en ese momento, ante mí, las sombras acababan de entreabrirse para dejar paso a un ser sin forma, que caminaba con lentitud, rozando el culo por el suelo, y cerca del espectro, estaba una abuela centenaria, con máscara de muerte que la disposición intacta de sus dientes de caníbal la hacían ver más terrible. Estaba aterrada, pero pese a mi impresión, permanecí estática mirando de frente a aquellos seres réprobos. Una vez que el mal llegó a la siniestra de la cama de Santiago, la anciana le pinchó lentamente con una aguda uña sus gordas mejillas, y puso su sexo sobre la sangre que corría sobre el rostro. No me moví, estaba turbada. En efecto, sentí mis extremidades petrificadas por el granito que me envolvía idéntica a una estatua. De repente, observé como si los dibujos de las paredes se hubiesen abierto sobre perspectivas interminables. Me parecía ver una cadena ininterrumpida de varones y hembras en quienes yo estaba y estaban en mí. Algunas chupaban enormes falos, otros, sólo estaban tumbados con ojos torpes y ciegos clavados en el techo. De la anciana, con el rabillo del ojo, noté cómo su flácida carne, su sangre y la piel entera, caía en gajos dentro de talegas que a la vez eran devoradas por el espectro que la acompañaba hasta quedar en los puros huesos similar a molduras de madera. Al cabo de un rato, sentí a alguien sentarse a mi lado.

Desperté de un sobresalto por la mañana y lo único que salió de mi boca fue rogarle a Dios que todo hubiese sido un mal sueño y, al parecer, así había sido, pero, al aproximarme a la cama de Santiago, con horror comprobé la excoriación de su mejilla izquierda. Esto no era un juego mental de una imaginación exaltada, era la vida no en un sueño, sino en el dolor de lo real. Aquí no existía el crepúsculo, y la oscuridad, podía engullirlo todo en un instante. Cuando aquellas

manifestaciones del mal ocurrían, volvía a preguntarme frente al espejo si no sería mejor subir al tejado y ahorcarme.

La madre del pequeño Santiago necesitó varios minutos para encontrarse en condiciones de pensar y controlar los latidos de su corazón. La luz se había ido, así que presurosa encendió una vela, cuando lo logró, se aproximó a la cabecera de su hijo. Su cuerpo intacto y blanco semejaba un cadáver parco y macilento parecido a un demonio que descansaba entre dos cadáveres en estado de putrefacción. El pequeño Santiago abrió sobremanera sus párpados y el brillo de la flama reflejada en sus ojos, equivalentes a los de un hada poderosa, la hicieron dudar por un momento, pese a ello, el contacto ardiente del cuerpo del pequeño Santiago aumentó sus sospechas en las que ligaban a su hijo con el averno, motivo suficiente para animarla a asir con fuerza las tijeras que se encontraban sobre el buró y atinarle múltiples puñaladas en el espinazo. El poseso, gimiendo en agonía, sacudía su cuerpo semejante a la de un cerdo. La noche avanzaba y, al sentir próximo el momento de la separación, después de haberlo liberado de su fúnebre carga, no pudo evitar la tristeza y suprema dulzura de besar los labios muertos de aquello que había tenido su completo amor.

Iván Medina Castro (Ciudad de México, 1974). Es Licenciado en Relaciones Internacionales, Especialista en Literatura Mexicana y Maestro en Estudios Literarios. Actualmente estudia el Doctorado en Arte y Literatura. Ha publicado *En cualquier lugar fuera de este mundo* (Conaculta, 2012), *Más frío que la muerte* (UAM, 2017) y *Lugares ajenos* (BUAP, 2020).

---

* Padre nuestro, que estás en el cielo… Hágase tu voluntad… Líbranos del mal.

El alarido

Alan Ivan Hidalgo Bahena

El ulular resonaba por los callejones como un eco espectral. La gente de Oyamel de las Piedras no podía dormir desde hacía meses. Cada que el sol caía se juntaban a rezar, a implorar al Señor y a todos los santos que el búho no eligiera pararse en sus ventanas esa noche. Las madres ponían tijeras debajo de las almohadas de sus hijos, el cura arrojaba agua bendita en las puertas y ni los hombres más valientes se atrevían a salir sin llevar un crucifijo sobre el pecho.

No ocurrían muchas cosas en Oyamel de las Piedras, la vida no era fácil, sin embargo, era simple. Nada perturbaba la paz, salvo alguna fiesta patronal, o cuando dos jóvenes decidían casarse y festejar. Así que, cuando el viento comenzó a arrastrar aquel peculiar alarido, estuvo en boca de todos.

—Viene del panteón —decían unos.

—Se escucha más cerca cada noche —respondían otros.

—Debe ser un tecolote —comentó un niño.

—¡Cállate, escuintle! Esos mentados pajarracos no auguran nada bueno —le reprendió de inmediato su abuelo.

La gente no quería creer que se tratase de un búho. «Debe ser el viento», se decían para tranquilizarse. Así pasaron algunas semanas en que, aunque el ruido era molesto, no era motivo de alboroto.

No fue hasta que las noches se vieron envueltas por una helada neblina, que la gente comenzó a ponerse nerviosa. Era tan densa que a pesar de las linternas los hombres no alcanzaban a distinguir más allá de sus bigotes. La neblina cubría todo el poblado, haciendo de las calles empedradas un laberinto por el

que las personas parecían flotar entre la bruma, como si de espíritus en pena se tratasen. Para un fuereño, caer por un barranco o perderse entre los enrevesados caminos hubiera sido fácil. Sin embargo, los pobladores de Oyamel de las Piedras conocían el terreno como la palma de su mano.

Fue por ello que, cuando Pedrito se perdió en una de esas noches, todos se preocuparon.

—Salió a jugar y ya no supe de él. Es sólo un niño, ¡ay, mijo! —clamaba su madre angustiada.

—Tranquila, Lupita, seguro que está bien, no ha pasado más que un día, Pedro conoce bien el camino, seguro aparece, ya ve como son los chamacos. Volverá, volverá…

Pero Pedrito no volvió. Muchas personas lo buscaron entre los cerros escarpados, en los barrancos más profundos. Nadie dio con él. Quisieron convencerse de que sólo era un trágico accidente, un evento que poco o nada tenía que ver con los molestos sonidos. El tiempo pasó y la gente empezó a olvidar la tragedia.

Tiempo después, empezaron a notar la desaparición de algunos animales, como si se hubieran convertido en humo de la noche a la mañana. Esto provocó desconcierto entre los pobladores. «¡Un chivo no se esfuma así cómo así!», decían. Alguien les estaría robando, pero ¿quién? Oyamel de las Piedras era el único pueblo en kilómetros a la redonda.

La pérdida de los animales molestó a todos. Algunos hasta se agarraron a golpes acusándose entre ellos de ladrones. La situación empeoró, los cultivos se secaron, el pueblo comenzó a padecer hambre, y los sucesos se hacían más frecuentes e inexplicables. Los perros aullaban como poseídos, el frío calaba los huesos, flotaba un aroma a hierba podrida, los árboles crujían de dolor y muchos de los hombres más fuertes del lugar tuvieron fiebres altas y vómitos.

—No te me espantes, mujer. Seguro me cayó mal la salsita

nomás —dijo Rogelio. Un hombre fuerte, curtido por el campo.

Su esposa fue a la cocina a prepararle un té de ciruela, pero cuando regresó para dárselo, el cuerpo de Rogelio yacía frío, con la boca abierta y los ojos en blanco. Sin vida.

Cuando creían que las cosas no podrían empeorar, comenzaron a desaparecer más niños. Cada luna llena había una nueva madre desconsolada. Las desapariciones no ocurrieron como con Pedrito, que salió a jugar y no regresó, estos niños desaparecían incluso dormidos en sus camas. Las desdichadas madres contaban el mismo relato: «Escuché un alarido, viniendo de la ventana».

Fue entonces que el caos se apoderó de todo el pueblo. Los padres salían, machete en mano, a buscar a sus hijos. Las madres rezaban toda la noche sin perder a sus niños de vista, y el cura no se daba abasto para escuchar las plegarias de todos.

Llegó el día en que sonó la campana de la iglesia para convocar a una reunión. La gente entró a raudales por el viejo portón de madera cuarteada. María, costurera, de ojos claros y manos finas, que llevaba un avanzado embarazo. Iba también su esposo Clemente, hombre corpulento y de voz atronadora. Lupita, la desventurada madre de Pedro. Don José, anciano boticario de toda la vida. Doña Xóchitl, una viuda eternamente vestida de negro, quién se ganaba la vida trabajando el barro. Melquiades, el albañil. Marcelino, el quesero. Mercedes, madre de cinco hijos —ahora sólo tres—. Vicente, maestro carpintero. Chayo, vendedora de tamales. Ganaderos, costureras, amas de casa y artesanos, estaban todos con el mismo temor sobre el corazón. Cuando todos se encontraron reunidos y atentos, el Padre Tomás habló:

—Hay una sombra sobre nuestro amado pueblo y sus buenas gentes. Todos la han escuchado. Yo mismo que estoy bajo el cobijo del santísimo no he podido pegar el ojo de la preocupación. Se ha llevado a tantos inocentes… no podemos

fingir que no pasa nada, hijos. Mucho me temo que a todos esos angelitos se los ha llevado una bruja.

La algarabía popular inundó la iglesia: «¿Una bruja?, ¿en Oyamel de las Piedras?». Todos lo habían imaginado, pero nadie había tenido el valor de decirlo en voz alta. Las madres de niños perdidos rezaban entre sollozos; los padres aparentaban valor, aunque el miedo se les escurría por los ojos; y en una de las bancas del fondo, un ganadero clamaba justicia por sus reses robadas. Don José, que era el más viejo y sabio de todo el pueblo, se levantó trabajosamente de su asiento. Al ver al viejo boticario de pie, todos callaron.

—¡Lo sabía!, desde la primera vez que escuché a ese pinche pájaro. Todos saben que las brujas son capaces de traer la niebla, pueden convertirse en tecolotes, guajolotes o lo que se les dé la gana. Se quitan las piernas, se sacan la piel como si fuera un traje y lo dejan junto al fuego hasta que sale el sol. Adoran al Diablo, le hacen ofrendas con sangre de animales, se roban a los niños ¡y se los comen! A mi mesmo me quiso llevar una cuando era un chamaco, verdá de Dios.

Lupita dejó escapar un sollozo ante las palabras de José. Casi todos se habían puesto blancos como la cera de una veladora. De entre el tumulto se levantó Clemente, con un rostro adusto y decidido, robándole a Don José la palabra.

—Yastuvo bueno, chingao. Sí, mucho pinche sustito la mentada bruja, pero no vamos a permitir que siga en nuestro pueblo, no, señor. Nomás dónde la vea…

Una risa burlona brotó de la banca de enfrente. Era Doña Xóchitl, que después de una fría mirada contestó:

—Ay, Clemente, no tienes ni idea de a lo que te enfrentas. Lo que hace falta es un hombre con los tanates bien puestos, no una bestia cómo tú, que te la pasas borracho cada día de la semana. ¡Ándale! Intenta negarlo. Nomás te recuerdo que estás en la casa de Dios. Qué va, si eres bien collón, si no tienes la voluntad para

ponerte a chambear o para pagar tus deudas, menos para salirte a cazar brujas.

Clemente estaba que echaba fuego, levantó la mano echa un puño, sus nudillos blancos impactaron la banca de enfrente.

—Ahh, ahí sí muy gallito. Cuidado, Clemente, será mejor que tengas mucho cuidado, que tienes una esposa y una bebé que cuidar. En una de esas viene la bruja y… ¡y ya págame lo de las pinches cazuelas!

—¡Ya cállense los dos!, parecen perros. ¿Acaso los griteríos van a… devolver a mijo?… —habló Lupita, quien de inmediato soltó en llanto. Todo se sumió en un respetuoso silencio.

—Lamentamos mucho tu pérdida… las pérdidas de todos. Algo tenemos que hacer, no podemos seguir de brazos cruzados. Yo propongo levantar guardias, en cada calle, cada uno llevará mi bendición. Y sí alguno ve o escucha a la bruja ¡chifla tan fuerte como pueda!, todos salimos y la apañamos —declaró el Padre Tomás.

Y así se hizo. Cada noche había hombres que patrullaban hasta el más oscuro de los callejones. Doña Chayo aprovechaba para vender café de olla: «Bieeen cargado, pa' que no se me duerman». Pasaron así un par de semanas de relativa calma, en que no se desapareció ni el más pequeño de los perros callejeros. Nadie enfermó, nadie falleció, pero no pasó ni una sola noche en que cesara el ulular. Mucho hablaban aquellos que hacían guardia, junto a la olla del café.

—¿Y no le da miedo, joven? —era la pregunta que Chayo hacía todo el tiempo.

—Pss… no se crea, sí asusta, pero para eso traigo mi ojo de venado con su estampita del sagrado corazón. Dicen que eso te protege de todo —dijo el gallardo joven Ramón.

—Eso sí…. oiga, ¿cómo ve lo de la discusión de la iglesia?

—Ay, pos está muy difícil. Como que la señora Xóchitl se pasó de la raya ¿no?, con todo lo que está pasando en el pueblo. Es

más, si no la conociera, hasta diría que sonó como amenaza.

—Sí, ¿verdad?, yo también lo pensé. Además… bueno, usté sabrá que ella trabaja el barro, ¿no? Es más, la olla que uso, pss… se la compré a ella, pero… dicen que no sólo hace ollas y cazuelas. Dicen que han visto que hace figuras raras, como… animales, ocelotes con cara de hombre, mujeres con falda de víboras, serpientes emplumadas.

—¿Cómo cree, Chayo?

—Sí, y cuentan que hasta las adora, les pone copal y les canta. ¡Ay!, le juro que cuándo pienso en estas cosas hasta la piel se me pone chinita chinita.

—No va usté a creer que… no, si Doña Xóchitl lleva viviendo aquí toda la vida, la bruja no puede ser nadie del pueblo. Si no ¿por qué empezar a hacer sus desmanes hasta ahora? No, Chayo, seguro son sólo habladurías de la gente, ya ve como les gusta andar inventando cosas.

Chayo se encogió de hombros y no dijo más hasta que llegó Donato a relevar a Beto.

—¡Hola, Donato! ¿Un cafecito?

—Por favor, Chayo. Que hace un frío de la chingada —contestó Donato.

—Arrímese a la lumbre, no se me vaya a enfermar.

—Gracias, gracias. Vengo rete cansado —dijo el hombre mientras se acercaba al fuego y le daba un gran trago a su café.

—¿Y eso?

—Vengo de llevar a mi compadre a su casa, se puso una guarapeta de aquellas.

—¿Clemente?

—¿Quién si no? No le sentó bien lo de la niña, anda diciendo que «pinches viejas» que «no sirven para nada» y que él quería un varón.

—Ay, pero si la niña Rosita está tan regordetita y bonita. Es una bebé preciosa.

—Pues sí, pero ya ve cómo es ese cabrón, ningún chile le embona. Ay, pero viera a María, está tan feliz con la niña. Tiene los ojos atiborrados de alegría.

—Cómo no iba a estarlo, si un hijo es… ah cabrón… ¿usté también escucha eso?

—Sí… alguien está chiflando —Donato dejó su café a medias, tomó el machete y la linterna, para seguir el llamado entre las calles.

Todo el pueblo parecía haber despertado. Salían de sus casas como ratones, temerosos. Caminaban rumbo al sonido, a pasos cortos, siempre con cautela. Se oían los chiflidos de alerta en cada esquina, los hombres sujetaban con fuerzas sus horcas, machetes, palos y alguna que otra oz. Las mujeres abrazaban a sus hijos pequeños, quienes asomaban la cabeza, curiosos. Donato se abría paso a empujones, pues se dio cuenta que el ruido provenía de la casa de su compadre.

Los pobladores rodeaban la casa como un cúmulo de abejas, moviéndose nerviosos, encimados unos en otros. La puerta estaba abierta, mas ni un alma se atrevió a entrar. Estaban asustados, pero expectantes. Donato hizo a un lado a cuanta persona se interponía entre la puerta y él.

—¡Clemente!, ¡María!, ¿están aquí? —preguntó Donato.

La casa estaba completamente a oscuras, lo que le dificultó distinguir aquella menuda figura arrinconada. María estaba echa un ovillo, inmóvil, con la vista fija en la pared. Donato le habló, una y otra vez, pero la mujer no reaccionaba.

—María, ¿qué pasó?, ¿dónde está Clemente?, ¿dónde está la niña?

María lo miró. Donato jamás había notado cuán grises eran esos ojos hasta ahora. «Sus ojos son como los de un fantasma», pensó.

—Vi… a la bruja… se la llevó, se llevó a Rosita… —dijo María en voz baja, de forma que apenas y se le entendía.

—María, ¿dónde está Clemente? —apuró Donato.

—Fue a recuperar a mija.

Donato salió de la casa, espantando a los vecinos como si fueran moscas, estos corrieron a guarecerse en sus casas. Todos excepto Lupe, una figura impávida envuelta en su rebozo.

—Señora Lupita, qué bueno que la veo. ¿Puede usted quedarse con María? —pidió Donato.

Lupe se quedó mirándolo con el mismo gesto que tendría una calavera. Lo barrió con la vista, como sopesando su coraje.

—Fue a casa de Xóchitl —soltó Lupe.

—¿Qué dice?

—Clemente, ¿no es obvio? Esa vieja bruja fue la única que no se acercó al escuchar los chiflidos, ¿qué le dice eso?

—Pero eso no puede ser…

—Viera usted que sí es. Y le recomiendo que vaya, o ese arrogante de Clemente hará que lo maten —Lupita entró en la casa, perdiéndose en la obscuridad.

La casa de la viuda se ubicaba cuesta arriba, aislada del resto de las viviendas. Ignacio, el marido de Doña Xóchitl, había sido la persona más acaudalada del pueblo en su tiempo, mas al morir, dejó a su esposa en la ruina. Había contraído una rara enfermedad. Don José había cosechado una pequeña fortuna gracias a todos los remedios que le vendió al señor Ignacio. Sin embargo, esto sólo sirvió para acabar con sus riquezas, pues a pesar de cientos de brebajes distintos, Ignacio falleció. Él y Xóchitl nunca habían podido tener hijos, a pesar de los múltiples intentos. Así fue como quedó completamente sola. Tuvo que buscarse la vida como pudo.

La historia era bien conocida por todo el pueblo, pero ahora que Donato la repasaba, tenía sus dudas. «¿Rara enfermedad? ¡Ajá!, es bien sabido que las brujas no pueden engendrar, seguramente Ignacio la descubrió ¡y se deshizo de él! Es ella, ella es la mentada bruja».

Así fue como Donato llegó a la vieja casa de Ignacio. Elegante en su momento, ahora, derruida: la pintura se caía a cascajos y el salitre le daba un aire a rancio. No había ninguna luz, Donato rodeó la casa, en busca de alguna señal de movimiento. Encontró una ventana hecha añicos, de inmediato pensó en Clemente, y entró.

La ventana daba a una pequeña sala polvorienta que se había vuelto dulce hogar de los insectos. Olía a encerrado, a viejo y a popó de rata. El camino dio paso al comedor, lo único que se encontraba en buen estado, con sólo una silla en la cabecera, sin más. Donato miró hacia la entrada y contempló con horror las figuras de barro de la vieja Xóchitl: deidades zoomórficas de rasgos despiadados alumbrados por la luz titilante de una vela. Donato no había dado crédito a las habladurías de la gente hasta ese momento. No tuvo gran tiempo para observar las estatuillas, pues se escuchó un alarido que provenía de la recámara principal.

Con la velocidad de un gato Donato entró al cuarto, con el machete por delante. Encontró a Clemente cubierto de sangre, mas no era su sangre, era de Doña Xóchitl, a quién Clemente tenía agarrada por el camisón desgarrado.

—¡Compadre!, ¿qué está pasando? —preguntó Donato.

—Esta vieja puta… —Clemente tenía aliento a alcohol y a vómito, sus ojos estaban rojos y arrastraba las palabras.

—¡Ay, Donato, ayúdeme!, ¡ayúdeme, por piedad! —imploraba Doña Xóchitl, quien estaba hecha un Cristo de pies a cabeza.

—¡Cállate, culebra! Esta… esta bruja se llevó a mija… Rosa, se llamaba Rosa —balbuceaba Clemente.

—No sé de qué está hablando, ¡lo juro! —la voz de Doña Xóchitl se cortaba por el terror.

Donato se observaba la grotesca escena, trataba de buscar valor en su interior. Pensó en los niños, en la hambruna, en el asqueroso olor a muerte que no se podía quitar de encima.

—No engañas a nadie, bruja. Amenazaste a Clemente en la iglesia, además vi tu altar, eres una adoradora del Diablo —acusó Donato.

—¿Figuras? Esas figuras eran de mis abuelos, simples artesanías, ¡se los juro! Por favor, por favor…

—Te vamos a dar lo que te mereces. O caminas o te llevamos a rastras.

Doña Xóchitl sollozaba, sin fuerza alguna para resistirse.

La ataron a un poste alto de madera, justo frente a la iglesia, que era el lugar más céntrico de Oyamel de las Piedras. El pueblo entero colocaba leña a los pies de la presunta bruja, le tiraban piedras y le escupían en la cara. El Padre Tomás se acercó a darle una última oportunidad de redención por medio de la oración.

—Padre, no soy yo, ¡tiene que creerme!, lo juro por Dios y por todos los santos —imploraba la viuda.

—¡Blasfema!, no tienes salvación —declaró el Padre Tomás y se retiró.

Don José se lamentaba por no haberse dado cuenta. Lupe miraba a la condenada con ojos ardientes, María observaba a la nada, con expresión vacía. Beto, Melquiades, Marcelino, Mercedes, Vicente, Chayo, todos clamaban justicia.

—¡Bruja! —condenaba a gritos el pueblo.

Los leños crepitaban. Doña Xóchitl gritaba desesperada: «Virgencita, cúbreme con tu manto», «Diosito, déjame ver a Nacho una vez más». La hoguera refulgía coronada por una luna amarillenta, como los dientes de Clemente, que apretó hasta astillárselos. Las lenguas de fuego le lamían los pies: pequeños cuchillos afilados que cortaban la carne, el humo negro ascendió hasta sus pulmones. A partir de entonces todo fueron gritos y alaridos. Las llamas de la hoguera danzaban de forma hipnótica, como una serpiente que se enreda y estruja un cuerpo: subía por las piernas, mordía las ingles, paseaba por la espalda y apretaba los brazos, hasta llegar al cabello, donde devoró al instante.

Cientos de ojos centellaron esa noche, sin atreverse a parpadear.

—Hace frío —susurró Xóchitl con su último aliento.

Al cabo de unos minutos los gritos habían cesado; el cuerpo se encontraba reducido a una masa rojiza de cenizas y sangre, la neblina se había disipado por la lumbre y en el aire flotaba un repugnante aroma, como a chicharrón echado a perder.

Recogieron el cuerpo y lo tiraron a un río, con la esperanza de dejar atrás viejos temores, de empezar de nuevo.

La tarde siguiente se encontraron Donato y Clemente en la cantina, sin verse a los ojos o mediar palabra, bebieron en silencio. Tomaron tequila tras tequila hasta que los alcanzó la noche.

Con pasos torpes y la cabeza dolorida se dirigían a casa, cuando de pronto notaron que la gente comenzaba a salir de sus casas, sus rostros estaban cubiertos de incredulidad y terror.

—Ora, ¿por qué el alboroto? —preguntó Clemente.

—Es… no puede… ¿es que no oyes? —le dijo Donato.

En la rama de un árbol cercano vieron posada una sombra negra carbón. La sombra emplumada giró su cabeza para dejar ver sus ojos de un anaranjado rojizo, como el fuego de una hoguera, y de su garganta escupió aquel horrido canto tan conocido. Su ulular se asemejaba al grito de una mujer.

El frío jamás abandonó en pueblo.

Alan Ivan Hidalgo Bahena (Ciudad de México, 2001). Amante de la cultura mexicana. El tiempo que trabajó en una librería de anticuario lo motivó a escribir. Creció escuchando las historias fantásticas de los pueblos de sus abuelos y leyendo historias de suspenso. Se define como un amante de las letras, las leyendas, lo macabro y de todo cuanto sea misterioso en este mundo.

Últimos destellos del amanecer

Gema Mateo Pacheco

El ave trinó por última vez ante la vista de algunas niñas que corrían a la puerta de su casa para encontrar algo de cenar.

En el valle cercano al bosque, una familia se había reunido por la noche para celebrar la buena noticia del nuevo integrante. Los padres primerizos compartían su felicidad con sus seres más cercanos. Eliza había dejado crecer su oscuro cabello y Santiago había adquirido el hábito de correr por las mañanas antes de que ella despertara.

Su nueva casa se situaba en un terreno estrecho, cercano al bosque. La madre de Santiago se sentía un poco preocupada de que vivieran tan lejos de sus familiares. En realidad era una morada pequeña, en la planta baja, se encontraban todos los servicios, una habitación, baño, sala y cocina.

Ahora esperaban un bebé, por lo que la pareja no prestaba atención a esos detalles, que si la casa era un palomar adaptado para humanos, como le criticaban algunos tíos, o que si estaba muy alejada de la población adentrada al bosque gris…

No obstante, el tío más cercano de Eliza conocía historias místicas de ese bosque y, en alguna ocasión, le había platicado sobre los merodeadores, por lo que se encontraba alerta de lo que pudiera pasar.

Santiago destapó el vino y brindaron, estaban rojos de risa. Eliza acariciaba su pancita en forma de uva, se veía radiante.

Todo transcurría en cálidas muestras de afecto hacia la pareja, Fátima la hermana de Santiago, una joven despistada y risueña, disfrutaba en demasía ver a su hermano y a Eliza contentos, también de saber que pronto conocería a su sobrina.

La mamá de Eliza preguntó por la exactitud de los meses que llevaba de embarazo, al mismo tiempo que se respondió que ya no faltaba mucho para la gestación del bebé, el tío la detuvo y le pidió que no dijera más.

—¿Qué sucede tío? —preguntó desconcertada Eliza, al verlo un poco inquieto.

En ese momento comenzaron a resonar ligeros cuernos provenientes del bosque, el primero en percibirlos fue el tío, después los más pequeños de la familia y luego Fátima. A medida que se hacía cada vez más fuerte el sonido, los chiquitos se asustaban, al igual que el tío, Fátima no comprendía de qué se trataba. El resto de la familia no escuchaba más que el crujido de las ramas de los árboles movidas por el fuerte viento.

—¡Esto es lo que temía, Eliza! —adelantó el tío—. En el bosque gris abundan seres místicos que desean alimentarse de almas puras en el vientre de una mamá. Los merodeadores sustraen su energía para transferirla a sus cuerpos corrompidos.

La familia se asustó, la mamá de Eliza pidió que no hicieran caso al desequilibrado tío, pero ella siempre le guardó un cariño sincero, además había comprobado en otras ocasiones que su tío había dicho la verdad.

—¿Qué debemos hacer entonces? —preguntaron Eliza y Santiago.

—¡Irse, deben irse de aquí! —dijo el tío.

Sin embargo, antes de que siquiera pudieran tomar sus pertenencias y abrir la puerta, el sonido ya era estridente y cercano. El tío sabía que no les daría tiempo de salir. Fátima no decía nada, dudaba si debía mostrarse ante todos, pero quería salvar a la bebé.

—Yo voy a ayudar —dijo de pronto.

—¿De qué hablas, hermana? —la cuestionó Santiago.

El tío no se extraño ante la afirmación, pues él era el único que ya sabía del poder de Fátima. Así que la motivó y agradeció

su valentía. Afuera, las criaturas se acercaban en grupo numeroso y no tenían para nada una silueta amistosa.

Fátima pidió acariciar el vientre de Eliza para compartir su esencia con la de su sobrina, luego les dijo a todos que entraran en la habitación y cerraran la puerta.

A través de una pequeña rendija por la cual podía mirar, Santiago se asombró al observar cómo su hermana se convertía en una guardiana. Su forma de alebrije era deslumbrante, con cuerpo de felino moteado, grandes ojos púrpura, enormes alas de águila y orejas redonditas de koala.

Con un soplido Fátima abrió la puerta de la casa y salió volando. El tío corrió a cerrar la puerta de la casa y la vio partir.

Ya en el exterior, Fátima sabía que tenía poco tiempo. Concentró toda su energía para equilibrarse y poder realizar las transformaciones más rápido que nunca. También transfirió la esencia de su sobrina hacia ella para que las criaturas la siguieran.

Los cuerpos corrompidos captaron en el aire la esencia de la bebé y desviaron su rumbo, comenzaron a perseguir a Fátima, quien ya se había convertido en un ave, un pajarito con pecho rojo.

Las criaturas eran rápidas y sigilosas, pero ella voló alto, lo más alto que pudo. Llegó a la ciudad y voló por las casas y edificios poblados. Posada en un techo, se transformó en un gato blanco con ojos verdes. Escaló, trepó y corrió hasta llegar a la frontera de la ciudad, cerca de las colinas.

Ahí se convirtió en un gusano, su pequeñez le permitió esconderse entre arbustos y rocas. Las criaturas rabiaban al no poder alcanzar a la bebé.

De un salto, Fátima se convirtió en un coyote con pelaje y ojos dorados. Corrió tan rápido y muy lejos, sumergida en su forma canina, que sólo hasta transcurrido un rato recuperó su forma humana, quería saber si aún la perseguían. Notó que era menor

la presencia de aquellas criaturas, se habían dispersado, agotadas y sin éxito volvían a sus tumbas.

En una colina lejana, el sol comenzaba a asomarse, Fátima se había transformado toda la noche para terminar con la cacería de aquellas alimañas.

Para subir esa última colina, se convirtió otra vez en ave. Vio unas casitas hechas con lámina, mucha basura en las estrechas calles e infantes que despertaban hambrientos. Las últimas criaturas corrompidas desistieron y se marcharon.

Fátima descansó en el borde del barandal de un kiosco en ruinas, observó a niñas y niños caminar descalzos, los miró recoger migas de pan de las que no se podía adivinar cuánto tiempo llevaban en el suelo. Parte de su poder la hacía sentir esas energías, con los merodeadores alejados, ahora percibía el vacío en el corazón de aquellos infantes, la desesperanza y el dolor de sus cuerpos al no tener comida.

Sintió mucha tristeza, deseó haber llevado consigo algo de comer para compartir con los pequeños. Entonces decidió transferir el resto de su energía —de alegría y paz— que había compartido en los últimos momentos con su familia y la cedió a los infantes.

Con un trinar espléndido, las niñas y niños se alegraron al contemplar el ave que cantaba, una calma los inundó y, en ese momento, pudieron sentir alegría. Fatima era ahora un ave libre, sin preocupaciones, pero también, sin recuerdos familiares. Había agotado toda su energía, no había lugar para la penuria humana, en su memoria sólo vivía aquel amanecer. Todos sus pensamientos se reducían al frío en sus plumas, su amplia visión le permitía observar tonalidades del rango ultravioleta, y decidió buscar algunas hojas para su hogar.

Gema Mateo Pacheco (Puebla). Escritora de ciencia ficción y fantasía, e investigadora en temas de juventudes y colectivos sociales. Es autora de

Camino a Apulia (Piedra y Campana, 2020). Formó parte de la Primera Edición de la obra *Diario de la Pandemia* (Revista de la Universidad, 2020). Sus cuentos forman parte de *Especulativas*, *ERRR Magazine* y *Revista Sputnik*.

La cabra

Bernardo Barrientos Domínguez

Hubiera preferido que Atziri, mi mejor amiga, anduviera con una cabra que con ese novio horrible, en cuya persona jamás podría existir atributo alguno de belleza. La yuxtaposición de ojos, nariz y boca nauseabundos y desproporcionados, destruía completamente cualquier valor estético en él. Su actitud inspiraba honda repugnancia. No era de mi agrado: nunca había visto en mi vida un ser humano tan repulsivo.

Entonces ocurrió. La mejor noticia, el premio a la mejor decisión. Fue a mediados de otoño, exactamente un jueves 18 de octubre, cuando Atziri terminó su relación con el chico ése a quien solía llamar «Gordito». En consecuencia, mi amiga empezó a salir de nuevo, echamos el desmadre y fue como si todo hubiera regresado a la normalidad entre nosotras. Sin embargo, al no estar exenta de los errores que afligen a las personas solteras, esa gran etapa duró menos que un parpadeo. No supe con claridad cómo se desarrollaron los eventos posteriores...

—Te presento a mi nuevo novio —dijo mi amiga mientras señalaba a una cabra.

¡Una cabra! Era una maldita cabra. Yo pensé que era una broma porque nadie llega a un café con una cabra y te dice «Te presento a mi nuevo novio». No obstante, nada tenía aquello de irrisorio. A la luz de aquella revelación, guardé silencio, pues nadie reía. Vanos fueron mis gestos de sorpresa, ya que Atziri me pellizcó durísimo el brazo:

—No estás soñando.

Pero yo hubiera querido que sí, porque fue así que se armó la discusión.

—¿Estás hablando en serio? —y continué—. ¡Pero es una CABRA! —sin embargo, Atziri sentenció:

—No enfrente de él.

Rápidamente se puso de pie, me regaló una de esas miradas decepcionadas que expresan: «De todas las personas en el mundo, pensaba que serías la única que entendería», y se fue con la cabra, o con su novio, jalándole de un ridículo mecate color azul.

Aunque nos alejamos un tiempo, jamás pasábamos más de un mes sin hablar. Fue quizás a los seis meses del asunto de la cabra, cuando Atziri organizó un encuentro. Entonces fui a su casa, toqué el timbre y el galán abrió la puerta. Para ser honestos, otra vez no supe cómo reaccionar. Es fácil mentalizarte para guardar la compostura ante situaciones extrañas , pero cuando una cabra te abre la puerta, no es sencillo actuar de manera natural. A pesar de ello, le di un beso en la mejilla, procurando tronar mis labios al aire y no sobre su pómulo peludo, ¡MUAK! se escuchó. Dije: «Hola, ¿cómo estás?», pero no me respondió. Ni siquiera con un leve balido. Y Atziri tranquila, como si nada, repartiendo gestos de simpatía en formas de abrazos. Abrió un vino y empezamos a botanear, pero lo cierto es que yo no podía dejar de mirar a su novio abriendo y cerrando la boca con ese sonido particular de animal pastando.

—¿Qué pasa? ¿Qué te traes? ¿Te gusta o qué? —preguntó mi amiga porque pensaba que yo lo estaba *guacheando*. «¡Es una cabra! Relájate…», le dije para calmarla y fue así cómo volvimos a enfrascarnos en otra discusión, algo así como «Qué, ¿estás ciega?», cosas como «Si yo me siento feliz, ¿por qué no puedes entenderlo?», y más CABRA, CABRA, CABRA. En fin. Creyendo haber visto ya demasiado, la pelea terminó con un azotón de puerta y un par de gritos muy similares al de los humanos.

Pronto tuve la oportunidad de arrepentirme. Por alguna razón Atziri quiso que lo volviéramos a intentar, así que hubo una

tercera oportunidad para reconciliarnos. Previo al encuentro, ensayé mis frases, puse mi mejor cara; tomé clases de actuación por internet y estuve totalmente decidida a no regarla una vez más. Sin embargo, esa vez fue muy diferente. El galán no paró de balar o gritar, o qué sé yo, durante la cena. El chiste es que no podía guardar silencio. Cuando me ponía de pie para ir al baño o dejar mi plato, me tiraba al suelo de un cabezazo. La cabra impulso y caía de un empellón. Atziri permitía todo ese desorden, pero todo ser humano con una mejor amiga cuyo novio es una cabra, tiene un límite. Cuando estábamos remontándonos a uno de tantos recuerdos sobre la época de secundaria, con sus cuernos arqueados, el animal volcó la mesa, ¡*SPLAT*!, y eso fue todo para mí. Me levanté llena de aversión y desprecio, cuando de pronto, Atziri me jaló de la camisa.

—No te vayas, por favor…Tengo algo que decirte…

Me contó que estaba enferma, que el pronóstico era negativo. Ahí mismo me hizo prometerle que velara por su novio. Yo, completamente desarmada por la noticia, accedí sin aspavientos. Traté de visitarla más seguido, aunque su galán me atacara, como si yo le hubiera provocado la enfermedad o estuviéramos ensayando la escena de un programa de comedia. A pesar de eso, aguanté todo sin decir palabra alguna. Cuando llegó el momento, fui al hospital y junto a la cama de Atziri, soporté los chillidos de la cabra. Aunque todos esperaban que se recuperara, ella murió un par de semanas después.

Tuve que encargarme del funeral. Nadie de la familia del novio se presentó. El velorio se extendió dos días y mi duelo personal cinco semanas. Entretanto, no supe nada de la cabra. Sin embargo, a mi regreso, el animal estaba en mi casa. No me dijo nada, sin embargo, dejó en claro que yo tenía responsabilidades.

Esa noche lo ayudé a desempacar. Intercambiamos miradas de estupor en silencio. Tiempo después compramos boletos para ir

al cine y luego fuimos a tomar un café. De regreso dio alaridos que sólo la oscuridad y yo pudimos escuchar. Antes de dormir, intentamos subir a mi recámara por la escalera, pero él me derribó: una y otra vez, caí por la escalera . No pude levantarme por un rato y la cabra ni una mano o pata o pezuña me extendió. Iba a ser difícil, muy difícil, pero a veces son los ratos más complicados los que unen a las parejas.

*

Años después vi al horrible exnovio de Atziri cruzando el parque. Él se siguió de largo como si no me conociera y yo decidí bajar la cabeza. ¿Cómo se llamaba? Todavía me acuerdo cuando pensé que hubiera preferido que Atziri, mi mejor amiga, anduviera con una cabra que con ese novio horrible, en cuya persona jamás podría existir atributo alguno de belleza.

Bernardo Barrientos Domínguez (Ciudad de México, 1987). Su libro, *Convención Onírica*, fue Mención Honorífica del Certamen Internacional Sor Juana Inés de la Cruz (2014). Obtuvo la beca Jóvenes Creadores del Fonca (2015-2016 y 2019-2020) y fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas (2016-2017).

Metrópoli

Kathia García Estrada

La Ciudad de Cristal, como su nombre lo dice, está hecha de cristal: absolutamente todas sus casas, edificios, autos y postes. La Ciudad es bella al amanecer y atardecer; sobre todo, encantadora al anochecer.

La Ciudad no tiene secretos, ya que todas sus paredes son totalmente traslúcidas. Todo está a la vista de todos. A diferencia de las grandes urbes, aquí a nadie le interesa lo que no es asunto suyo y el morbo sólo es ficcional entre sus habitantes.

La Ciudad no se hizo por casualidad, sino por causalidad. Aquí, la gente también es de cristal.

No me mal entiendas, lector. Ellos son de carne y hueso como tú o tus semejantes —yo no porque un narrador está hecho de letras— sólo que toda su población es igual de transparente.

También son encantadores e innovadoramente hermosos, ¿qué puedo decirte? Tienen buenos genes, supongo. No obstante, también son frágiles y muy quebradizos.

De niños son fuertes, quizá porque no conocen la vida más allá de los juegos, no saben del lugar de los juicios cuando son grandes. Para ellos es difícil poder alcanzar la edad de blanca cabellera sin rasguños, las marcas los delatan, posiblemente tú las conozcas como arrugas.

Querido lector, aprovecho la confianza que hemos forjado hasta el momento para contarte el asunto más preocupante de esta comunidad: su corazón.

Una de sus leyes dicta que se debe querer francamente o mejor no hacerlo. Los juegos sentimentales están penados, a pesar de que durante su educación imparten asignaturas en todos

los niveles de estudio para lograr forjar corazones más fuertes, ¿cuándo has visto que una ley se siga por completo? Siempre quedan algunos rotos, a otros que les falten unos cuantos pedazos y, en ocasiones, muchos terminan desechos por completo.

Como dije, lector: es difícil llegar sin rasguños.

Así es la situación en la Ciudad de Cristal: encantadora, hermosa, pero ante todo, desdichada.

Khatia García Estrada (Estado de México, 2000). Y así como el cero es un punto de partida, la literatura lo fue para ella. Estudia la Licenciatura en Lenguas y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. No sólo es una lectora empedernida, sino una escritora dedicada.

El lavador de frijoles

Andrés Camacho López

Al principio, la mujer era como el sol, una persona auténtica.
Ahora es la luna, pálida y enfermiza, siempre brillando a costa de otros.

Hiratsuka Raichō, revista *Seitō,* 1911.

El pasillo del vagón repentinamente cedió a la penumbra de un nuevo túnel y sin pensarlo demasiado, la mujer se levantó de su asiento para sentarse frente al viejo que observaba hacia el vacío. El eventual destello rojo con el que se iluminaban cálidamente las paredes del conducto se filtraba fugazmente por las escotillas del carro. La sonrisa de la mujer se fue abriendo hasta realzar ligeramente sus pómulos, como si se trataran de dos pequeños melocotones tocados ocasionalmente por la luz bermeja del sol. Un brillo casi divino que las hojas de los durazneros dejaban penetrar hasta los jóvenes frutos gracias al viento que las sacudía ligeramente. El ruido del tren se intensificó de tal forma que el golpeteo de sus zapatos permaneció callado y su risa se transformó en la mímica del florecimiento. Ella consideraba sus memorias como un jardín repleto de flores muy distintas, en el que no había nubes o árboles que las protegieran y evitaran que aquellas que no podían mirar al sol directamente se marchitaran. Por supuesto, eso no significaba que desaparecieran por completo, sino que ahora pasaban a ser sombras, lúgubres e imprecisas que contrastaban con aquellos brotes abiertos al candor de un nuevo sol. Al salir del túnel, el sonido del vagón se volvió un compás transparente que cada vez iba siendo menos

perceptible por ambos. Bien podría tratarse de un antiguo recuerdo en el que los colores que se reproducían dentro del vagón coincidían casi perfectamente con los de aquel último día frente al río Yangtsé. El reencuentro con el viejo Doctor le producía una sensación extraña en el pecho, la terrible sensación de lo conocido.

—Señorita Kamishiro, me siento muy entusiasmado por este reencuentro, ¿quién lo diría? Por favor, siéntese aquí para poder conversar mejor, usted entenderá que después de la guerra mis oídos no son lo que solían ser —la voz del viejo Doctor mantenía un rumor penetrante a pesar de la edad, que había hecho de su risa una más bien vaporosa y traslúcida, casi fantasmal.

Por costumbre, más que por un verdadero respeto, ella reverenció y tomó asiento frente al anciano que permaneció inmóvil hasta entonces. Con un movimiento casi nostálgico, el viejo Doctor sacó de su portafolio un mazo que parecía una barra deslumbrante de oro. En un instante, con un sólido movimiento de sus dedos, desplegó un elegante mosaico de papel pintado a mano. En él se desplegaba un paisaje de ciruelos blancos y rosados, era un juego impresionante de sombras y texturas armonizadas por el contoneo de algunas garzas que tomaban forma con el penetrante sol naciente en el fondo, al centro del todo. Los minuciosos y coloridos arbustos, abiertos como un elaborado biombo de vitalidad, se extendían por encima de un río en el que no se reflejaba nada. Era como si todos los objetos desplegados pertenecieran al mundo de los espectros, cuerpos con una silueta de realidad que resguardaban la decadencia oculta del anciano por detrás del abanico. Del interior de su abrigo, ella también sacó un abanico cuya madera estaba tintada en rojo, semejante al tono de los pinos cuando el sol comienza a fundirse como un perfecto punto de fuego con la montaña. Recubierto con una fina placa de hierro, cuando lo abrió de un solo movimiento, el ribete destelló con la misma familiaridad

que lo había hecho el anciano momentos antes. Oculto en el reverso, un paisaje de claveles rojos y cerezos rosáceos germinaban espléndidamente al borde de un precipicio; se asomaban a un mar ataviado con destellos turquesa que oscurecían el vientre de las aguas, desdoblándose, pliegue a pliegue, sobre las espigas del país. El viento arrancaba los pétalos de las flores con vehemencia, contorsionándolas hacia el peñasco y remolinando las olas hacia una elegante caligrafía trazada cerca de las guardas. En el anverso, estaba la imagen de la diosa Amaterasu resguardando el cielo y el vacío por igual.

—Dígame Kamishiro, escuché que usted fue la última en visitar al Doctor Tanizaki, aunque, si le digo la verdad, no es difícil darse cuenta de que fue usted la última que lo vio en este mundo. Me gustaría muchísimo saber si la muerte del Doctor Tanizaki se la ordenó la *Kenpeitai*, pero sabe, más me gustaría saber, ¿cómo muere un espíritu así como el del Doctor?

—A mí me da la impresión, Doctor, de que a usted más bien le interesa muchísimo saber cómo luce su futuro.

—Si recordar no está en nuestro poder, ¿puede asegurar que imaginar el futuro lo está, Señorita Kamishiro?

—Podemos averiguarlo.

Las cejas de la mujer, en la frontera de una mirada impenetrable, eran el contorno de un gran vacío al que el viejo Doctor había entrado innumerables ocasiones cuando ella era sólo una niña. Pero ahora, no sólo le era imposible percibir su sombra entre tanta bruma, también sabía que se paraba al borde de un torneado bosque de quimeras en el que ciertamente, ella no era la misma. Las noticias por parte de la *Kenpeitai,* la antigua policía militar, no habían tardado en llegar a oídos del viejo Doctor cuando se suscitó la muerte del Doctor Tanizaki, pero a pesar de conocer lo que le sucedió a su antiguo compañero, él deseaba ver si dentro de ella había algo más que la creación de un espectro. Quería cortar la piel y meter la mano para sentir si

el fulgor de su cuerpo finalmente se había vuelto real, pero ¿en verdad puede sentirse el vacío?

—Pero bueno, por lo pronto le contaré, Doctor. Verá, después del incidente del 26 de febrero, la organización aprovechó el traslado a Manchuria de una gran parte de los insurrectos del ejército que no se mataron para mandarme entre ellos. Sólo había hecho trabajos menores para la *Kenpeitai,* pero supongo que las razones fueron obvias para que me mandaran a mí a buscar al Doctor Tanizaki hasta Nankin. Sabe, antes de partir se hizo un espectáculo en el que fuimos galardonados por nuestra participación en varios programas de la policía militar, muchos desconocían la existencia del programa secreto que se desarrollaba entonces. Pero como el patriotismo es un camino ético y estético por igual, la organización se empeñó en nutrirlo y adornarlo, como si se tratara de una planta, la cual podas y procuras en busca del arreglo florar perfecto. Recuerdo que mientras nos abotonaban las medallas en la camisa, nos observaban como si fuéramos crisantemos del noveno día sobre el *tokonoma,* ¿sabe a qué me refiero no? Dentro de las tradiciones estéticas que nos han distinguido, refinar la genealogía de la moral y ética hasta embellecerla es la que más satisfacciones da, ¿no lo cree usted, Doctor?

—Lo creo, Señorita Kamishiro.

—Por supuesto que lo cree. Bueno, no importa. Los gritos de aclamación y celebración al Emperador se remolinaban entre las olas humanas y las banderas del Imperio. Himura, parado a mi lado izquierdo me preguntó: «Kamishiro, ¿por qué nunca sonríes?». Yo sabía que Sato, a mi lado derecho, desaparecería en los trasteros del olvido, muerto entre un montón de cuerpos desconocidos. También sabía que Himura entendería la vitalidad de la muerte hasta el día que se matara. Una vez en Manchuria, infiltrarme en el ejército popular chino no fue del todo complicado. La *Kenpeitai* me consiguió un pasaporte chino y la

documentación necesaria para llegar hasta Nankín. Una vez en ahí me encargué de llevar al periódico *Shen Bao* un acervo fotográfico en el que llevaba tiempo trabajando para ese momento. Ellos me aceptaron enseguida porque necesitaban fotoperiodistas para la guerra que llevaba tiempo planeándose durante lo que absurdamente llaman paz. Ahí estuvo la oportunidad de encubrirme entre las filas del Ejército de la República China. En fin, no indagaré en ello, pero resultó interesante ver cómo desaparece todo tratado del *yo* con un simple disparo en la cabeza. En su momento, no tenía idea de las razones que habían llevado al Doctor Tanizaki a huir súbitamente. Dicen que cuando la destrucción comienza a volver sobre sí misma, es cuando se descubre la conciencia y creo que eso lo alcanzó. Fue difícil hallarlo, pero mis ambiciones iban más allá que las de la organización, si quería encontrar al Doctor Tanizaki no era precisamente para devolverlo a la *Kenpeitai*, Doctor. Deseaba ver más allá del contenido y la forma que él me dio, deseaba ver quien era yo en verdad. Fue poco después de la caída de Shanghái que lo encontré en la espesura de un valle a las afueras de la capital china. Era septiembre, meses antes de que Nankín fuera masacrada por el ejército imperial. Aún, el General Chiang Kai-Shek no dividía las fuerzas bajo el mando del general Tang para defender impostergablemente la capital. El Doctor Tanizaki vivía en una pequeña casa construida bajo la sombra de un hermoso ginkgo, cerca del gran río Yangtsé. En la corriente de ese río se formaban unas líneas orquestadas paralelamente, era un jardín en el que los ojos se postraban sin oposición; un lugar sencillo, pero gobernado por la fluidez, lo que hacía imposible contener las imágenes que brotaban continuamente de ahí, es decir, nunca ha de reflejarse la misma imagen sobre el agua. En fin, podía escuchar el agua como un silbido dulce a la distancia, pero conforme avanzaba por el camino, el rumor del agua se pronunciaba lúgubre entre la

neblina. Vestido con ropa blanca de seda, casi ceremonial para un ritual de cosecha, el Doctor Tanizaki estaba enjuagando una cesta de frijoles rojos en el río. Balanceando los frijoles de un lado a otro, entonaba una canción al compás del sonido que las alubias organizaban cuando eran sacudidas en la canasta, «shoki-shoki, shoki-shoki». Esa figura al borde del Yangtsé, casi fantasmal, no parecía inmutada por el estallido de la guerra a pocos kilómetros. En ese lugar me dio la sensación de que el cielo se convertía por momentos en un paraje invisible para mis ojos. Cuando me acerqué a él dejó de silbar y como si el bosque entero prestara atención a la voz de la montaña, me dijo sin voltear a verme: «Te sienta bien el uniforme del ejército chino, Nadeshiko…». El sol resplandecía secretamente detrás de las nubes como la invención única del mundo. Su voz no había cambiado en lo absoluto, él me llamaba *Nadeshiko* desde que era una niña pequeña, cuando me repetía vez tras vez lo orgulloso que estaría de mí si algún día me convertía en una verdadera mujer, a pesar de las circunstancias. Todo lo que su mente soñaba para mí tomaba la forma de un delicado clavel, un deseo que parecía no haber olvidado cuando dejó la cesta y me miró directamente a los ojos: «Lástima que seas sólo una simple y vulgar construcción de la *Kenpeitai*». Sus ojos eran como dos cuencas redondas y oscuras, un pozo rodeado por la hojarasca del tiempo que cruje como advertencia cuando te acercas a mirar fijamente en ellos. La clara advertencia de un mundo silencioso. El Doctor, sin embargo, preparó té verde en un par de cuencos y nos sentamos a la sombra del gran ginkgo. Bebí del té y tuve esa sensación embriagante que produce el té verde cuando lo bebes con el estómago vacío. «Toma, prueba el *anko*, Nadeshiko, está verdaderamente bueno. Creo que remojar las judías en el Yangtsé les da un sabor diferente. Prueba, prueba». Aunque su expresión contenía la sombra pálida del otro mundo, fue en ese momento en el que me percaté que se desvanecía al mirarme fijamente.

«Estoy aquí para entregarlo a la *Kenpeitai*, Doctor Tanizaki», le dije, pero no pareció inmutarse en lo absoluto, me respondió: «Eso no te impide probar el *anko* que preparé para nuestro reencuentro». ¿Cuál era la verdadera naturaleza de este hombre que parecía sólo una copia del que yo recordaba? ¿Era posible que simplemente fuera la silueta de una historia antigua que se construye como una continua variación de sí misma? Quizás era la sombra proyectada de un fantasma que podía entonar cientos de canciones diferentes mientras enjuagaba judías al borde de un río espectral. Como si decidiera entre canción y canción si guiarse por la destrucción o la reconstrucción. «No me interesa el *anko*, Doctor Tanizaki, ¿por qué desapareció?». Remojó su boca con el té y con la serenidad que lo caracterizaba respondió: «El gran vacío. Es el espíritu absoluto que sin forma alguna abarca todo los principios en él, Nadeshiko». Contuve el aire por un momento para sepultar todo lo que comenzaba a revolverse en mi estómago al escuchar su voz pronunciar las mismas palabras que me dijo el último día que lo vi salir por la puerta. «Hubo un día que iba de camino al templo Tenryū-ji, el cual visitaba con frecuencia antes de que nacieras, Nadeshiko», comenzó a contarme. «Tiene un jardín en verdad bello, es una reproducción del original diseñado por el primer sacerdote del templo a orillas del río Ōi, donde emergió el dragón dorado en sueños del shōgun Ashikaga Tadayoshi y que terminó por designar el templo sagrado. Rodeándolo hay cinco montañas tormentosas, sus formas y variaciones del mundo imaginario nos permiten nombrarlas, temerles y venerarlas con sólo presenciar la divinidad de sus nombres. Al cruzar el gran puente sobre el lago, escuché una voz que sacudía los árboles con lo que parecía el eco de mi nombre, no el que adopté cuando comencé a trabajar para la *Kenpeitai*, mi verdadero apellido, “Kamishiro, Kamishiro, Kamishiro”. Fue extraño, tenía tanto tiempo sin escuchar ese nombre que me detuve en mitad del puente y, ensimismado, noté

que los árboles tomaban el color del fuego y el oro, perdían su habitual verde y se doblegaban a un cambio inminente frente a mis ojos. Sin embargo, en el reflejo del agua, el dorado de las hojas parecía desvanecerse bajo el brote de nuevas flores, como si el brillo esplendoroso del oro fuera más el escombro que recubre a los hermosos jades y zafiros bajo la montaña. Me pregunté si eso es lo que había visto en sus sueños Tadayoshi como un dragón que emerge, me pregunté si yo mismo estaría soñando, e incluso, me pregunté sobre las posibilidades de ser un sueño y estar consciente que lo era. Decidí seguir hasta el templo, pero estaba convencido de que el sonido compuesto por las hojas del bosque parecía provenir de mí, como si repitiera mi nombre una y otra vez tratando de memorizarlo. Cautivado, me decidí a seguir el río cuesta arriba hasta adentrarme al bosque de bambús, mi lugar favorito en la antigua capital. Pronto me encontré parado en mitad de la hojarasca, bajo un canto indescifrable que yo insistía en creer que me nombraba repetidamente. Miré hacia arriba, el cielo parecía un lienzo en el que los miles de bambús pintaban lo que yo quisiera, el retrato de algún dios, un iluminado por buda o quizá mi figura. Al seguir caminando por el tumulto de hojas, vi una sombra que desvariaba del resto, no por ello dejaba de ser una composición realmente armoniosa. Era el tronco torcido de un joven cedro que se extendía al cielo entre la orquesta espigada de bambús. Sus hojas verdes no habían sido lacadas por el fuego todavía, y las ramas parecían remolinarse en un cónclave mortuorio al que de pronto estaba siendo invitado. Yo súbitamente deseé morir en él, colgado ahí, en esa gran rama que sobresalía hasta el cielo. Quería ensombrecer más la belleza con la que el cedro se levantaba entre la copla de diez mil bambús que entonaban una tormenta reconfortante para mí. Me detuve debajo de aquella rama gruesa y pensé que mi cuerpo se vería hermoso, se balancearía al ritmo de las notas más distinguidas. Dentro de un

compás que diera la impresión de cierto refinamiento, mi cuerpo cabalgaría de una manera honorable, como el de un gran shōgun. Las hojas divinas, que sonaban como el canto de cientos de aves en el bosque, me hicieron sentir tranquilo con la oscuridad que evocaba mi espíritu. Sin embargo, el monje del templo me estaba esperando, debía encontrarme con él antes de colgarme y convertirme en el túmulo de esa música, el silencio mismo. Volví por el camino que lleva al jardín del templo y conforme aplastaba las hojas secas, mis pasos se tambaleaban y comenzaba a dudar que mi muerte pudiera lucir tan bella como la imaginaba, después de todo, era sólo un hombre. No quería ser lo que el musgo recubriera con el tiempo, quería ser un espléndido pétalo que se desprendiera de su sombra y entonces sí, volverme completamente eso que queda cuando ya no queda nada. Al salir del templo, la mitad de la luna ya cruzaba por el puente, la oscuridad ascendía a las aguas como un rotundo precipicio en el que las estrellas se agazapaban sobre el reflejo de las montañas. De pronto, tuve esa calidez que había sentido al llegar y que me había hecho ir al bosque de bambús en un principio, aunque esta ocasión, los susurros y silbidos que en un principio utilizaron mi nombre como el espacio en blanco de un gran óleo, parecían vacíos. Estaba seguro de querer morir colgado en la rama de ese joven cedro, quería que mi cuerpo se balanceara como si galopara sobre un viento divino. Rápido crucé el jardín del templo. El sendero estaba custodiado por inmensos bambús espigados que chocaban entre sí, agitaban sus hojas como si se tratará del báculo que busca el conceso de los dioses. Vi el joven cedro a la distancia como un biombo sombríamente pintado, conforme me acercaba podía escuchar las espuelas del aire galopar, y podía distinguir entre los juegos de sombras, una que cabalgaba con el espectro de divinidad que añoraba yo. En ese lugar, incluso el corte ligero y veloz de un sable podría sonar como un estruendo, estaba seguro que el

sonido de ese bosque era el de una persecución de espíritus que corrían entre los bambús, agitándolos y haciéndolos chitar, huyendo de los arcos de la corte que soltaban flechas de aire entre gritos con tal de alejarlos del templo. Cuando por fin me paré frente a la rama del joven cedro, pude ver que alguien ya se había colgado en ella. El cuerpo de un hombre se tambaleaba en el lugar que yo había elegido para morir horas antes. Por primera vez, sentí una profunda tristeza por tener que seguir viviendo entre las sombras, Nadeshiko».

—Cuando dijo esas palabras vi el rostro auténtico del hombre que me crió durante tanto tiempo como su hija. «Dime, Nadeshiko, ¿crees en el dios de la muerte?», me preguntó. Mis ojos se agarraron con firmeza de las piedras ríspidas para intentar asomarme en ese pozo sin fondo. «Bueno, pues ese día entendí que el mundo de la muerte y el mundo de la vida son prácticamente iguales. No es el mismo, pero existimos en ambos, incluso en otros, pero son los objetos que percibimos los que realmente definen la impresión que tenemos de nosotros mismos, es como un espejo en el que pudiera aparecer cualquier figura y aun así, ser tú. El poder que ejercen los objetos sobre nosotros es abrumador, sólo estamos bajo el yugo de lo que deseamos creer. Ese es el secreto de la autoconciencia y la creación. Mientras sigas creyendo que eres un espectro como tanto te dijimos, no te darás cuenta que eres el sol mismo, Nadeshiko. Un espíritu absoluto que, sin forma alguna, abarca todos los principios en él. Ojalá puedas comprenderlo». La sombra del ginkgo se extendió sobre nosotros bajo un cielo entregado a la lluvia que se avecinaba. Conforme el sonido de los truenos y el destello de los relámpagos se estrechaban la mano, abrí la sombrilla que había estado cargando y la sostuve sobre mi cabeza. El Doctor Tanizaki entró a buscar sake, podía escuchar sus *getas* golpeando las piedras del camino como si se tratara de un pequeño tambor ritual. Guardé silencio mientras la lluvia comenzaba a organizar

el bullicio entre las plantas y la corriente del Yangtsé. Los numerosos claveles rojos del jardín florecían radiantes, esa era la imagen de mí, pero ya no significaba nada. Era la creación de alguien más, el vacío donde alguien puso la palabra. Hasta ese momento, entonces, ¿no era más que la sombra de un hombre que no pudo matarse? Las primeras gotas de lluvia golpearon la copa del ginkgo, entonces vi volver al Doctor Tanizaki con un sable corto y sake. Extendió frente a él un abanico que sacó cuidadosamente del interior de su ropa y escribió en él antes de que la tormenta lo impidiera. La fina caligrafía del Doctor Tanizaki parecía una verdadera sombra sin par, cuya silueta, afilada y finamente delineada, se dirigía a la colina de la muerte, al borde del río donde cruzan los espíritus. «Sabes, Nadeshiko, estuve deseando mucho este momento», al tomar la guarda del abanico se desplegó sobre la hermosura del papel la figura de la diosa Amaterasu: «Quiero que tomes esto, a partir de hoy es tuyo». El Doctor Tanizaki se desnudo del torso para arriba. Su abdomen lucía pálido, las costillas se abultaban sobre las manchas de su piel, que eran el resultado de la edad. El agua producía un sonido especial cuando rebotaba sobre la hoja de su sable mientras sus dedos guiaban la punta por encima de la piel arrugada. El Doctor Tanizaki estaba resuelto a morir esta vez. Me paré junto a él con la sombrilla sobre su cabeza, esperando ver que hay en las entrañas de la oscuridad. Se terminó el sake en cuatro sorbos y con el mismo tajo con el que el filo se guarda en la vaina, lo clavó en sus entrañas. Su abdomen parecía estar vomitando, pero sonrió como si estuviera a punto de colgarse en la rama del cedro. El semblante de su rostro comenzó a desvanecerse y palidecer, la agonía en él comenzó a tener un velo espectral. La lluvia atenuó y esperé unos momentos mientras él trataba de contener sus entrañas con las manos dentro de sí. Esperaba que fuera yo quien preservara su figura hasta los últimos instantes antes de destruirla. Después de todo,

¿no es la creación quien termina por destruir al creador mismo? ¿Las palabras por destruir al objeto mismo? Tosió abruptamente entre hilos de sangre y fue entonces cuando desenvainé del paraguas la espada que lo degolló de un tajo. Inmediatamente sentí en mí eso que queda cuando todo lo que puede ser removido, es removido. Algo que no se puede contemplar, sólo sentir.

—¿La consciencia, Kamishiro?

—La consciencia de mí, sí. Pero, con los ojos abiertos antes de morir y puestos cálidamente sobre mí, vi cómo lo más cercano que había tenido a un padre me observaba con la ilusión que éste tenía de ver a su hija convertirse en una auténtica mujer. El Doctor Tanizaki tenía la mirada de aquel que ve por fin terminado su arreglo floral en la magnificencia del *tokonoma*, con los pétalos torcidos hacia la belleza delicada y cautivante que concibe sólo quien flexionó las flores lejos de su naturaleza. En sus ojos se formó la imagen de una mujer invisible que existe únicamente en la pupila de alguien más, la silueta fantasmal de una mujer que él deseó ver florecer en las sombras. Ese día, por fin sonreí al ver como se queman los claveles bajo el sol radiante que aparece tras la tormenta.

Andrés Camacho López (Querétaro, 1990). Doctorando en Literatura y Cultura por parte de la Universidad de Córdoba. Integrante del Seminario Permanente de Investigación sobre Arte y Cultura de México y Japón por parte del Cenidiap (INBA). Ha publicado sus relatos en la antología *Cuando vienen del otro lado* (Cooljapan.es/Ediciones Babylon), además de ensayos y ponencias relacionadas a la cultura japonesa en diversas editoriales. Becario del FONCA (2018-2019) en la categoría de cuento. Actualmente realiza investigación en Osaka, Japón.

Un simple hombre

Martín García López

Primer día: viernes

Escuché que en tres días caerá el meteorito y, pese a las advertencias, no se ha evacuado la ciudad. Tal vez se espera que aparezca alguien capaz de detenerlo, pero no lo creo: no hay superhéroes en mi vida.

Me encuentro en el techo de mi departamento, en el último piso; Matilda lo eligió por las viejas historias de mi juventud. Me encuentro en el borde y sostengo mi portafolio. Desde aquí puedo ver la ventana de mi oficina, un trabajo formal que mantengo desde que nació Peter, nuestro segundo y verdadero hijo. Extiendo mi paso al borde del séptimo piso, y me dejo caer, pero como un niño que juega, a centímetros de matarme, me detengo y vuelo en dirección a mi oficina.

Ingreso por la ventana que está al lado de mi escritorio y llego con tres minutos de anticipación; y aunque a mis colegas no les gusta verme entrar de forma tan mundana, mi silla me espera. Ahora, a recibir el café que entrega Jimmy, el pasante, y a encender mi computadora. Hoy sólo tengo que corregir una nota: «El Gobierno no encuentra un superhéroe que salve nuestra ciudad». A veces, me pregunto en qué bolsillo privado estarán mis impuestos. Claro, me hago esta pregunta a sabiendas de que el superhéroe ideal debe de estar por ahí.

El día transcurre de forma tranquila. Unos minutos en Facebook y otros en Wordpress, algunos mensajes por celular; Matilda me pide que hablé con Peter, se ha peleado con otro compañero y le ha congelado las piernas, asunto que la maestra

ha dejado pasar con la condición de que le llame la atención.

Mi jefe me cita en su oficina. Es lo mismo cada fin de semana, un breve reclamo por mis libertades creativas; me gusta, sólo a veces, alterar un poco la nota, modificar levemente el nombre del superhéroe en turno o abogar por el villano. Él gruñe sacando fuego por la boca: «Somos un periódico imparcial, no mostramos favoritismos». Pero yo los muestro. Ya no soy joven y, como él, sé que el mundo real se está acabando y no es por meteoritos que amenazan con caer, ni por robos exprés en cajeros de supermercado, es otra cosa, una que le tendré que heredar a Peter.

Me gusta regresar a la casa caminando; volar de ida es sólo un pasatiempo no desarrollado, como nadar cada mes en el balneario o intentar correr los fines de semana. Con el tiempo uno se acostumbra a que nunca desarrollará ese músculo invisible que aseguran que existe. Además, son sólo cuarenta minutos a pie. Las calles vacías me gustan. Son la única satisfacción palpable del día. La verdad es que miento, no es que me sea más fácil caminar que volar de regreso, es sólo que a veces, sólo a veces, alguien me cierra el camino. Usa una máscara idéntica a todas las que bombardean los noticieros, amenaza con encajarme su mano, que se ha endurecido como hierro, si no le entrego mi cartera, pero no me asusta. Ni mi jefe, ni mi esposa, mucho menos Peter o antes Pita, saben de esto: extiendo mi mano y le muestro la palma; cierro el puño y se comprime hasta desaparecer. La nada. Nunca he sabido si desaparecen o mueren. Sólo sé que, a donde sea que vayan, se encuentran con la basura que olvidé sacar de niño, a algún *bully* que ya no recuerdo y con el cadáver de Pita.

Matilda me espera con un estofado caliente y una cerveza fría. Peter aún no llega, pues sabe que tendremos que conversar y a ninguno de los dos nos gusta la idea. Ella se sienta a mi lado, enciende la televisión con su mente y observamos las noticias. A

nivel nacional todo parece ser un cómic, uno alegre donde hombres con capa salvan gatitos de árboles y detienen la destrucción de una presa. Matilda no evita preguntar, como si yo tuviera la respuesta: «¿El Gobierno ha localizado al héroe ideal para detener al meteorito?». Le respondo que no, que All Might dice que no podría cargarlo y que se carbonizaría al tocarlo. Matilda, aún con esa jovialidad tímida que le conocí de adolescente, me pregunta si tendríamos que irnos de la ciudad. Le contesto que no, que siempre aparece el hombre ideal; que para mañana subiré una nota donde resuma el discurso del gobernador al presentar a nuestro salvador en turno. Le beso la frente y me siento en el sofá para beber una segunda cerveza en lo que llega Peter.

Me recuerda a mí de joven, con ese abundante cabello castaño y su extrema delgadez, espero que no pierda ninguno de los dos o que mínimo conserve alguno. Está entrando en la adolescencia y ya pinta para ser rebelde, no creo que un villano, pero a veces pienso que elegirá ser un superhéroe. Llega a la casa con un humor que no heredó ni de Matilda ni de mí. Coloca su mochila en el piso y su cuerpo sobre la silla del comedor. Debe de comer algo. Me acerco a él. Cena cereal mientras revisa los videos que grabó con su celular. Finge que no sabe por qué me acerco y prefiere mostrarme la leve ventisca que formó durante su receso. Yo preferiría también sólo hacer eso, quedarme a su lado viendo cómo me muestra los muñecos de nieve que cayeron del cielo, pero no puedo.

—Tu maestra me dijo lo que le hiciste a tu compañero.

Él me evita, argumenta que sólo dramatizan, que si acaso, le congeló las plantas de los pies y luego lo descongeló, pero no le creo, rara vez los maestros mienten. Le pido que, desde ahora, evite salir por las tardes, que su madre necesita ayuda en la casa, pero no me obedece. Sale de la casa azotando la puerta, en consecuencia congela el marco. Yo me pregunto si será buena

idea tomar otra cerveza mientras Matilda me implora buscar a Peter.

La luz del meteorito alumbra las nubes.

Segundo día: sábado

Los sábados sólo trabajo medio turno con Ronald y Barry. Ninguno de nosotros quisiéramos estar ahí. Anhelamos despertar tarde y ver caricaturas de Hanna-Barbera hasta el mediodía, anhelamos la jubilación. Pero Ronald aguanta la jornada con chistes verdes y Barry contando los minutos, aunque no se lo hayamos pedido.

Entre las notas que corrijo y subo a la página, no hay nada relacionado con el hombre que desaparecí ayer. Era un ladrón cualquiera, tal vez era hijo de un padre alcohólico y abusivo, no un padre como yo, uno que tiene una cuenta bancaria para la universidad de Peter, pero tampoco soy un padre modelo, esa cuenta la abrí antes de que naciera él, originalmente era para Pita; la reciclé. Continuo en la oficina corrigiendo las notas que alegran al mundo: hombres más veloces que una bala que detienen trenes en llamas. Pero pasadas las horas, cuando casi termina mi turno, la única noticia que podía alegrar a Matilda no está. El gobernador no ha conseguido a nadie o más bien, ningún superhéroe ha accedido a detener el meteorito. Será muy tarde para hacer alguna afiliación política, que el extranjero mande a esos superhéroes de películas o que alguna organización gubernamental lance una bomba. Pero somos una pequeña ciudad al noroeste del país, ¿a quién le importamos?

Salgo del trabajo. La mano de Barry, que toca mi espalda y que se hace invisible, me invita un trago. No es que beba antes del almuerzo, pero un día como hoy, cuando tendré que avisarle a Matilda que mejor si evacuamos, necesito valor. Barry bebe muy rápido, no le importa su físico sabiendo que puede

desaparecer si lo desea, pero yo, a quién el médico le ha recomendado alejarse del azúcar y las grasas, no puedo hacer lo mismo.

—Nos vamos a morir, ¿no? —chiste sin gracia de Barry.

Quisiera decirle que todos nos morimos, pero no es la respuesta que espera con la botana.

—Alguien nos salvará, siempre pasa, ¿no recuerdas el acontecimiento del 97?

—¿La planta nuclear de Woolworth? —pregunta sólo para que le responda.

—La misma. A nada de explotar, esa mujer abrió la boca y se comió la radioactividad.

—Ya no hay héroes como antes, ya pasaron dos décadas y ahora los *millennials* controlan nuestra supervivencia.

—Mientras no controlen nuestras cervezas —bromeo y simpatizo con Barry. Esa era la respuesta que él esperaba, esa falsa ironía.

Nos despedimos. Él se evapora y yo decido volar un poco antes de ir al departamento. Son casi las seis. El cielo está rojizo, y el aire caliente. A esta altura ya se ven las familias saliendo de sus hogares. No creo que Matilda haya preparado las maletas, de verdad debe esperar a que le diga, todo estará bien. Aterrizo y bajo por las escaleras de servicio, llego a la casa y Peter está en su computadora chateando. No conozco a sus amigos. Matilda se acerca a mí preocupada y le miento. Ya tienen a alguien, sólo que el gobernador no ha querido decir nada.

—¿Cómo sabes?

—Me dijo Louis, la reportera de cabecera, ella lo sabe todo, no importa.

Me dirijo hacia Peter, como si quisiera pasar los últimos minutos de nuestras vidas juntos, manteniendo un secreto. Tomo asiento al lado de él, que mira videos en YouTube: jóvenes que hacen piruetas en el aire. Le paso mi brazo por los hombros y le

comento:

—Yo podía hacer eso de joven.

—Podías —responde él, al quitarse de mi lado.

—Aún puedo —le asevero.

—No te creo.

—Si quieres vamos al parque y te muestro.

—¿Qué gano yo?

—Unos billetes por ver a tu viejo volar.

Me he convertido en el padre que soborna a su hijo por una falsa amistad. Pero no pienso en lo incorrecto que es eso, pienso en los billetes que traigo en la cartera y cuánto me costaría un abrazo de Peter. Cuando Matilda me dijo que seríamos padres, no pensé que sería así, pero para ser justos me imaginé siendo el padre de Pita y no de Peter.

En el parque, trueno mi espalda, mis huesos no son los de antes y debo calentar antes de despegar. Lo logro. Vuelo lo suficientemente alto para que Peter aún me vea. Volteo para verlo, él se encuentra en su celular, ignorándome. Me desafío a mí mismo. Subo cada vez más hasta que siento que el aire es otro y me recuesto en el cielo; desde ahí puedo ver el meteorito, se parece a la luna. Podríamos construir una ciudad en su superficie. Matilda y yo podríamos cuidar de los hijos de Peter en ese meteorito. Me imagino caminando sobre él y luego despegando hacia la tierra con niños en mis hombros. Anhelar es mejor que recordar. En esta posición no existe el cielo.

Aterrizo frente a Peter y él siente la ráfaga de aire en su cara. Logro que se despegue de su celular por un momento y lo invito a volar.

—Yo no puedo —contesta sin querer verme.

—Es fácil, vamos, sólo tienes que impulsarte con los pies.

Crea una barrera de hielo y me evita. Yo vuelo a su alrededor buscando su atención. Mi ritmo cardiaco está como loco, podría darme un infarto por querer impresionar a mi hijo.

—Como quieras —contesto molesto y vuelo encima de él sólo para lanzarle los billetes de mi cartera.

No me detengo después del gesto, sigo subiendo. El aire empieza a hervir, y decido ver de cerca, lo más cerca que pueda —así me quemé la córnea— al meteorito. Es real y es de verdad inmenso. Extiendo mi mano y pienso en si podría comprimirlo, aniquilarlo, mandarlo a otra dimensión, ser un superhéroe, pero me detengo antes de cerrar mi puño, no confío en mis habilidades, yo no quiero ser un héroe, yo sólo quiero ser un buen padre de familia. Desciendo y caigo en cuenta de que es de noche, aunque no atardezca, y Matilda debe estar preocupada y para este momento ha de saber la verdad. Sólo me queda, ya que le mentí a mi esposa y decepcioné a mi hijo, hacer otro recorrido a pie rumbo a la casa, con la esperanza de que un ladrón de poca monta se me acerque: necesito desaparecer a alguien, pero no hay suerte. El recorrido es simple: algunos gatos y perros fantasmas.

En el departamento, Matilda me abraza, me dice que acaban de dar la noticia de que Hole nos salvará, que mañana a primera hora con su agujero negro succionará el meteorito, a cambio, obviamente, incrementarán nuestros impuestos, pero que estamos salvados. Le regreso el abrazo y le repito lo que le he había dicho por días:

—Todo va a estar bien.

Y por primera vez me lo creo. Me siento frente al televisor, veo a un hombre vestido de negro que presume poder crear un agujero que succione al meteorito, y así, ninguna piedra huérfana nos destruya. «Un buen día para ser padre», pienso cuando pregunto por Peter. Matilda confirma lo obvio, no ha llegado.

Tercer día: domingo

Íbamos a llamarlo Pita, pero falleció antes de nacer. Es irónico, ¿se puede vivir solamente en el vientre, conocer lo que depara el futuro y preferir morir antes de nacer? Por Pita decidí conseguir el departamento donde vivimos Matilda y yo, así como el trabajo donde Barry es mi vecino de escritorio. No puedo decir que pensé que yo sería un villano. Para serlo, se necesita algo de lo que siempre he carecido; una mandíbula fuerte y una historia trágica y poco razonada. Peter tampoco tiene eso, aun así, en este momento, está detenido por la policía.

Espero a que salga el oficial para entregármelo con una advertencia y con la promesa de servicio comunitario, pero aún no sucede. ¿Por qué será que los villanos siempre piensan en asaltos más que en homicidios? Aunque lo fuera, Peter no es como yo. ¿Pita lo hubiera sido? Un hombre-lagarto me entrega a Peter, que no dice gracias ni lo siento. Quiero tomar sus manos y sentirlas; son frías, siempre son frías, nació hecho un cubo de hielo.

Camino al lado de mi hijo mientras amanece y no sé de qué hablar con él. Cuando era niño, todo era tan fácil y no me daba cuenta. Ninguno de los dos debió crecer o envejecer más. Seguimos en silencio, no vale la pena la advertencia, ambos sabemos que, si él quiere, volverá a ser detenido y que yo, como su padre, iré a buscarlo. Señala, porque es joven y quiere saber cómo están las cosas, el cielo; miramos a Hole volar hacia el meteorito que ya ha empezado a soltar pequeñas piedras que llueven sobre la ciudad. Hole sube hasta lo irreconocible, después, otro silencio incomodo entre ambos. Hole no salvó la ciudad y tenemos que llegar a nuestro hogar para evacuar.

Bebo algo de café porque no he dormido casi nada y sigo buscando en internet un camión que quiera llevar nuestras cosas a última hora, pero nada, en este momento, la ciudad es un fantasma y los trabajadores se excusan diciendo que hoy no laboran. Matilda llega al punto de pedirnos sólo tomar lo

necesario: nuestros documentos y las fotos de Peter de bebé. Tenemos que irnos de aquí, pero soy incapaz de cargar a toda la familia y escapar volando. Ni siquiera para eso sirvo.

Llega ese momento incómodo y necesario en que la ciudad es un caos. Los ciudadanos se han dado cuenta de que pueden saquear las tiendas y que los superhéroes estarán ocupados trasladando a la gente de una ciudad a otra. Pero, ¿a nosotros quién nos llevará? No hay camión, no está en renta ningún héroe. Matilda me recrimina que por qué no planifiqué mucho antes nuestra evacuación, pero cómo le explico que soy un simple conformista que pensaba que de verdad aparecería un héroe, que en verdad quería creer eso. Me entra ese pánico que hierve en el estómago cuando uno toma una decisión: lo intentaré, dejaremos nuestras posesiones y ambos subirán en mi espalda. Es posible que lleguemos a la ciudad vecina o sus cercanías si tomo pequeños descansos. Además, estoy perdiendo el tiempo en internet, nadie nos ayudará.

Me acerco a ella para contarle mi plan, pero Matilda no deja de llorar en la sala, de verdad tiene miedo de morir. Ya ha sentido la muerte dentro de ella, en Pita que estuvo en su vientre durante seis meses flotando. Pero la necesito para que me dé fortaleza. Le pido que me espere, que le contaré a Peter mi plan. Voy a su recámara, porque necesito ver el rostro de mi hijo y pedirle que me ayude a cargar a su madre, pero no está. La única evidencia que hay en su habitación es una escalera de hielo que se conecta desde su ventana hasta la acera de la avenida. Tengo que salir a buscar a mi hijo.

Afuera hay fuego y truenos, una oscuridad nebulosa y una enorme roca que cae desapareciendo a las nubes. ¿A cuántos kilómetros de distancia está mi muerte? Camino por las calles gritando el nombre de Peter. ¿Habrá huido sin nosotros? ¿Se habrá alejado de mí porque se sentía avergonzado? Pero su madre, ¿de verdad mi hijo puede dejar a Matilda llorando en la

sala?

—¡Peter! ¡Peter! ¡Peter!

De las tiendas departamentales, salen jóvenes volando que cargan pantallas planas, otros sólo corren sosteniendo computadoras. Pero no importa la cantidad, estos me empujan, me derrumban mientras grito por Peter.

Vuelo con la intención de subir a un rascacielos. Ahí, veo el hormiguero en el que se ha convertido mi ciudad. Alguno de esos bultos tiene que ser Peter, pero es imposible averiguar cuál. Tomo una decisión y siento ese ardor en la boca del estómago, ese ardor que tendría nombre si Pita hubiera nacido. Doblo las rodillas en el borde y miro el meteorito, es real y nos va a matar a todos a menos que… extiendo mis dos manos, porque imagino que una sola no bastará y que dos, tal vez dos, podrían ayudar. Cierro los puños. Siento como si quisiera exprimir una manzana. ¿Por qué pensé que sería especial? No sucede nada. El meteorito no se contrae ni un poco. Desciendo y vuelo entre la muchedumbre buscando a Peter. Entonces sucede, porque las cosas siempre suceden. La gente se detiene y yo me detengo. Todos volteamos al cielo, y aunque pensamos que lo hacíamos porque el meteorito ya estaba aplastando la ciudad, resulta ser que fue porque un hombre, un diminuto hombre calvo en pijama golpea con tal fuerza al meteorito que éste regresa a la atmósfera y enseguida al espacio. Nos ha salvado.

En las calles sólo quedan los despojos de una ciudad que no fue destruida, pero sí abandonada por el pánico, con asaltantes aficionados que se debaten entre regresar lo robado o continuar saqueando. Su vida, mi vida, están a salvo. Y para mañana se intentará establecer una normalidad obligada; nosotros regresaremos a nuestros hogares, si estos no fueron destruidos o masacrados por un villano.

Tal vez Peter sí se fue de la ciudad y mañana volverá sin disculparse. Yo tendré que fingir una falsa felicidad por el

regreso del hijo pródigo. Pero ahora debo volver a la casa, ver a Matilda y consolarla, asegurarle con una mentira que encontré a Peter, pero que él prefirió quedarse a dormir con un amigo. Y hoy, por primera vez, estoy tan agotado de volar que regreso a la casa a pie por necesidad. Sin embargo, y sin que yo lo quiera, un enmascarado me cierra el camino. No habla, sólo me amenaza con una daga de hielo. Estoy muy cansado, volé como no lo había hecho desde la adolescencia y mis manos están entumecidas. Este sujeto congela mis piernas, y yo, por mero reflejo, extiendo una mano. No puedo desaparecer un meteorito, pero sí a un ser vivo. Cierro mi puño y él se comprime; enseguida, el hielo se derrite y yo continúo con mi travesía. Debo de regresar al lado de Matilda.

Martín García López (Querétaro, 1991). Becario FONCA (2019-2020). Parte de su trabajo ha sido recopilado en *¿Por qué escribo?* (Gris tormenta Ediciones, 2017), *Atópicos: antología de narrativa chileno-mexicana* (Cinosargo, 2019). Es autor de la novela *X∞ (o, este maldito gato)* (Montea, 2016).

Se nos fueron

Miguel Ángel Peña Rojas

1

Felipe apenas escucha los diálogos que flotan junto a las arracadas de su esposa Selena. A ella se le resbala el dolor sobre la frente, aprieta más los puños alrededor de la hamaca que le soporta la espalda y se traga un insulto. Le empezaron las contracciones desde temprano, por eso sabe que está cerca. Espera la llegada en cuclillas y con las piernas abiertas. Sus venas se tensan como los hilos a los que se aferra. No se preocupa por sus hijos, pues ya fueron encomendados con la señora de Pedro.

Hace rato que esos dos vecinos están en el umbral murmurando sobre la pareja. A Pedro le emociona asistir a don Pito, como llama a Felipe, en el sexto parto de Selena; está para socorrer en cualquier emergencia que necesite un traslado a la ciudad. No lo dice, pero sospecha que no hay distancia semejante que pueda vencerse en triciclo. Es sólo porque quiere aprender del partero para cuando comiencen los embarazos de su mujer. Se ha colado a cada tallada mensual y desde hace nueve meses asiste cada ocho días. A pesar de eso, en el fondo, los jóvenes temen ser padres, y más aún cuando miran a los cinco hijos de Felipe y el martirio que parece arrastrar Selena. Pedro le promete a su esposa regresar a casa apenas acabe el parto y la mujer se retira seguida de diez piecitos.

A Felipe también se le escurre la frente. Desde hace tiempo se levanta, a la luz que se cuela entre las láminas, mojando la hamaca con todo el cuerpo. No le ha contado a su esposa que sueña con iguanas, no lo entiende con certeza, y prefiere no

hacerlo. Lucha por olvidar aquella tarde sobre el pozo, siente asco. Iba a buscar agua fresca junto con su mujer, luego, ambos se encontraron bebiendo del agua de sus propios cuerpos sobre el brocal. El éxtasis no les permitió sentir que algo se colaba entre sus cuerpos viscosos y terminaron por triturar con sus sexos a una pequeña iguana. Desde aquel día despierta todas las noches a medio horror, con el aliento helado y la panza dura de Selena aplastándole la espalda.

2

Esta mañana, Felipe casi vomita mientras intentaba acomodar a la criatura. Buscaba la cabeza apretando sobre la panza de Selena, con las yemas de los dedos, como aprendió con la experiencia; no la encontraba. Apenas pudo notar los huesitos de la espalda sellándose bajo la piel de la madre cuando se movió, nadó en círculos adentro del vientre, pasó rápido. No le dijo nada a Selena, se le aguaron los ojos y mordió un trapo para aguantárselo. Ella siguió comiendo su remolacha, que desde hace nueve meses, es lo único que calma sus nervios.

3

Desde que supo que estaba encinta, a Selena le dio por comer puros vegetales. Al principio, a su esposo le pareció adecuado, hasta que la mujer evadió por completo cualquier otro alimento que no fueran sus remolachas, melones y caimitos. Felipe le dijo que necesitaba comer alimentos más variados para fortalecer a su hijo mientras se formaba, pero Selena se negó. Una vez respondió que era su antojo de embarazada, y que si no la dejaba, el chiquito nacería con cara de fruta. No se dijo más; el hombre se dedicó a llenar las palanganas con vegetales, según la hora del día.

4

Fue algún domingo del embarazo. A la mitad de su visión de colas espinosas y escamas descoloridas, Felipe despertó con el calor de la mañana y no sintió la panza de su mujer aplastándole los miedos. Se levantó de golpe. Comprobó que tampoco estaba en las hamacas de los niños, y así, a medio vestir, corrió a buscarla. Para su sorpresa, la encontró sentada en una piedra junto a la albarrada, dormida plenamente, cubriéndose con la lumbre del sol.

5

Los güeros que llegaron a su comunidad meses atrás tuvieron la culpa de los males de Selena, o al menos eso es lo que Felipe piensa. Dijeron que eran enviados de Dios para cumplir misiones que el mismo Señor les encomendó. Las pocas familias del pueblo acogieron a esos hombres que apenas masticaban el español. Así, la familia de Felipe se hizo amiga de un muchacho alto y con los cabellos tan blancos que era difícil verlos contra el sol. Éste, no sólo leía la Biblia y cantaba por las mañanas, también les habló de una supuesta dieta vegana. No comía nada que viniera de los animales y cuando mataron al único pavo, para darle la bienvenida, no probó bocado. Para fortuna de Felipe, un buen día recogió sus biblias y se marchó antes que sus compañeros sin decir una sola palabra. Aun así, a Selena se le contagiaron sus hábitos. Poco después, la mujer ya no quiso compartir el plato con Felipe.

Selena no sólo dejó de comer con su esposo. Algunas veces, cuando llovía, salía a atrapar mosquitos para devorarlos. También le gustaban los grillos, algunos gusanos y otros insectos con buena apariencia. Felipe nunca se enteró. La señora salía con el pretexto de caminar y tomar aire fresco para que la panza le

causara menos malestares, se percataba de que nadie la viera y degustaba los manjares que la tierra húmeda provee.

Tampoco le fue difícil esconder sus antojos. Quedan pocas personas en el pueblo que pudieran verla escarbar en su patio, sólo viven algunas vecinas a los alrededores capaces de lograr que un chisme recorra las pedregosas calles.

Sobre las mujeres que alguna vez poblaron el lugar, se sabe que años antes de que llegaran los misioneros, hicieron lo mismo que ellos al cabo de algún tiempo: irse. Algunas se refugiaron en las iglesias de la ciudad, otras fueron a probar suerte con empleos ofrecidos por unas señoras pálidas y llenas de alhajas que las visitaron. No vieron nada que las atase al pueblo, igual que los hombres, que huyeron hacia las obras de construcción, olvidándose de las milpas; ellas también desaparecieron. Para la mayoría, se fueron detrás de los hombres de Dios, quizá porque es más cómodo pensarlo así.

6

Para los que se quedaron, todo ha sido difícil de reaprender. Felipe apenas recuerda la labor de comadrona que ejercía su madre. Era muy pequeño cuando la veía trabajar y sólo la difunta vecina, doña Pati, amiga de la señora, le contó lo poquito que sabía acerca de ello. Doña Concepción tuvo las manos más ágiles para recibir a los nuevos vecinos. A Felipe le cuesta, se le atoran y no es capaz de hablarles para que se atrevan a salir. A pesar de todo, ha logrado descifrar la complicada tarea. Incluso lo disfrutaba hasta que llegó este sexto hijo. No comprende por qué se le agita el estómago al pensarlo. Por eso le pidió a Pedro su presencia, él también es consciente de que eso del traslado es un pretexto. Además, ha traído su machete sin que nadie lo vea.

Si pudiera llamar a una partera lo haría sin pensarlo. Aun si naciera una niña, le daría hasta sus gallinas a cambio de evadir

sus temores. Y eso que sabe que a su madre la sacaban casi a golpes cuando nacían niñas, como si de ella hubiera dependido. Lástima que ya no hay ninguna cerca.

7

Anoche no quería dormir para no tener frescas las imágenes de sus pesadillas, a sabiendas de que el parto se aproximaba, pero el cansancio lo venció. Por primera vez en nueve meses, no vio nada.

8

Esta es la hora. Ha iniciado el alumbramiento. A Felipe le sudan las manos. Una vena sobre la frente hace eco en toda su cabeza. Selena se desgarra en más de un órgano. Está aferrada a la hamaca, como si al soltarse se la fuera a tragar el mar. Se le ha partido una uña y su dedo sangra. Felipe, que se agacha bajo ella, cierra los ojos, mientras a su alrededor todo parece otra pesadilla. Escucha a su esposa pujando y aún no puede mirar. La vulva de Selena le parece una ostra negándose a exponer sus adentros. La mujer vuelve a gritar, alcanza a preguntar si lo está logrando. No hay respuesta. Felipe toca su vientre y lo siente más duro que nunca. El nonato está preparado para llegar al mundo, pero no se atreve.

A Felipe se le humedecen los ojos cuando Selena dilata. Parece imposible que un parto sea de esta manera, tan inusualmente rápido. No hay líquido que preceda al nacimiento. Le ordena que puje, la mujer grita. Ofuscado por las lágrimas, logra entrever la cabeza asomándose, un cráneo muy ovalado. Tiene una palidez de muerte que provoca espanto en el hombre. Era un presagio. Todas las pesadillas cobran sentido. Se lamenta. Quizá pudo hacer algo antes, pero tuvo miedo, y ahora vivirá

con remordimientos. Otra parte de él siente alivio.

Con las manos ayuda a sacar al que parece ya no ser más. Aprieta con suavidad. Está muy blando. La cabeza se deforma al contacto con sus dedos. Se enjuga los ojos. Entre las piernas acecha cada vez más una membrana blanquecina. No es una cabeza. Felipe suelta un soplido que reemplaza un grito. Selena no aguanta más, sus palabras se diluyen como eco en un pozo. El hombre sacude a la señora, pero ya se ha desmayado. La membrana sale por completo: un huevo.

Felipe mira a Pedro, quien también se ha quedado atónito. Su mujer cuelga con los brazos enredados a la hamaca. El padre del desconocido animal toma presto su machete y antes de lograr su cometido el huevo se rompe. Primero, una pequeña pata con los dedos largos. El cascarón suave se desbarata. Después la cabeza llena de espinas. Hay una iguana en el piso que le observa desafiante. Es grande y su piel escamosa palidece contra la luz. Sus espinas anuncian peligro. El hombre imagina el tamaño descomunal que alcanzará el pequeño monstruo en unos años.

Felipe tiembla un segundo y luego apunta firme a la cabeza del reptil. El machete está clavado en el suelo. El animal corre sobre el cuerpo de su madre buscando refugio. Su padre apunta de nuevo. Un brazo de la hamaca ha sido cortado y por suerte el de Selena sigue intacto. El cuerpo inerte de la parturienta se estrella contra el piso. La mujer abre los ojos y casi se le salen cuando la iguana enreda la cola y el cuerpo alrededor de su cuello. Gime. Felipe intenta arrancar al animal que, como serpiente, se aprieta más alrededor de la madre. Ya se ha puesto morada. El hombre sigue intentando, quiere darle un machetazo, pero prevé el riesgo de degollar a su mujer. Ya ha dejado de respirar. Las manos de Felipe luchan contra la iguana, sin éxito. Las de Selena se destejen de su agarre. A través de los hilos de la hamaca ya ha escapado su vida.

Sólo hasta ahora Felipe siente las manos que han estado

tirando de él con violencia. Es Pedro intentando separarlo de la iguana, pero hay una fuerza bestial en el hombre que empequeñece al joven vecino. Felipe aplasta el cuello de su hijo mientras le tiemblan los labios. Los ojos se le desaguan. El pico de un pájaro Xooch' rasga su pecho, canta su melodía. Los pequeños huesos del reptil no resisten la furia del hombre y por fin cede el estrangulamiento. Felipe avienta a la criatura lejos del cadáver de su madre antes de huir hacia el monte. No mira atrás. Desaparece entre las hojas, como los otros.

9

La esposa de Pedro se asoma al escuchar el escándalo. Mira con incredulidad el cuerpo de Selena pendiendo de la hamaca que la ahorcó, los cabellos mojados de sudor pintan líneas en la tierra sobre la que levemente se balancea. Lejos de ella yace el malogrado ser. Con ternura lo toma en brazos y le parece que sus cabellos albinos apenas son visibles contra el sol. Pedro solloza y su llanto riega los trozos del cascarón que cubren el suelo. A duras penas le dice a su esposa: «Ya se nos fueron», mientras piensa que ahora les toca criar a cinco niños.

Miguel Ángel Peña Rojas (Yucatán, 1998). Estudiante de la licenciatura en Literatura latinoamericana en la UADY y de Creación literaria en el Centro Estatal de Bellas Artes. Diplomado en Creación literaria por el INBAL. Ha colaborado con las revistas *Metáforas al aire* y *Los Demonios y los Días*.

Epílogo

Decidir. Atravesar. Transformarse. Al leer y escribir cruzamos fronteras. Nos desprendemos por un momento del mundo que habitamos; entramos a un espacio liminal, donde los horizontes se amplían, donde los temores, los sueños y lo insospechado tiran del hilo de nuestra realidad para desenvolvernos, nos dejan en un estado receptivo, frágil. Quedamos expuestos ante la mirada de otro para trastocar perspectivas que nos parecieran desconocidas y que, de forma extraña, poco a poco descubrimos que nos resultan familiares, porque nos reflejamos en otras visiones, sentimos y vivimos lo extraordinario para volverlo nuestro. Llegar al punto final se vuelve la salida de ese trance, pero algo cambió, y no volvemos de la misma forma.

Las autoras y los autores de *Liminales* constituyen una pequeña parte del imaginario que abunda en México. Sus historias, compiladas en esta antología, llegan para presentarnos nuevos espacios, para que, a partir de ellos, se reimaginen otros. En esta selección cada cuento convive de alguna manera con la historia que la antecede o precede, quizás al llegar a este punto, cada lector eligió entre seguir el índice propuesto o, sencillamente, alternó entre historias. Esta siempre es una ventaja disfrutable en una antología de cuento: lo variable del punto de partida y su resignificación a partir de ello.

La intención de la convocatoria que originó *Liminales* fue la de encontrar a personas que se atreven a imaginar y explorar grietas en la realidad, que hallan vetas de lo inusual en lo cotidiano y que desean mostrar algo que sólo ellas pueden ver y compartir. Nuestro objetivo se cumplió.

Sirvan estas líneas para agradecer a quienes enviaron sus textos y confiaron en este proyecto naciente. Y aunque, por cuestiones de espacio, no pudimos incluir más cuentos, sabemos

que, sin duda, estos se abrirán camino hasta los lectores.

Sigamos apostando por historias que nos hagan ver más allá, para compartir más visiones extraordinarias, perturbadoras y únicas.

Atravesar este espacio en compañía nos permitió lanzar este libro, que esperamos sea la primera de muchas antologías colectivas.

Las puertas de Casa Futura siempre están abiertas para quienes busquen, en los títulos de esta editorial, una historia que los invite a arrojarse con ansias a un nuevo espacio liminal.

Gracias por cruzar este umbral con nosotros.

Jovany Cruz

Pachuca, Hidalgo, septiembre de 2021

El equipo editorial de Casa Futura y las autoras y autores que participaron en esta compilación, te agradecemos que hayas adquirido este libro. Si disfrutaste *Liminales*, te invitamos a recomendar y a compartir estas historias, que ya te pertenecen.



Liminales. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción se terminó de editar, en versión electrónica, en septiembre de 2021, desde la base de operaciones de Casa Futura.

J. R. Spinoza ◆ Jesús Guillén-Luna ◆ Krsna Sánchez N. ◆ Marisol Gutiérrez ◆ Bernardo Martínez González ◆ Juan de Dios Maya Avila ◆ Óscar Baños Huerta ◆ J. B. Gaona Medina ◆ Jesús Guerra Medina ◆ Ángeles Romero Doring ◆ Iván Medina Castro ◆ Alan Ivan Hidalgo Bahena ◆ Gema Mateo Pacheco ◆ Bernardo Barrientos Domínguez ◆ Khatia García Estrada ◆ Andrés Camacho López ◆ Martín García López ◆ Miguel Ángel Peña Rojas

Los textos que forman parte de *Liminales. Antología de cuento fantástico, terror y ciencia ficción* son muestra de esa búsqueda de mujeres y hombres que, a través de la escritura, narran los mundos posibles más allá de nuestros ojos. De ahí que usar el término «liminales» sea el mejor intento por definir lo indefinible, por agrupar la extrañeza de las cosas y nombrar el umbral en el que se encuentran todas las historias que leerán en este libro.

Liminales son los textos, las autoras y autores que los escriben. Liminales son los ojos que pasan por estas letras y el nuevo estado de las cosas en donde todo está en eterna construcción. En los cuentos que conforman esta antología no hay lugares comunes, todas las historias descolocan, nos arrastran a mundos incómodos, distintos a lo que conocemos y, desde esos lugares, nos enseñan a mirar la realidad de manera renovada.

ISBN: 978-607-99186-2-0



COLECCIÓN
NARRATIVA